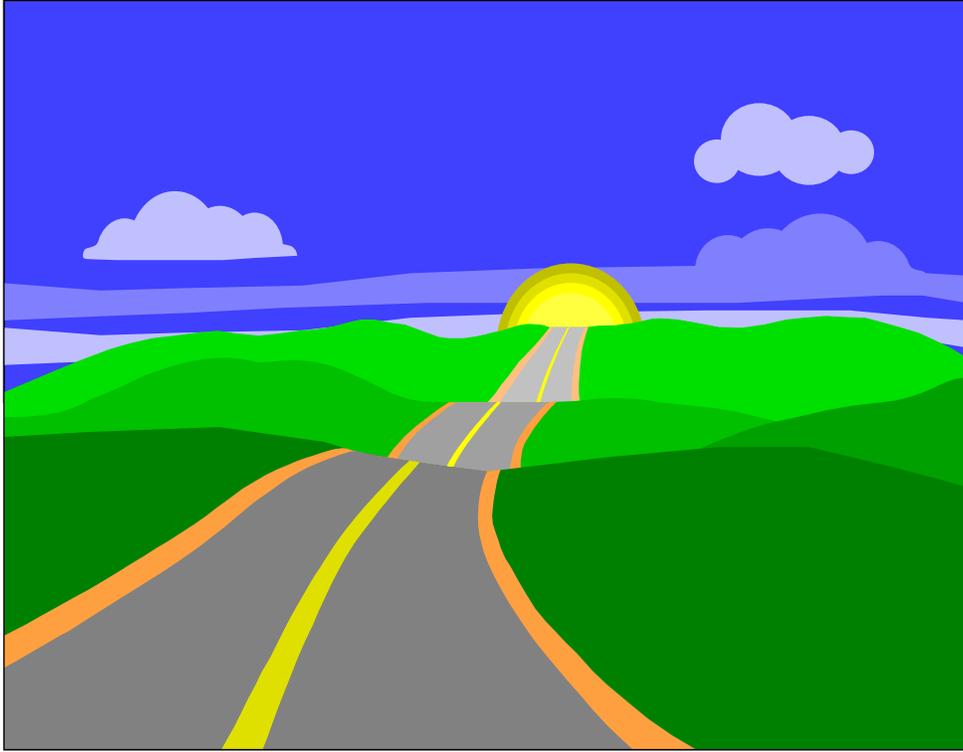


TIEMPO Y ETERNIDAD



JUAN F. GARCIA MILLAN

INDICE

| | |
|---|----|
| TIEMPO Y ETERNIDAD..... | 1 |
| INDICE..... | 2 |
| Prólogo..... | 4 |
| Introducción..... | 5 |
| PRIMERA PARTE..... | 6 |
| CONVERSIÓN POR CONVICCIÓN..... | 6 |
| La paganización de la sociedad moderna..... | 6 |
| El sentido de la vida..... | 7 |
| Tipos de creencias..... | 8 |
| La existencia de Dios..... | 11 |
| La eternidad..... | 13 |
| Una aproximación a la escatología..... | 14 |
| La muerte..... | 16 |
| La resurrección..... | 16 |
| El juicio..... | 17 |
| El purgatorio..... | 20 |
| El Infierno..... | 21 |
| El cielo..... | 21 |
| El juicio final..... | 22 |
| Razones para la esperanza..... | 23 |
| La vida..... | 24 |
| El amor de Dios..... | 25 |
| La felicidad..... | 26 |
| La tibieza..... | 28 |
| El Antiguo Testamento..... | 29 |
| La Iglesia, nuestra madre..... | 30 |
| La libertad..... | 33 |
| Cristianismo a la medida..... | 35 |
| Necesidad de la existencia de la iglesia..... | 37 |
| La formación religiosa..... | 39 |
| El Apostolado..... | 40 |
| El celibato..... | 41 |
| Un par de parábolas..... | 42 |
| La pobreza..... | 43 |
| El matrimonio..... | 45 |
| Los hijos y la anticoncepción..... | 46 |
| La infalibilidad del Papa..... | 48 |
| Las sectas..... | 50 |
| La totalidad..... | 52 |
| Los misterios de Dios..... | 53 |
| El precepto del domingo..... | 55 |
| Cuando la fe se tambalea..... | 58 |
| Las apariciones..... | 59 |
| El bautismo..... | 60 |
| El aborto..... | 62 |
| La Virgen María..... | 63 |
| Paseando al filo de la navaja..... | 65 |
| SEGUNDA PARTE..... | 67 |
| EN LUCHA CONTRA LA LOCURA..... | 67 |
| Introducción..... | 67 |
| Las guerras de religión..... | 68 |

| | |
|--|-----|
| Fe y razón | 69 |
| El pecado | 70 |
| Sobre la confesión | 72 |
| La clausura | 74 |
| La oración | 75 |
| La humildad | 77 |
| Contra el pensamiento retrógrado | 79 |
| Contra las preocupaciones y la depresión | 80 |
| Lo importante en la vida | 82 |
| La cruz del sufrimiento | 83 |
| Contra la desesperanza | 86 |
| El alma clavada a la roca | 88 |
| La maldad o bondad de las personas | 89 |
| Sobre la confianza en Dios | 91 |
| ¿Sólo se vive una vez? | 93 |
| La ascética | 94 |
| La dignidad de los príncipes | 95 |
| La muerte no es el final | 96 |
| La alegría de ser viejo | 97 |
| La esclavitud del miedo | 98 |
| Darío | 98 |
| Más sobre la fe | 100 |
| El escándalo de los pecados | 102 |
| Respuestas rápidas a preguntas cortas | 103 |
| El utilitarismo | 104 |
| La prevalencia de las normas | 106 |
| La suprema tentación | 108 |
| Autopista hacia el cielo | 109 |
| La incomprensión de la fe | 110 |
| La infravaloración de las personas | 111 |
| Oración | 112 |
| Solidaridad | 113 |
| Sobre mitos y leyendas | 115 |
| Jesucristo, único mediador | 116 |
| Las imágenes | 118 |
| Oración final | 120 |

Prólogo

El libro que tienes en tus manos no te dejará indiferente.

Es un libro que trata sobre religión; es decir, sobre lo visible y lo invisible, sobre la vida y la muerte, sobre el tiempo y sobre la eternidad.

Si lo lees con atención y detenimiento, puede que tu vida de un giro de 180 grados. O puede que, por el contrario, lo consideres un panfleto más sobre religión que cuenta el mismo rollo de siempre. Pero te aseguro que se ha hecho todo lo posible para que esta última no sea tu opinión al profundizar en sus líneas.

Es en cualquier caso una forma nueva y diferente, vitalista y entusiasmada, de mostrar Aquello que está ahí, de despertar la conciencia dormida o aletargada de quien quizá sin saberlo está buscando desesperadamente a Dios.

No es un libro largo; pero sí intenso. No es un texto complejo ni para eruditos, por lo que no se detiene en largas exposiciones ni en innumerables citas. Se busca la concisión sin perder la efectividad.

No podía ser de otra manera, pues la religión no es algo difícil ni complejo, sino algo sencillo, natural, algo inherente al alma y al corazón humano.

Para sacarle el máximo partido al libro habrás de leerlo despacio, con la mente abierta, meditando cada uno de sus párrafos.

Y que el Espíritu de Dios ilumine tu entendimiento.

Introducción

El objetivo de este libro es ofrecer la plenitud de vida y las enormes satisfacciones que proporciona la religión, y en particular la Religión Católica, a todos los hombres y mujeres que en mayor o menor medida, están alejados de Dios y de su Iglesia, víctimas de la demoledora paganización de la sociedad moderna.

Esto se realiza a través de exposiciones sencillas que cuentan con multitud de ejemplos comparativos, basados en la lógica y en la experiencia humana de que el hombre, aunque muchos lo nieguen, necesita tener a Dios en su vida para poder ser plenamente feliz.

Se pretende igualmente aclarar ciertos puntos oscuros e iluminar materias controvertidas que han sido y son objeto de debate entre creyentes y no creyentes. Materias que, por otra parte, son en gran medida las responsables del alejamiento de la Iglesia y de Dios que experimentan tantos hombres y mujeres de la actualidad.

El libro comienza exponiendo los hechos y las causas que han originado este alejamiento, para después ir adentrándose en la explicación, en unos casos y la defensa en otros, de aspectos concretos de la Religión Católica. También se intercalan razonamientos lógicos y exposiciones discursivas que partiendo de planteamientos cotidianos, pretenden obtener el acercamiento antes mencionado.

La segunda parte abundará más en estos planteamientos, haciendo un esfuerzo en conseguir mediante ejemplos, metáforas y situaciones comparadas, la conversión total del corazón de aquellos que con alguna inquietud no declarada en su interior, se interesan, quizá inconscientemente, por la Religión.

PRIMERA PARTE

CONVERSIÓN POR CONVICCIÓN

La paganización de la sociedad moderna

La paganización de la sociedad moderna se pone de manifiesto en el culto a los ídolos, y en el olvido de lo trascendental. Los antiguos ídolos han sido sustituidos por la ambición, el confort, el dinero, la búsqueda incesante de posesión de bienes materiales o de placeres inmediatos. A estos ídolos son los que adora el hombre moderno, a los que rinde culto, a los que ofrece sacrificios, incluso sacrificios humanos.

Del corazón del hombre ha sido expulsado Dios. Una expulsión total o parcial, con muchos y muy diversos grados de parcialidad, pero todos ellos nefastos pues no se puede compartir a Dios con ninguna otra forma de adoración.

Muchos hombres permanecen indiferentes a Cristo y a la Iglesia. Les parece ver en la religión una puerilidad, una supervivencia del primitivismo. La Iglesia es para ellos una organización parasitaria que explota la ingenuidad de los simples. Para ellos, la religión es una evasión de cobardía de quien no quiere enfrentarse a la vida real, de quien no confía en sus propios medios. La autosuficiencia moderna impulsa el ideal de la salvación del hombre por el hombre.

La progresiva secularización de la sociedad es en gran parte consecuencia de la evolución del hombre. Los avances científicos y tecnológicos han dejado paso a la admiración de las obras de Dios para centrarse en la admiración por las obras de los hombres.

Las ideas marxistas y racionalistas han hecho el resto, de forma que las normas básicas de la convivencia que antes emanaban de los mandamientos de Dios, ahora han sido sustituidas por constituciones y regulaciones políticas que pretenden adjudicarse la libertad de decidir por sí mismas qué es el bien y qué es el mal.

Y es que el hombre parece haberse dado cuenta que el devenir de la historia acontece sin que, aparentemente, Dios diga o haga nada. Todo parece indicar que fue el hombre quien creó a Dios a su imagen y semejanza.

Era pues necesario desprenderse de Dios, pues entorpecía la evolución del hombre y le impedía comportarse como un adulto.

Yo no estoy en contra del progreso. Soy, cómo no, partidario de la investigación científica y de los adelantos tecnológicos; pero siempre que todo esto redunde en beneficio de los hombres. Y lamentablemente, no siempre ha sucedido así.

La forma de progresar que ha tenido el hombre muchas veces ha deshumanizado, cuando no esclavizado a muchos millones de personas.

Por eso la cuestión no es abolir el progreso, sino encauzarlo. Pienso que hay que invertir en el desarrollo integral de las personas frente a tendencias a convertirlas en instrumentos de trabajo en favor de unos pocos.

Las manipulaciones a las que están sometidas las personas de la actualidad las esclavizan y las alienan, les niegan la posibilidad de desarrollarse y crecer interiormente. La cultura de hoy ahoga las alternativas y hace que muchas personas que viven hacinadas en las grandes ciudades, y paradójicamente en

soledad, busquen la plenitud que les falta en las drogas, el alcohol o el sexo, convirtiéndose en desechos humanos. Y todo ello en aras de un pretendido progreso y en favor del desarrollo del hombre.

El sentido de la vida

El progreso pues, no ha conseguido que el hombre se desarrolle como persona, sino que le ha atrapado en una red que le deshumaniza y le ciega, impidiéndole ver a Dios.

El hombre antiguo tenía fines, pero carecía de medios. El hombre actual tiene medios abundantísimos, pero carece de metas. Y es que todos los hombres llevan en su interior la sed de Dios; esa inquietud por lo trascendente, que por mucho que los poderes fácticos quieran negar y borrar, permanece siempre en el alma de los hombres.

Algunos tratan de saciar esa inquietud entregándose a los horóscopos, a la parapsicología o a variantes más o menos tácitas del ocultismo. Otros buscan su absoluto en la fama, el poder o el dinero. Otros finalmente, se involucran en causas humanitarias, sustituyendo la creencia por la ética, por el compromiso en favor del otro. Sin embargo, esta actitud de entrega puede volverse estéril si carece de un substrato en que apoyarse. Pues al igual que la fe sin obras es una fe muerta, las obras sin fe y sin amor en nada aprovechan.

Tras presenciar el fracaso de las instituciones, de las grandes ideologías y el desenmascaramiento de las utopías, el hombre actual se siente desvalido.

El individuo está deshumanizado. Esto es palpable por ejemplo en la competencia que se establece entre las personas, donde no avanzar significa retroceder. El individuo va montado en un tren vertiginoso al que se van añadiendo vagones; todo su afán consiste en llenarlo de mercancías, sin preocuparse de si ese es su tren, ni hacia donde va.

El hombre necesita algo que oriente su vida y sostenga su mundo de valores. La nada carece de consistencia y no puede erigirse en sostenedora del ser y de la vida.

Y la nada son muchos de los objetivos en los que el hombre actual fija sus metas.

El interés principal del hombre no es encontrar el placer o evitar el dolor, sino encontrarle un sentido a la vida. Por esta razón la persona está dispuesta incluso a sufrir a condición de que ese sufrimiento tenga un sentido.

Como decía Nietzsche, «quien tiene un "porqué" para vivir, puede soportar cualquier "cómo"».

¿No será tal vez, la incapacidad de encontrar metas que merezcan la pena, el mal de nuestra civilización? ¿No será esta quizá la causa de las depresiones que afectan a tanta gente, dentro de la sociedad moderna?

En efecto, sin encontrar sentido a la vida, ésta no tiene salida.

El verdadero sentido de la vida se encuentra en la religión. En el amor a Dios a través del amor al prójimo y al necesitado.

Saliendo de sí es como la persona permanece más profundamente en sí. Dando es como recibe y posee su ser.

La persona sólo encuentra sentido a su existir si se concibe como apertura para con el otro y para con Dios. Su existencialismo se ha de basar en la intercomuni6n fraterna y espiritual con el creador a través de lo creado, para de esta manera conseguir la felicidad, anhelo de todos los hombres.

Recordemos como colof6n las palabras de San Agustín: «Nos hiciste Señor para ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti».

Tipos de creencias

Las encuestas que de vez en cuando se hacen, demuestran paradójicamente que una gran mayoría de la gente es religiosa, y en los países católicos, un gran porcentaje de sus individuos se consideran como tales. Lamentablemente esto no suele corresponderse con la práctica, y en la mayoría de los casos todo se queda en una mera declaración de intenciones más o menos disimulada, y casi siempre contrapuesta con los hechos.

Desde el punto de vista religioso, según mi criterio, existen en nuestra sociedad los siguientes tipos de individuos:

a) Ateos.

- b) Indiferentes.
- c) Cristianos «de supermercado».
- d) Cristianos «de verdad».
- e) Otras creencias.

Trato ahora de desarrollar un poco más los anteriores conceptos.

- a) Ateo es aquél que está convencido que no hay Dios. Difiere del indiferente en que defiende su postura e incluso trata de difundirla, teniendo una actitud combativa hacia todo lo religioso.

Hoy en día apenas existen ateos teóricos, por la sencilla razón de que Dios ya no interesa, y por tanto no suscita posiciones encontradas. Simplemente no se habla de ello, y aquello de lo que no se habla, no existe.

- b) El indiferente o agnóstico es aquél que ha adoptado una posición cómoda en la que no niega nada ni acepta nada. Vive al margen de toda religión, y no tiene especial interés en defender la creencia o la increencia. Se diferencia del ateo principalmente, en que no adopta una posición hostil o enfrentada.

En las encuestas que antes mencionaba, muchas personas afirman creer en Dios.

Como dije, una visión superficial de esta afirmación, identificaría a estos «creyentes» como católicos, o como fieles de la Iglesia.

Sin embargo, cuando se afirma creer en Dios, muchas personas quieren decir simplemente que «opinan», «piensan», «sospechan» que existe «algo» o «alguien» de origen sobrenatural que es el fundamento último y que permite que el mundo funcione ordenadamente. Esto es lo que quieren decir cuando dicen que creen, pero no practican.

Estas son personas que tienen unos valores éticos bastante estables, aunque siempre relativos. Aceptan serena y resignadamente que la muerte es el final de todo, y tratan por tanto de vivir la vida a tope a pesar de sus limitaciones, dando prioridad a los sentidos.

- c) El cristiano «de supermercado» es aquél que básicamente cree en Dios y en Jesucristo aunque no acepta muchas de las normas impuestas por los mandamientos o por la Iglesia. Se suele expresar gráficamente con el término «cristianismo de supermercado», porque al igual que en un supermercado, donde están expuestos todos los productos, el comprador escoge sólo aquellos que más le interesan.

Así, en el tema que nos ocupa, este individuo, acepta todo lo relativo a Dios como protector y Padre de los hombres, todo lo referente al amor al prójimo, incluso suele ser devoto «a su manera» de la Virgen y los Santos. Llevan sus medallas como si fueran amuletos, y muchas veces les invocan como si tuvieran un poder «mágico».

Sin embargo, no dudan por ejemplo en mentir cuando les conviene o en guardar rencor por tiempo indefinido. Mantienen una moral totalmente al margen de la religión, y suelen tener una posición encontrada hacia todo lo que representa a la Iglesia y las normas que la rigen. Rehuyen de los sacramentos, y prescinden de todo lo referente a la confesión, a la misa dominical, etc, etc.

Consideran que la religión es algo accesorio y algo que se hace en la intimidad. Muchos de ellos se avergüenzan de confesar la fe públicamente, y cuando lo manifiestan, forzados por una situación, lo hacen de forma soslayada. Parece que no recuerdan (o no conocen) las palabras de Jesús en el Evangelio de San Lucas donde dice, «Quien se avergüence de mí y de mis palabras, de ése se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en su gloria» (Lc 9, 26). No son conscientes de que precisamente nuestra oferta más grande y original es proclamar el Dios del Evangelio y que el cristianismo encierra una sabiduría que el mundo necesita más que nunca.

Resumiendo, aunque hay diversos grados y muchas actitudes, por lo general su comportamiento no difiere mucho de aquel del indiferente, pues su creer es algo que no compromete a la persona ni tiene consecuencias importantes para su vida.

No quieren sujetarse a normas en pos de una pretendida libertad.

- d) El cristiano de verdad es un mito. Hasta los más grandes santos han tenido flaquezas, dudas y debilidades propias del indiferente.

Y es que estamos muy contaminados con la visión no evangélica de la vida, que propugna y alienta la sociedad de hoy.

Es muy difícil para el cristiano comprometido (a veces imposible), el mantenerse al margen del consumismo o de las corrientes de pensamiento antievangélicas del llamado «mundo civilizado».

Muchos de nosotros tenemos, lo queramos o no, nuestra visión particular sobre la distribución de los bienes, la justicia social, el sentido del trabajo o nuestro compromiso con la pobreza.

Sin embargo, Dios siempre está abierto al perdón y a la reconciliación, pues sabe que somos débiles y nuestra debilidad se manifiesta en nuestros actos, dudas y omisiones.

No existen católicos de verdad; ni siquiera el Papa es perfecto. Pero Dios se conforma con que lo intentemos.

Dios no nos exige una perfección absoluta que sólo puede tener Él. Basta en la mayoría de los casos con mantener el dial de la voluntad fijado en la frecuencia correcta.

- e) Otras creencias. Aquí se engloban los individuos religiosos no católicos. Los protestantes y sus diversas sectas, como los Evangélicos, Testigos de Jehová, etc. Ignoro cuales son las estadísticas a este respecto.

Este libro va dirigido principalmente a las personas referidas en los puntos b) y c). A los primeros para hacerles ver que la verdadera felicidad no está en la búsqueda ciega del goce de los bienes materiales de este mundo. A los segundos además de para lo mismo, también para encauzarles y hacerles ver que la tibieza y la compartición del corazón no son un camino acertado, ni seguro.

La existencia de Dios

Muchos han sido los argumentos que se han esgrimido a lo largo de la historia para demostrar la existencia de Dios, para demostrar lo indemostrable. Desde un punto de vista estrictamente físico, se puede afirmar que no hay un solo indicio en el mundo o en la naturaleza que nos haga pensar que existe Dios, que existe algo sobrenatural no sujeto a las leyes físicas, y que está por encima de nosotros. Todo, absolutamente todo en lo que nos desenvolvemos nos dice una cosa de manera aplastante: no hay otra cosa que lo que ves.

Nuestra comprensión científica del mundo puede sostenerse perfectamente sin necesidad de recurrir a Dios como hipótesis explicativa.

Y sin embargo... Y sin embargo existen los milagros, patentes también en nuestra sociedad de hoy. ¿Qué verdadero cristiano sometido a una situación difícil de la vida que haya pedido favor a Dios y se lo haya concedido cuando las circunstancias eran absolutamente adversas, no está totalmente convencido de que sin la intercesión de Él nada hubiera podido solucionarse? Muchos dirán: Fue casualidad. Otros dirán: es el poder de la mente.

Sí, sí, el poder de la mente, pero ¡qué poder más asombroso entonces!, ¡Y sin creador!

Y es que no se puede buscar a Dios en el plano físico, ni intentar constatar su existencia con un instrumento de medida.

Dios no está al alcance de los microscopios ni de los telescopios. No se puede establecer con una magnitud numérica, entre otras cosas porque Dios no es un

objeto más junto al mundo, sino que es lo que hace posible al mundo. No es una cosa que «hay», sino que «hace que haya».

Cierto que nadie puede probar que existe Dios, pero tampoco puede nadie probar que Dios no exista. El científico se contradice cuando afirma que la suya es la única forma de saber y que no hay otra realidad que la empírica, pues en sí misma esta afirmación ya entraña una conjunción metafísica, que por tanto no es verificable científicamente.

A pesar de lo aparentemente irrefutable de los argumentos del ateo hay algo incuestionable y es que todo el mundo, la naturaleza con sus perfecciones, y el hombre en suma no puede haberse originado de la nada, fruto de la casualidad, fruto de casuales combinaciones de pequeños elementos en un caldo de cultivo idóneo.

Tanta perfección no pudo tener un origen tan simple.

Con todos los conocimientos actuales, el hombre ha conseguido reproducir ese caldo de cultivo y ha combinado esos elementos en el laboratorio. Pero las formas resultantes no han sido seres vivos. ¡Nunca podrían serlo!

Pero... Quién sabe si quizá alguna vez lo logre... En ese caso, ¿no será cierto eso de que toda vida procede de la creación de un ser con una inteligencia superior? La casualidad no existe, al menos a esos niveles. ¿Crees que si lanzásemos miles de letras al aire, al caer se formaría casualmente el Quijote o la Biblia?

La fe no es algo circunscrito a personas incultas o fácilmente convencibles. Muchos de los grandes científicos de la humanidad con altos coeficientes de inteligencia han sido fervorosos creyentes; entre ellos eminentes biólogos que han tenido en sus manos las causas últimas de la vida. Cierto es que otros no lo son.

Pero no sólo es lo científico lo que nos convence de la realidad de las cosas. Si uno se esfuerza en leer entre líneas el texto de la realidad, descubre muchas razones para creer. Cierto es que esas razones tomadas por separado no tienen gran peso ni consistencia, pero todas ellas juntas forman un conjunto con una fuerza de convicción formidable.

Todo esto nos lleva, si no a tener una corroboración científica, sí al menos a obtener una «certeza moral», que para un creyente es más que suficiente.

Dios es un misterio inabarcable que no cabe en nuestro pensamiento ni nuestra imaginación puede darle un rostro. Recordemos las palabras de San Agustín: «Si lo que se quiere decir lo comprendiste, no es Dios; y si es Él, no lo comprendiste».

Pero volviendo al tema de los milagros, ¿qué decir de la sangre de San Pantaleón que todos los años por las mismas fechas se licua convirtiéndose en fresca sangre lo que antes era polvo? No hay explicación científica a este suceso. Al igual que a otros muchos que ahora no recuerdo.

El ateo me dirá: Ahora no hay explicación científica, pero la humanidad y los conocimientos científicos avanzan a pasos agigantados, sólo hay que mirar como estábamos hace cien años y como estamos ahora; puede que dentro de un tiempo se halle una explicación para esto y para otras cosas que ahora se presentan como milagros.

Cierto. Y también no es menos cierto que muchas de las cosas que anteriormente se achacaban a la creación o la voluntad de Dios tienen ahora una explicación lógica y sencilla. Muchos mitos han ido cayendo, y caerán muchos más.

Y sin embargo... y sin embargo quedan los sucesos cotidianos de trascendencia para el individuo. Suerte dirán algunos, casualidad dirán otros. Pero la experiencia constatada y repetida de muchos de nosotros, ese convencimiento interior fruto de la iluminación sobrenatural, nos lleva a no albergar ninguna duda de que Dios está ahí, cerquita, al lado de nosotros, esperando sólo que digamos: ¡Señor, ven a mí! Y entonces... y entonces seremos hombres y mujeres nuevos revestidos de esa luz y de ese halo que nos hace caminar por la vida sin miedo a nada, con paso firme, esperando tan solo el momento final en que Dios se nos manifestará plenamente y podamos decir, ¡Señor, aquí estoy!

La eternidad

El alma es inmortal. Tanto la del ateo como la del creyente. No hay diferencia en la constitución de ambas. Son sustancias simples, y por tanto indivisibles. Es inmortal por que trasciende al propio individuo. Su campo de desarrollo, llámese pensamiento, entendimiento o discernimiento, se sitúa en otra dimensión, fuera del plano físico. Nuestros actos espirituales o intelectuales, nuestros pensamientos, no son elementos corpóreos, sino que son simples en si mismos. No hay explicación ni parangón posible al asomarse a la mente humana.

El cuerpo está compuesto de muchos elementos. La muerte es la desintegración del viviente en sus partes constitutivas. El alma es un ente simple, sin partes, por tanto no es desintegrable, y en conclusión, es inmortal.

¿Y qué es la inmortalidad? La existencia eterna. ¿Y qué es la eternidad?

Érase una vez una montaña situada en un mundo donde no había erosión. Cada mil años un pájaro llamado Eternidad pasa rozando levemente la cúspide con una de sus plumas.

¿Te imaginas cuanto tiempo tardará en erosionarla? Pues bien, cuando la montaña ya no exista debido a la fricción producida por la pluma del pájaro, entonces, entonces la eternidad apenas habrá comenzado.

¡Y todo ese lapso de tiempo nos lo jugamos en un puñado de años!

Muchas personas, cuando se les habla de la ascesis, de la represión de los sentidos en pos de la espiritualidad interior, contestan: ¡no me voy a estar así toda la vida! Pero, ¿qué es la vida comparada con la eternidad? Menos de lo que representa un granito de arena en la totalidad de la playa; menos de lo que representa una gota de agua en la inmensidad del océano. ¡Y nos jugamos tanto!

Para muchos la religión es represión. No se puede hacer esto, no se puede hacer lo otro, no es admisible aquello... No quieren sujetarse a normas en pos de una pretendida libertad, que sin embargo no es sino esclavitud de la voluntad ante la dictadura de sus pasiones.

Pero, pregúntale a un cristiano de verdad o incluso a un monje de clausura si se siente preso o reprimido. Te maravillarás de su respuesta, de su actitud serena, de su paz interior, en suma de su felicidad.

La verdadera esclavitud es la de la carne, y la de los sentidos, que nos hace perseguir ciegamente lo que a la larga no proporciona sino sinsabores, decepciones y hastío.

La religión nos proporciona ese escudo que nos protege de las amarguras de la vida. Un escudo que no pesa, pues «Mi carga es suave y mi yugo ligero», dice el Señor (Mt 11,30).

Una aproximación a la escatología

Cuando estoy con un grupo de personas y se habla del tema de la religión, los ateos (o los indiferentes, me da igual aquí emplear un término u otro) forman una especie de coalición donde cada uno te intenta poner en evidencia atacándote por el punto más débil. Ponen el dedo en la llaga cuando se refieren a la inmoralidad de algunos sacerdotes, los tesoros del Vaticano, la Inquisición, y otros asuntos más personales.

Es un partido de ping-pong donde juegas tú sólo contra una camarilla donde cada vez que a duras penas devuelves la pelota, te la envían con más fuerza.

Muchos hemos experimentado esta situación de acoso donde la mayor parte de las veces la partida termina en tablas, pues aunque tus argumentos sean irrefutables, ellos nunca los aceptarán. No se puede sembrar en territorio baldío, dice el Señor (Lc 8, 5-7), aunque no por eso hemos de dejar de intentarlo.

Muchas de estas personas me dicen: «No hay Dios. Pero si lo hubiese, a mí no me podría condenar, pues yo no he matado a nadie, ni he robado, ni he hecho nada malo de importancia; y si Dios, aún así me condenase, sería un terrible injusticia».

Me dicen además: «Y si después de todo no hay nada, tú habrás estado haciendo el tonto con tanta ascesis y represión...» (¿Acaso mi ascesis y «represión» es amargura para mí? ¿Acaso al amante le supone sacrificio el agradar a su amado? ¿Acaso el ateo es más feliz que yo?).

Los temas escatológicos han sido desterrados del lenguaje social por ilusorios en el caso del cielo, o por incómodos en el caso del infierno. La mayoría de los cristianos de supermercado no echan el infierno en su cesta de la compra. Y lo mismo para otros temas del más allá.

Si el hombre moderno se ha distanciado de la religión en general, mucho más se ha hecho ajeno a las referencias a los temas escatológicos, a los que trata como mitos o leyendas. A personas tan afincadas en el «más acá», poco puede interesarles el «más allá».

Palabras como cielo, infierno o purgatorio, les recuerdan a cuentos de hadas, a referencias a un pasado tenebroso de cilicios e inquisición, afortunadamente ya superado.

Sin embargo, no hay que pretender volver a tales concepciones. Las palabras para designar los conceptos escatológicos y sus definiciones, han de adaptarse a los nuevos tiempos para hacerse entender por las mentes de hoy, más avanzadas. Pero una cosa son las mentes, y otras las mentalidades. Y las de hoy están en gran parte contaminadas, lamentablemente, por la laxitud y la paganización de la sociedad.

Así, el cielo no está «arriba» o el infierno «abajo», no existen lugares físicos con fuego y azufre esperando a los condenados o mesas repletas de comida y placeres para los salvados. Las palabras y descripciones eran una manera alegórica de representar algo cuyo concepto abstracto no era fácilmente comprensible para la mente del hombre común, por lo general poco instruido.

Pero intentar trasladar el lenguaje y las imágenes del pasado al mundo moderno es todo un despropósito. No es mi intención hacerlo; pero sí clarificar algunos malentendidos, aclarar aspectos o comentar matices no contemplados en los temas ultraterrenos.

En la época de lo inestable, se necesita el anuncio de lo definitivo. En la época del cambio se necesita el anuncio de lo que no necesita ser cambiado, puesto que está lleno de vida.

Pero no voy ahora a hablar de la vida, sino de la muerte, para iniciar este recorrido por la escatología.

La muerte

La muerte es un segundo parto. Venimos al mundo acompañados de dolor, y lo dejamos también con dolor. Es pues lógico que la temamos, como la madre teme al parto, pues al dolor se suma la incertidumbre. No conocemos más que esta vida, y en esos momentos incluso muchos creyentes ven tambalearse su fe...

Pero no ha de ser así. La muerte es el Viernes Santo que precede a la mañana de Pascua. Es el amanecer a una nueva vida, plena, completa, y eterna. Una nueva forma de existir que nos configurará como lo que realmente somos, hijos de Dios.

Con esta mentalidad hemos de afrontar este tránsito.

Las experiencias de los que «han vuelto a la vida» tras un coma traumático hablan de una luz y un bienestar que auguran el nacimiento a otra dimensión, que manifiestan el esplendor de una sensación de no estar ante un final, sino más bien ante un nuevo comienzo.

Sin el pecado, la muerte es sólo un encuentro con Dios. Es errónea la actitud de los familiares que con la idea de no espantar al enfermo no llaman al sacerdote. Cuando hay tanto en juego no se pueden escatimar esfuerzos. La muerte sucederá tarde o temprano, y con ella se esfumarán para siempre las posibilidades de un arrepentimiento y un perdón del que el enfermo pudiera estar necesitado.

Hay que tener las maletas preparadas por si hay que salir corriendo. Lo que equivale a decir que hay que mantenerse, en la medida que nuestra débil naturaleza nos lo permita, alejados del pecado. Sólo así tendremos la tranquilidad y la mente preparada para acoger la muerte como lo que realmente es, el tránsito a una nueva y mejor vida.

La resurrección

A lo largo de los tiempos se han suscitado muchas teorías acerca de la forma en que resucitaremos. Se especula sobre si resucitará nuestro cuerpo, o sólo nuestra alma, o los dos juntos, cuándo, en que forma, etc. A mi entender, debatir este tipo de cuestiones es similar al antiguo debate sobre el sexo de los ángeles. Baste decir que resucitaremos como lo que somos, personas, con todos los ingredientes que nos conforman como seres humanos, pero de forma superlativa.

El ejemplo del grano de y la espiga es perfecto. Cuando enterramos una semilla, ésta se pudre y queda en la nada, pero después, gracias al agua y al sol, a través de un proceso de maduración «resucita» convertida en espiga. Esta espiga es la semilla, tiene todo lo que tenía la semilla, pero no en potencia, sino en acto. La espiga tiene toda la genética de la semilla, pues procede de ella, pero la forma en que se manifiesta es, si se me permite, gloriosa.

Así Dios, que es el agua y el sol, hace que nuestras facultades innatas conferidas en el alma de cada hombre se desarrollen y crezcan para adoptar su forma real, su forma definitiva.

Lo anterior vale con respecto al cómo. Respecto al cuándo, no existe una clara unanimidad entre los teólogos. Y la Iglesia tampoco se ha pronunciado nunca muy explícitamente. El motivo de esta oscuridad hay que buscarlo sobre todo en la poca luz que arrojan los Evangelios en esta cuestión del cuándo, al menos en la parte íntima y personal de cada individuo.

Ha habido mucha discrepancia como digo, pero se consolida la idea de que el alma se desprende del cuerpo en el mismo momento de la muerte, y es autónoma hasta que se une a él, una vez consumado el final de los tiempos.

Muchos teólogos, sin embargo han objetado contra esta doctrina, al considerar que, si el alma resucitada ya experimenta la visión beatífica, la incorporación del cuerpo posteriormente ya no aporta nada. Pero lo cierto es que sí añade. A pesar de que el cuerpo sea para muchos de nosotros una carga pesada que nos impide volar ligeros hacia Dios, no hemos de considerar la vertiente materialista del mismo, sino más bien, la espiritual, pues todo en el cielo queda transformado. La incorporación del cuerpo forma parte de esa dinámica novedosa de transformación que nos realiza y nos conforma.

El juicio

El Juicio particular no es un examen con preguntas y respuestas, sino un encuentro personal del creador con lo creado. Un encuentro definitivo con lo que yo elegí o rechacé, con la opción fundamental que rigió mi vida.

En este sentido, la teología actual se muestra unánime: no hay más que una vida. Si se quiere, una vida con dos fases, una parcializada y oscurecida, y otra plena y radiante. La forma en que enfoquemos la primera fase repercutirá indefectiblemente en la segunda. Ésta será a su vez afectada por nuestras opciones y decisiones ejercidas en la primera fase.

Cuando me preguntaban cual era el objetivo de mi vida, yo solía responder como esos catecismos de antaño que hacían la pregunta de ¿para que has venido al mundo? Y respondían: «He venido al mundo para salvarme». Efectivamente, yo solía decir que mi objetivo y meta en la vida era llegar al cielo, conseguir la salvación y «superar la prueba».

Aunque este principio no deja de ser cierto en sus últimas consecuencias, la manera de enfocarlo es errónea, pues tiende a considerar la vida como poco menos que un examen donde de manera egoísta hemos de aprobar si queremos pasar al siguiente curso.

El objetivo no es algo «a lo que se va», sino algo «en lo que se está».

Puesto que la vida es sólo una (aunque si se quiere como dije antes con dos fases) no puedo aspirar «a la otra», sino estar YA en la que he elegido para permanecer en ella ahora y por siempre.

Hay que imbuirse de espiritualidad y comenzar ya a actuar, sentir y pensar en el tiempo, de la forma que lo haremos en la eternidad.

No hay pues dos oportunidades. Sólo una, que se fragua en una fase de mi vida, que termina en algo que podemos llamar juicio, y que se celebra en el instante mismo de la muerte. Es en este instante cuando la película de mi vida pasa ante mis ojos y haré un autojuicio, mi juicio final, de todo lo que pude haber hecho y no hice.

Nuestra conciencia quedará iluminada por la luz divina, y nos daremos cuenta de todos nuestros comportamientos erróneos, de nuestras omisiones, de nuestros pecados, bajo la atenta mirada de Dios. En un instante veremos cómo hemos seguido la doctrina de Cristo, y si hemos visto su rostro en el rostro del hermano necesitado. Veremos, en definitiva si nos hemos adherido a sus enseñanzas, si le hemos hecho caso o por el contrario le hemos dado la espalda. Y a partir de ahí quedará decidido nuestro destino final.

Llegados a este punto, nos podríamos plantear la siguiente pregunta: ¿Son muchos los que se salvan?

Las opiniones de los ensayistas en teología han variado mucho a lo largo de los tiempos. Desde una posición férrea en el pasado, donde apenas había resquicio para la salvación de unos pocos, a la laxitud actual, donde se predica casi la amnistía general y la abolición del infierno.

Sin embargo, no debemos engañarnos. El infierno y la condenación es algo predicado ampliamente en la Biblia, y sobre lo que se insiste bastante.

Esta actitud laxa de la teología actual proviene básicamente del rechazo sistemático del hombre moderno hacia la religión, y especialmente en todo lo referente al tema del infierno. La teología se ha visto obligada a suavizar los términos y a «rebajar el listón y el número de los condenados» en aras de lograr un mayor acercamiento al hombre secular actual.

Sin embargo, a mi entender lo máximo a lo que puede aspirar la teología moderna, es quizá a quitarle la imagen terrorífica y a la vez pintoresca con que se había dotado tradicionalmente al infierno, para adaptarla a las circunstancias y al lenguaje actual. Pero en ningún modo, se debe caer en el error de apartar de la vista por molesto, un tema cierto y real.

Pero hay motivos para ser optimistas. Así, leemos en la Biblia:

«Y vendrán de oriente y occidente, del septentrión y del mediodía y se sentarán a la mesa en el reino de Dios» (Lc 13, 29).

«Y vi una gran muchedumbre que nadie podía contar de toda nación, tribu, pueblo y lengua, que estaban delante del cordero vestidos de túnicas blancas y con palmas en sus manos» (Apoc. 7, 9).

Estas citas son las abanderadas de la llamada tesis optimista. La misericordia infinita de Dios y su amor a los pecadores, así como la redención sobreabundantísima de Jesucristo avalan esta tesis.

Además, no sería lógico que el demonio se ufanas de tener más almas en el infierno que Dios en el cielo; sería como si dijésemos una victoria moral.

Dios es infinitamente misericordioso, pero también es infinitamente justo. ¿Qué prevalecerá pues, la misericordia o la justicia? ¿Sería justo que estuviesen en el cielo en la misma posición el bueno y el no tan bueno? ¿Cómo puede tener el mismo premio el oprimido y el opresor?

Hay teorías que solucionan este dilema, como es el caso de la tesis del purgatorio. Y también con los llamados «escalones», es decir, no será la misma la posición celestial de todas las almas. El hecho de que todos los habitantes de la ciudad celestial tengan la misma visión de Dios, no significa que todos sean iguales. Santa Teresa decía que seremos como vasos llenos del mismo líquido, pero con diferentes tamaños. Pero la certeza sobre estos asuntos no existe.

Por otra parte, Dios sólo condena al que así lo quiere. Al que pone todo de su parte para intentar salvarse, Dios no le dejará aparte.

Pero no todo en la Biblia son citas benévolas en este sentido. Y sino, veamos estas otras:

«Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, por que os digo que muchos serán los que busquen entrar y no podrán» (Lc 13,23-24).

«Muchos serán los llamados y pocos los elegidos» (Mt 22,14).

«Si el justo a duras penas se salva, ¿qué será del impío y del pecador?» (1Ped.4,18).

Estas y otras citas son las abanderadas de la tesis rigorista, que por cierto es la compartida por la mayoría de los Padres de la Iglesia, con Santo Tomás a la cabeza.

En definitiva, aunque seguramente sean más los que se salvan que los que se condenan, yo no me jugaría mi eternidad por tan poca cosa como son los escasos años en los que el Señor nos pone a prueba, pues luego tendré toda una eternidad para arrepentirme o para alegrarme.

El purgatorio

No es un lugar, ni un tiempo específico, ni son unas penas que hay que cumplir, sino que ha de concebirse como «la última parte del proceso de mi vida» antes de entrar en la gloria.

La lógica me hace pensar en el purgatorio, pues todos o casi todos los hombres mueren con imperfecciones, con corazones compartidos mayor o menormente, donde Dios no es el único morador; con dudas, indecisiones y omisiones.

No podemos pasar al banquete eterno con la ropa sucia, no podemos sentarnos a la mesa sin lavarnos las manos. Pero esta limpieza no ha de concebirse como un castigo, sino que probablemente será un acto de elección propia, pues al vislumbrar las sorprendentes maravillas eternas, estaremos ansiosos por vernos purificados del todo, y entrar cuanto antes a formar parte del coro de la alabanza eterna.

Es como si estuviéramos llamados a una importante cita o acto al que estamos ansiosos por ir. La noticia nos llega de repente, cuando venimos del taller. Nos dicen que nos demos prisa, pues el acto ya ha comenzado. Lógicamente no querríamos ir con el mono lleno de grasa, sino que aunque nos moleste el tiempo perdido en lavarnos, no iríamos sin antes ponernos nuestras mejores galas.

El morir cristiano, no es el agonizante apagarse de la vida, sino el salir alegre al encuentro del Dios de la vida.

La purificación ha de entenderse pues como maduración, como el proceso mediante el cual Dios da los últimos retoques a su obra creadora, y nos dota de los sentidos necesarios (*Lumen Gloríae*) para percibir claramente la nueva dimensión en la que nos adentramos.

Todo proceso de maduración es doloroso. Pero el sufrimiento viene más bien de la contemplación de los pecados pasados, pues iluminados ahora con la luz de Dios, nos parecerá horrenda monstruosidad lo que antes considerábamos cosas sin importancia. Es el insoportable contraste entre el amor absoluto de Dios y el desprecio que yo le he manifestado al apartarme de Él.

Las oraciones de sufragio pueden ayudar a mitigar ese sufrimiento, pero no en tiempo cronológico, pues en la eternidad no existe el tiempo. Por esta misma razón, nuestra oración común no sólo sirve para las personas de aquí y ahora. Puede también ser aplicada a las personas del pasado o del futuro.

El Infierno

La sociedad moderna ya no teme el infierno. Ahora se teme la pérdida de valores inferiores como el poder adquisitivo, el status, el confort, la calidad de vida... La pérdida del miedo al infierno, consecuencia de la secularización, ha servido para devaluar la responsabilidad moral.

El infierno ya no existe, dicen, ni existió nunca. Eran cuentos para asustar a los niños o a los que son como ellos.

Al presentar el infierno al hombre actual con las imágenes del pasado, éste en lugar de adaptarlas al contexto moderno, no sólo las suprime, sino que elimina el concepto entero de infierno, cuando no el de la religión.

El infierno, al igual que el purgatorio, o el cielo, no es un lugar, sino un estado, una situación vital. Al infierno no se entra, se accede.

Dios no manda a nadie al infierno; uno mismo lo elige al desentenderse libremente de Dios, al cometer pecado mortal, y perseverar en él. Y Dios no interfiere nuestra libertad, que es uno de los dones supremos que Él ha dado al hombre. Su omnipotencia y su misericordia sólo tienen el límite de la libertad humana.

Desde este punto de vista, el infierno se puede definir como el estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados. Su pena principal consiste en la privación eterna de Dios, en quien únicamente puede tener el hombre la vida y la felicidad para las que ha sido creado.

El cielo

Es pues Dios, la única fuente de felicidad. Una felicidad que será completa cuando le veamos cara a cara, al habitar en el cielo.

Al ingresar en el cielo y ver a Dios, estallaremos en una explosión de gozo incontenible que nuestros corazones carnales no hubieran podido soportar. Experimentaremos la más completa y abundante de las alegrías que empequeñecerá hasta el absoluto al mayor de los gozos terrenales. ¡Tal profusión de bellezas! ¡Tal esplendor de maravillas! ¡Tal magnificencia de excelsitudes!...

Y sin embargo... Y sin embargo, preferimos aferrarnos a un frío, oscuro y sucio trozo de materia, que llamamos mundo, con sus infidelidades, con sus decepciones y engaños, con sus sufrimientos, y desasosiegos, con sus penas y sus amarguras. Pues sólo tristeza y dolor existe cuando salimos de Dios.

Decir cielo equivale a decir plenitud. Plenitud de la vida y de la persona. Aquí somos un proyecto; allí seremos realidad. Una realidad que se hará común con

los otros, pues allí no seremos extraños, como lo somos en la tierra, donde no podemos ver el interior del otro. Allí seremos transparentes, y desarrollaremos de forma plena la llamada comunión de los santos.

En el cielo experimentaremos la visión beatífica, el ver cara a cara da Dios de manera intuitiva. Esto significa el acceder al conocimiento del amor de Dios, que nos llenará de felicidad y de gloria. Es la convivencia, la participación en su vida, en su presencia, la comunión existencial con su persona.

Muchos han objetado contra el cielo su aparente estaticidad e inmovilismo. Es decir, por muchas y muy bellas que sean las maravillas que se nos prometen, ¿no nos aburriríamos de hacer siempre lo mismo, de ver siempre lo mismo?

En primer lugar, resaltar que el enamorado nunca se cansa de contemplar y permanecer junto a la persona que ama. Pero por otra parte, si afirmamos que el cielo es la exaltación de la vida, y la vida es por definición dinámica, al contrario que la muerte, con mayor razón el paraíso será siempre un eterno dinamismo donde constantemente nos asombraremos de la novedad. Nuestras alegrías irán siempre en aumento, con cada resucitado que se incorpora al paraíso.

De todas formas es en vano pintar como será el cielo. Las descripciones y palabras no serán más que consideraciones meramente humanas, incompletas e imperfectas. El cielo rebasa siempre nuestras palabras y nuestros conceptos. «Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios tiene preparado para los que le aman» (1Cor 2, 9).

El juicio final

El juicio final ha de concebirse como la integración definitiva de todos los vivientes en la eternidad feliz. Sólo así obtendremos la plena felicidad y la plenitud personal.

El llamado final de los tiempos significa sencillamente el no-tiempo, es decir, el hombre con la muerte sale del tiempo para entrar en la eternidad. No tiene sentido pues, hablar de fechas o de retrasos.

Siguiendo con el discurso que comencé en el capítulo dedicado a la resurrección, al hablar de cuerpo y alma, este vuelve a tener relevancia al comentar el juicio final.

El dualismo antropológico platónico de alma y cuerpo se resuelve desde los ojos de la fe, al afirmar que cuerpo y alma no son entidades diferentes, sino partes constituyentes de un mismo ser, creado por Dios en un momento determinado del tiempo. El alma por tanto no existe desde siempre, sino que tiene un principio.

Puesto que el alma es inmortal y el cuerpo perecedero, es necesaria la resurrección, don de Dios para conseguir la plenitud del ser humano en la eternidad. Ahora bien, esta incorporación del cuerpo que acaecerá en el último día, no a todos puede que le parezca oportuna, pues hay gente que siendo demasiado espiritualista, aborrece el cuerpo, o al contrario, siendo demasiado materialista, preferiría un cuerpo diferente. Sin embargo no hay que ser miopes. Primero porque no hay doctrina de fe que diga la forma concreta o morfológica que hipotéticamente tendrá nuestro cuerpo, incorporado a nuestra alma ese último día. Conceptos substanciales físico-químicos como el ADN puede que tengan mucho que decir.

En cualquier caso, la forma física tangible o visible que adopte nuestro ser tendrá poca relevancia en la dimensión de lo intangible, de lo imperecedero, en un universo de espiritualidad, sentimiento, misticismo y amor.

Razones para la esperanza

Muchos de los que niegan la resurrección, esgrimen contra nosotros, eso de que con tanto mirar hacia arriba, nos despreocupamos de lo de abajo, y nos ausentamos de la realidad. La realidad, dicen, hay que construirla aquí.

Muchos ponen el objetivo de su vida en lograr una sociedad mejor, en labrar un futuro que disfrutarán las generaciones venideras. Laudable misión esta, donde las haya. Sin embargo, esto no es incompatible con la creencia, con el cristianismo, sino que precisamente es su realización.

El cristiano mira al cielo, pero tiene los ojos en el suelo. El camino para subir hacia arriba no parte de otro sitio sino del suelo. Sin una buena base en el firme, la escalera se desmorona.

Hay no obstante que matizar este deseo de hacer el bien. El cielo no es un estímulo egoísta, como sería si nos esforzásemos en hacer el bien sólo por tener un más allá bienaventurado. El cielo es precisamente todo lo contrario al egoísmo. Pero la esperanza de alcanzarle nunca está de más.

Los que con espíritu altruista depositan su confianza en la construcción de una sociedad mejor, sin tener otra esperanza de continuidad que la «continuidad social», ponen sus miras en un objetivo frágil e inestable, pues no hay nada más inconsistente, volátil y cambiante que la sociedad humana.

Y no es que yo no crea en el hombre ni en el progreso. Simplemente constato la realidad social que nos muestra repetidamente la historia.

Pero repito, las razones para la esperanza nunca están de más. Porque si a pesar de todo no hay nada después de la muerte (aunque la fe me diga lo contrario), yo nada he perdido por esperarlo, sino que más bien he ganado el gozo de la

esperanza y el vivir ilusionante de la fe. Por el contrario, el incrédulo tiene siempre las de perder ante las dos posibilidades, pues si no hay esperanza, muchas veces la vida se convierte en un infierno.

La vida

La vida es como la fría escarcha que desaparece al amanecer.

Es un seco pozo de miserias donde se refleja la necesidad humana.

Es como la hoja arrancada del árbol que cae y muere en la tierra.

Es como el viento que sopla en el ocaso y se difumina entre las calles estrechas.

Es el sol boreal, trémulo y fugaz.

Es el horizonte oscuro del atardecer que hace detenerse a los caminantes.

Es el viento helado que se desata por las noches y congela los corazones de los débiles de espíritu.

Y en contraste, ¿Qué es Dios? Dios es la plenitud sobreabundante de todas las maravillas. Es el elixir paradisiaco que rebosa en la copa de la felicidad; es la alegría eterna de todos los corazones, la inabarcable consecución de todos los anhelos, el recipiente perpetuo de todas las dichas, el bálsamo que alivia, el maná que cura, el poder que salva.

¿Por qué fijar nuestra atención y nuestra mente (¡y tan denodadamente!) en las falsas consolaciones de esta miserable vida, cuando Dios nos llama insistentemente para unirnos a Él, para unirnos a semejante maravilla?

Según San Agustín, hemos de vivir esta vida como si ya estuviésemos en la otra, es decir, alabando y glorificando a Dios por todas sus maravillas y excelsitudes, a imitación de los ángeles en el cielo.

La manera práctica de llevar esto a cabo, es muy simple, basta con ofrecerle a Él todos nuestros trabajos y nuestros sacrificios, nuestros anhelos y esperanzas, nuestras alegrías y nuestras penas, y mostrar ese agradecimiento en la dedicación de las cosas cotidianas y sencillas.

Cuando nos sintamos tristes, abatidos, desanimados, desganados para hacer una labor, basta con decir: ¡Voy a hacerlo por amor a Jesucristo! Y decirlo de verdad, para demostrar que yo también me sacrifico por Él al igual que Él lo hizo por mí, aunque sea en esta pequeña medida. Pues no hay obra pequeña ni mérito escaso cuando los sentimientos son tan grandes.

Agrada más a Dios una cestilla de flores ofrecida con un corazón sincero y desprendido, que toda una basílica construida sin ese amor.

El amor de Dios

¡El amor de Dios! El amor de Dios es el fuego que derrite los corazones, la llama que consume la voluntad y siembra en el alma las delicias de la divinidad.

¿Cómo podemos corresponder a semejante amor? Antes de nada decir que nunca será una correspondencia equiparable.

La manera de amar a Dios, es cumplir sus mandamientos. Los suyos y los de su Iglesia. De esta manera le demostramos nuestro amor.

Para muchos es muy difícil hacer aflorar los sentimientos del corazón de manera que se manifiesten de forma visible. Pero eso no quiere decir que éstos no existan. A muchos les cuesta experimentar amor sensible, pero eso no es óbice para amar con la voluntad.

En efecto, es la voluntad y la disposición lo que prima a la hora de demostrar el amor, y no quizá las fórmulas vocales y las manifestaciones más o menos sensibles.

Podemos conocer a Dios de muy diversas formas: a través de la revelación, o buscándole de forma intelectual. Pero hay un camino más cálido, y con calado más hondo, que es el de la oración y la contemplación.

En efecto, es a través de la oración como nos comunicamos con Dios y como Él se comunica con nosotros. Es como entablamos esa conexión íntima que nos demuestra que Dios no es puro concepto, sino un ser que nos ama y se nos entrega y que es capaz incluso de sufrir por nosotros.

Pero, ¿cómo es eso de que sufre Dios? ¿Es acaso un ser débil, o imperfecto?

En este caso, la capacidad y posibilidad de sufrir, lejos de ser una limitación o un defecto, debe considerarse como una forma de plenitud. Es la expresión más honda de un amor y una bondad sin límites.

Dios sufre precisamente porque su amor para con nosotros es infinito. Es un amor de tal magnitud, que le hace sufrir incluso a Él.

Y es que Dios, Jesús, siempre está ahí, esperando al pecador arrepentido, noche y día, sin descanso.

Él siempre acude a la cita. Unas veces se hace presente como el frescor suave del atardecer en el jardín de la vida. Otras como el aroma de las flores en las

noches de verano. Y otras en fin, cual horizonte cálido y luminoso de verdad y de paz que atraviesa y penetra todo nuestro ser y llega hasta el fondo de nosotros mismos.

Por que Él realmente habita dentro de nosotros, y «es más yo mismo que yo» como acertó a describir San Agustín.

Dios da sin esperar nada a cambio, pues su naturaleza es amor y desprendimiento, siendo ésta su inclinación natural. El amor de Dios es infinito incluso con los malvados y pecadores, con los que le odian, y con sus enemigos, por quien se dejó incluso matar en la persona de su Hijo.

Pues si Jesús, siendo Dios se dejó matar por amor a sus enemigos, ¿qué derecho tienes tú siquiera a fruncir el ceño a los tuyos? Si Dios, Supremo Juez, ama a los malvados y pecadores, ¿quién eres tú para odiarles?

El amor de Dios se pone de manifiesto también en la amistad que nos profesa. Si el amigo para ser bueno y seguro ha de ser antiguo, ¿quién hay más antiguo que Dios, que existe desde siempre? Al igual que no se deja al amigo antiguo por el nuevo, tampoco dejemos al amigo eterno por el temporal.

Dios está con nosotros en todos los sitios. Su amor se manifiesta en esa voz interior que nos dice «donde quiera que estés estaré contigo».

Pues, si Dios ama tanto a los que le odian, ¿cuánto no amará a los que le aman?

Devolvámosle ese amor dándole gracias por los que no se las dan, alabándole por los que no le alaban y experimentando en nosotros esa transformación que el corazón abierto a su amor recibe al entrar en Él.

La felicidad

Es un dicho muy común que el dinero no da la felicidad. ¿Acaso es más feliz el rico que el pobre? Muchos dirán que sí. Pero la realidad no es tan sencilla. En más casos de los que se podría pensar sucede precisamente lo contrario.

El que tiene dinero sufre por si se lo quitan o lo pierde. Vive siempre con miedo. El que tiene estabilidad sufre al pensar que la puede perder y teme al futuro.

¿Y los placeres? ¿Dan la felicidad los placeres?

El éxito y los placeres variados no liberan al hombre del vacío y del miedo si no hay un sentido más alto en su vida.

Los placeres materiales son como una droga. Una vez experimentada, el individuo se hace esclavo de ella, y su voluntad se rinde. Añora incesantemente el instante

siguiente en que podrá experimentar ese placer, y todos sus actos se encaminan hacia allí de una manera egoísta. La persona olvida la posibilidad de realizar otros fines más altruistas y queda cegada con la inmediatez. A la larga, en la mayoría de los casos el placer pierde su encanto inicial y aparece el hastío...

Pero es algo connatural a los seres humanos la búsqueda de la felicidad. Es normal que cada persona vaya en pos de aquello que le hace feliz.

Lógicamente yo no pretendo disuadir a nadie de esta idea (¡faltaría más!), pero sí encauzarla. Pues igual que un torrente que baja impetuoso por una ladera pierde su agua y no riega nada, de la misma forma se precisa construir unos muros de contención y unas balizas para que todo se aproveche de la forma más racional, conveniente y fructífera.

Sin embargo la ascética no es masoquismo, como tampoco es masoquista la hormiga cuando trabaja en verano, por mucho que así lo piense la cigarra.

Muchos objetarán: «¿Por qué hemos de rechazar los placeres que nos da la vida? Dios no puede desear nuestra infelicidad».

Y en efecto, así es. Dios no desea nuestra infelicidad, sino todo lo contrario, desea que seamos muy felices. Pero la única, verdadera, e inmensa Felicidad consiste en tener a Dios.

Y Dios habita en el corazón de aquellos que le desean.

Por esto, no se puede estar apegado a lo creado y querer tener a Dios al mismo tiempo. A no ser que en lo creado no se vea otra cosa sino al Creador, ya que lo infinito es contrario a lo finito, y lo temporal a lo eterno.

En este mundo todo es provisional. Aún no estamos en lo definitivo. Todo resulta contingente y accidental, por tanto no debemos volcarnos en ello. Lo provisional es inferior a lo definitivo, y lo parcial a lo total. El valor de lo temporal consiste en como sirve a lo definitivo.

Recordemos las palabras del Señor: «Así pues, vosotros no andéis buscando qué comer ni qué beber, y no estéis inquietos. Que por todas esas cosas se afanan los gentiles del mundo; y ya sabe vuestro Padre que tenéis la necesidad de eso. Buscad más bien su Reino, y esas cosas se os darán por añadidura» (Lc 12, 29-31). O lo que es lo mismo, no fijéis vuestro objetivo último en conseguir la satisfacción y la plenitud en las cosas de este mundo y de esta realidad, sino más bien usarlas como instrumento del bien que os puedan traer de cara a la eternidad. Pues igual que la misión de un carpintero no es poner clavos sino hacer muebles, de la misma forma nosotros no hemos de afanarnos en las cosas de aquí abajo como si no viéramos más allá de lo que representan, es decir, obra de Dios, y camino hacia Él.

Pues lo contrario sería actuar como los ateos, los que no tienen más que esta vida, los que cierran la puerta de la esperanza y se apegan a las cosas perecederas y mudables, que por esta sola característica (la mutabilidad) pueden experimentar desasosiego e infidelidad cuando de repente se les priva de su goce.

Hay que poner más bien las miras en lo inmutable y eterno, en lo que nunca nos fallará.

Si te despegas de todo lo terreno y mundano y pones tus ojos en Dios y sólo en Dios, acatando su voluntad y ejerciendo la Santa Indiferencia, gozarás de una felicidad que nada ni nadie te podrá arrebatarte.

Pues el que tiene a Dios, no ve otra cosa sino a Dios, y para él carece de sentido cualquier otra fuente de placer, al igual que carece de sentido mantener encendida una linterna en el mediodía de un día soleado.

Cristiano: ¿Por qué te entristeces al perder una cosa terrenal, si te queda lo más grande? ¿Qué son ellas comparadas con Dios? ¿Acaso el millonario se entristece si se le pierde la calderilla?

El único mal verdadero, el único mal irremediable, es la pérdida de Dios. Y a Dios se le pierde sólo por el pecado.

Ningún bautizado ha de temer que se le prive de Dios si él no lo quiere. Jesucristo está siempre con nosotros, pues nos compró con su sangre; y lo estará siempre, por toda la eternidad.

Sólo el pecador aparta de su lado a Dios, y lo hace voluntariamente.

Aún así, Él está incesantemente, día y noche, constantemente, llamando a la puerta del pecador para que le deje entrar de nuevo en su corazón.

Recordemos esta máxima de Santa Teresa, que todos deberíamos tener siempre en cuenta: «No nos preocupemos por nada sino que será lo que Dios quiera, como Dios quiera, cuando Dios quiera; pues solo Dios basta, y quien a Dios tiene, nada le falta».

La tibieza

Al hilo de lo anterior, permitidme hablar un poco de la tibieza.

Nuestro Dios nos quiere todo para sí, es un dios celoso. De igual manera que aborrecía que los judíos adorasen a los ídolos, también denosta que nosotros adoremos a los ídolos de hoy, que son los placeres y objetos materiales elegidos desde posiciones desvinculadas de Dios.

Hay una frase en el Apocalipsis que es muy elocuente con respecto a la tibieza: «Conozco tus obras: no eres frío ni caliente. Ojalá fueses frío o caliente. Pero por que eres tibio y no eres ni frío ni caliente te voy a vomitar de mi boca» (Apoc.3,15-16).

A más de un cristiano de supermercado se le erizarían los pelos de la nuca al leer este pasaje tan devastador.

Aquí Dios nos quiere poner sobre aviso para que no nos confiemos. Nos está diciendo algo así como que posiblemente nuestra particular visión de la religión no nos sirva de pasaporte eterno, sino la abrazamos enteramente.

Desde este punto de vista la tibieza puede representar el primer paso para un acercamiento, para una entrega definitiva. Hay muchas personas tibias que son criticadas quizá sin saber lo que hay detrás.

Quién no ha oído decir: «Mira fulano, está enemistado con tal pariente y sin embargo va a misa. ¡Más le valdría quedarse en su casa!»

Y sin embargo yo no creo que «fulano» que haga mal en ir a misa, sino todo lo contrario. Yo replicaría «déjale que vaya a misa, y cuanto más vaya, mejor, a ver si algo se le queda de lo que allí se dice, y el Señor puede ablandar su corazón».

El Antiguo Testamento

Son muchos los cristianos que comenten el error de descartar el Antiguo Testamento a efectos de considerarlo doctrina de fe. Entre otros muchos críticos se puede destacar a Marción, y a sus seguidores, los marcionistas.

Sin embargo, a pesar de las aparentes dificultades, debemos afirmar que el Antiguo Testamento ES palabra de Dios, con toda la significación que esta afirmación encierra.

Como digo, no son pocas las dificultades que se ofrecen a un lector de pasajes aislados del A.T.

Efectivamente, tomados por separado, muchos dichos, sentencias y pasajes de los libros del Antiguo Testamento se podrían considerar incluso contrarios a toda doctrina cristiana (claramente contrarios, diría yo, muchos de ellos). Pero esto no es motivo para descartar a priori todo el libro, ni siquiera esos pasajes conflictivos.

El propio Jesús, en los Evangelios dice claramente que Él no ha venido a abolir la ley, sino a darla cumplimiento. No ha venido a derogar, sino a culminar. «No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento» (Mt 5, 17).

Efectivamente, el Nuevo Testamento no deroga el Antiguo, sino que le complementa, le define, le realiza, le completa, pues el anterior estaba, se podría decir, inacabado.

La historia en este sentido, es lineal. El hombre del A.T. necesitaba tener una doctrina como esa, llena de sabiduría, pero adaptada a sus tiempos y a la mentalidad de cada momento. Si bien es cierto que poco a poco iba cambiando y reconduciéndose para cuando llegase el momento recibir la Buena Nueva, el Evangelio.

El Antiguo Testamento al llegar la era Mesiánica, estaba superado, pero no caducado u obsoleto. El Antiguo Testamento sigue teniendo toda su validez, aunque no se puede tomar como sola referencia, pues la Palabra de Dios es única, y está formada por ambos libros, el Antiguo y el Nuevo Testamento.

A la hora de sacar una conclusión de algo, no nos podemos detener a emitirla cuando aún hemos estudiado ese algo en su conjunto pues podríamos errar. Es el error que cometen los protestantes cuando se justifican tomando aisladamente frases o sentencias de la Biblia. Cada caso debe estar considerado según el entorno en que se produjo, y para los fines que se pretendían en su momento. La extrapolación no siempre es válida, y además, como siempre, la moraleja debe ser emitida al final.

Y es que ante la dificultad, existe la tentación de la negación. En esto se sustenta muy a menudo la fe, esa gran prueba tan difícil de superar. Es típico del espíritu humano intentar abandonar la construcción de algo cuando comienzan las dificultades. Pero también es mayor la satisfacción cuando finalmente se concluye.

La fe en sus comienzos está llena de oscuridades aparentes, que se deshacen cuando el alma preparada recibe la luz cegadora de Dios, ante la cual las tinieblas desaparecen.

La Iglesia, nuestra madre

La Revelación de Jesucristo supone un antes y un después en la Historia de la Salvación.

Han sido muchas las actitudes que a lo largo de la historia se han mantenido respecto a ciertos temas; actitudes muchas veces contradictorias, y que han servido y sirven de hecho para que nuestros detractores pongan el dedo en la llaga.

Pongamos por caso esta cita del Eclesiástico (libro de la Biblia que por cierto es uno de los más próximos al Evangelio):

«Da al justo y no acojas al pecador. Haz bien al humilde y no des al impío; rehúsale su pan [al impío] y no se lo des. Porque se tornará más fuerte que tú y te pagará con doble mal cuantos bienes le hagas» (Eclo. 12, 4-5).

¡Cuánto difieren sentencias como esta de la predicación de Jesucristo en cuanto a hacer el bien a los enemigos y poner la otra mejilla!

Y es que el hombre del Antiguo Testamento tenía un concepto diferente de la salvación y del mérito.

Para él, la prosperidad y la salud eran regalo de Dios y constituían el único premio que se otorgaba a los que cumplían con los preceptos. El pobre y el desgraciado merecían todo desprecio, pues era, según esta concepción de la recompensa, un rechazado por Dios, con el que no había que relacionarse.

Para el lector poco instruido en Biblia, le pueden resultar chocante los numerosos pasajes del Antiguo Testamento en que Dios «se venga», donde se habla de «el castigo de Dios» o incluso de «la ira de Dios». La concepción que el pueblo israelita tenía de Dios, era la de un Dios violento.

Pero en realidad Dios era y es el mismo Dios de ahora y el mismo que será siempre, pues Él es inmutable.

No así nosotros. El hombre antiguo tenía una mentalidad y unos conocimientos completamente distintos a los del hombre moderno, y por tanto Dios tiene que expresarse en un lenguaje que éste comprenda.

Para el hombre del Antiguo Testamento no existía la recompensa escatológica, y eso a pesar de libros como el de la Sabiduría, y el de los Macabeos, que dicho sea de paso, no fueron admitidos como canónicos por el pueblo judío. Para el antiguo Israel, las bendiciones de Yahvé eran vivir muchos años y tener una gran descendencia. Estas eran las formas de prolongar la vida, mientras que el Sheol, la muerte, era el final «donde ni siquiera se puede alabar a Yahvé» (Salmo 6, 5).

Todas estas concepciones eran influencia directa de los pueblos vecinos, y fruto de una religiosidad poco avanzada. Y por curioso que parezca asistimos hoy a la paradoja de que ideas tan antiguas tengan de nuevo, en la sociedad de hoy, tanta vigencia.

Pero Dios se va amoldando al progreso del hombre, y llegado el momento, pasará de ser el Dios que hiere y castiga, para ser el Dios que se deja herir en su Hijo, y perdona y redime a la Humanidad.

Muchos añadirán que no hay que irse tan lejos, que no hace mucho tiempo tuvimos la Inquisición, la condena de Galileo, las mentiras de los curas...

Pero la Iglesia también sabe reconocer sus errores, y recientemente ha reconocido muchos abusos, además de subrayar la importancia de las ciencias como parte importantísima del desarrollo humano.

Fue a raíz del Concilio Vaticano II cuando la Iglesia se abre al mundo y proyecta una estrategia de evangelización que tiende la mano hacia las otras religiones «mirando más a lo que nos une que a lo que nos separa».

En esta línea, la Iglesia define mejor su postura clásica y para muchos prepotente que afirmaba que «fuera de la Iglesia no hay salvación», y se reconoce algo que sucintamente se había considerado siempre y es el hecho de que serán salvos todos los hombres de buena voluntad que no habiendo conocido el Evangelio por culpa no imputable a ellos, se hubiesen comportado honradamente según su conciencia.

Aunque eso sí, no se deja de insistir en que es en el seno de la Iglesia Católica, donde se dan en plenitud las condiciones más favorables para prosperar en el campo de la salvación.

Y es que Dios ha puesto en nuestra conciencia esa luz que nos guía y nos ilumina cuando hacemos el bien, y que nos acusa cuando obramos el mal.

La Iglesia siempre ha deseado que sus hijos se salven y progresen en el camino hacia la santidad, y ha utilizado las formas que consideraba más acordes según los tiempos. Y todo aunque una visión histórica retrospectiva las delatase como inadecuadas.

Pero no es la Iglesia la única que se ha mostrado intransigente con la ciencia. La propia ciencia casi siempre pone reparos a los nuevos descubrimientos e inventos, muchos de los cuales a la larga se han mostrado inapelables o muy beneficiosos para la Humanidad.

Fueron los propios científicos los que en primera instancia tacharon de disparatados los postulados heliocéntricos, o los dictámenes de Pasteur sobre los gérmenes infecciosos, o las teorías de Harvey sobre la circulación de la sangre. Por no hablar de la intransigencia de la propia sociedad, en cuestiones como el voto de la mujer, la discriminación étnica, o la esclavitud.

Además, si a alguien se le puede tachar de totalitarista es a la ciencia y no a la Iglesia. A diario se toman decisiones sin contar con nadie en el campo de la biología, de la economía, o por ejemplo sobre la energía nuclear. Decisiones que pueden afectar a miles o millones de seres humanos.

Dios, por el contrario siempre ha tratado al hombre de acuerdo con su desarrollo en cada momento de la Historia.

Al igual que una madre no exigiría a su niño recién nacido que supiese hablar, tampoco Dios ha exigido a los hombres nada más allá de lo que por ellos mismos iban aprendiendo.

Una madre cuida a su hijo por amor. A veces su excesivo celo perjudica al hijo, y este puede ver en ella represión y tiranía. Aunque la madre lo hace todo con la mejor intención, que es el bien de su hijo, quizá sus acciones no sean las más adecuadas. Esto es lo que en muchas ocasiones le ha ocurrido a la Iglesia.

Dios no quiso imponer nada al hombre, pues le creó libre, y por eso no forzó su evolución. Por eso, no envió a su Hijo hasta el momento idóneo, la plenitud de los tiempos.

Dios va formando a los hombres poco a poco, a pesar que con ello cause, como causó su Hijo, el ser «signo de contradicción».

Este tema desemboca en el siguiente punto.

La libertad

El hecho de que Dios no se manifieste abiertamente, sino que se imponga de manera que podamos constatarle sólo con certeza moral, es otra de las razones que explican nuestra libertad. En efecto, somos libres de aceptar o no aceptar la fe, pues nadie nos obliga.

Es precisamente este acto libre de la voluntad del individuo el que dota a la fe de cierto halo de duda y de oscuridad. Una oscuridad que todos experimentamos en ciertos momentos, en menor o mayor medida a lo largo de nuestra vida. Pero esta oscuridad no debe ser entendida como incertidumbre, sino más bien como la ceguera momentánea que se experimenta cuando unos ojos poco acostumbrados reciben una fuerte luz.

Uno de los argumentos esgrimidos más ferozmente por los ateos, es ese de que «Si Dios fuera tan bueno o simplemente si existiese, no consentiría el mal en el mundo».

¿Pero es que acaso el mal procede de Dios? ¿No procederá quizá del hombre?

«Si, pero el caso es que Él no lo remedia, no mueve un dedo para evitarlo».

¡Ah, pero es que entonces interferiría en nuestra libertad! Y repito, Dios nos ha creado LIBRES.

Si hubiese querido interferir en nuestra conducta, nos hubiera sujetado a una ley, como hizo con el reino animal (el instinto) o con el reino mineral (leyes de la física).

En efecto, los animales nacen más hechos, más perfeccionados. Ya desde sus primeros instantes de vida saben andar y nadar, y en poco tiempo ya no necesitan a la madre para que les proteja o les sostenga. Pero en cierta medida, también nacen esclavos de esa perfección.

El ser humano, en cambio, nace más desvalido, pero también más libre y con mayor capacidad para aprender.

La capacidad de aprendizaje es la que ha hecho evolucionar al hombre, pero también le ha llevado a causar el mal con mayor intensidad.

Nunca ha tenido la Humanidad tanta abundancia de riquezas como ahora. Riquezas que podrían de un plumazo eliminar el hambre en el mundo. Y sin embargo, todavía millones de seres padecen necesidad y miseria. ¿Y esto es culpa de Dios? ¿No será tal vez culpa del egoísmo del hombre, de su mal uso de la libertad?

Dios nos creó libres para amar, pues se ama con mayor intensidad cuando la decisión de amar parte de una voluntad no coaccionada. Pero también nos creó libres para buscar la solución al mal, porque la solución al mal, al igual que el origen, está en el hombre.

¿Acaso no puede el hombre con su libertad, parar las guerras, llenar los graneros vacíos de los pueblos hambrientos, investigar para buscar remedio a las enfermedades...?

Muchos objetarán que hay muchos males que no son culpa estricta del hombre, como los desastres de la naturaleza o las enfermedades cruentas.

Cuando vemos por televisión esas imágenes de ciclones que devastan grandes zonas del Tercer Mundo y dejan tras de sí cientos de muertos y miles de personas desprovistas de sus ya de por sí precarias viviendas, todos dicen ¡donde está Dios!

Cierto es que los ciclones no son culpa del hombre. Pero sí es su culpa su inactividad para minimizar las consecuencias de estos desastres.

En el sur de Estados Unidos también se producen ciclones, con una fuerza devastadora similar a los de Centro América. Pero allí, con una ciencia meteorológica súper desarrollada, y una buena organización de la Protección Civil, apenas se cuentan desastres personales. Y qué decir de Japón, un país sísmico como pocos, donde cada año se producen cientos de terremotos de diversas intensidades. Allí tampoco hay casi víctimas personales, pues la investigación sismológica desarrollada ha llevado a construir viviendas con sistemas de seguridad suficientes para garantizar su integridad.

Así pues, ¿Acaso no puede la codicia del hombre detenerse, e invertir el dinero malgastado en otros fines, en dotar de tecnología anti-desastres a las poblaciones del Tercer Mundo?

Y esto vale también para las enfermedades. ¿No puede acaso el hombre eliminar los esfuerzos y el dinero invertido en armamento o en otros fines poco éticos y canalizarlos en investigar más sobre el cáncer, el SIDA, las malformaciones o la minimización del dolor?

Yo creo que si esto fuera así la vida en la tierra sería un anticipo de la del cielo. Pero no nos hagamos ilusiones, el hombre es hombre y no Dios, y por tanto imperfecto; y la tierra es tierra y no cielo. Son realidades distintas, dimensiones diferentes. Pero no por eso hemos de abandonarnos al fatalismo irremediable y ejercer la inactividad. Estamos llamados a progresar y a santificarnos mediante ese progreso, a pesar de que nuestra condición pecadora nos suponga un lastre en ese camino.

La libertad es, en suma uno de los dones más preciosos que Dios a dado al hombre. Pero hay que saber hacer un buen uso de ella, pues sino se puede volver contra nosotros provocando precisamente su contrario, la esclavitud.

Cristianismo a la medida

Muchos de los que aquí llamamos «cristianos de supermercado» han escogido la oración como uno de esos productos que les interesan. Y ciertamente muchos de ellos rezan a diario, e incluso pasan largo rato rezando antes de acostarse. Sin embargo no han echado la misa en el carro de la compra.

«Yo creo en Dios, pero no en los curas» afirman exultantes.

Es una frase que a mí me hace mucha gracia, por que hombre, faltaría mas, ni que los curas fueran dioses o semidioses, como si se pudiera optar entre unos y otros. ¡Qué cosas!

Bromas aparte, lo que sí es cierto es que no podemos prescindir de la Iglesia ni de sus sacerdotes pues sin ellos la religión no podría mantenerse.

Cuando uno se considera católico, no puede por menos que aceptar a la Iglesia.

Nuestra religión incluye a Dios y a su Iglesia, en un conjunto íntimamente relacionado sin que se pueda dividir. La separación de ambos hace de nuevo de nuestro cristianismo un «cristianismo de supermercado».

Porque, si tú crees en Dios, si amas a Dios, ¿crees que a Él le gusta que no respetes a su Iglesia, la Iglesia que Él mismo constituyó, por muchos defectos que

a ti te parezca que tiene? Recuerda que la Iglesia está constituida por hombres, y que los hombres son como tú o como yo, pecadores.

En cualquier caso, el sensacionalismo sobre estos asuntos es superior al de cualquier otro tema, y su trascendencia mucho mayor.

Y es que lamentablemente, produce mucho más ruido el sonido de un árbol que cae que el de todo un bosque que crece. Destaca mucho más una manchita en un vestido blanco, que muchas manchas en otro oscuro.

Porque sinceramente, la mayoría de los sacerdotes, los religiosos y en general los clérigos son personas que cumplen fielmente con su vocación, y salvo deslices propios de cualquier ser humano, no cometen esos grandes pecados, que con tanta ligereza alardea la prensa, siempre ávida de sensacionalismos.

Porque ciertamente, ¿cómo puede una persona que está constantemente, a todas horas, todos los días invocando a Dios, rezando y leyendo libros religiosos, cómo puede digo, hacer lo contrario a aquello en lo que cree, a aquello que predica? ¿Cómo se puede estar cerca del fuego y no sentir su calor?

Así pues, salvo rarísimas excepciones (pues de todo hay en la viña del Señor) los sacerdotes son personas que están por vocación (pues nadie les ha obligado a entrar en el clero) dedicados a servir a los demás.

Pero si aún así eres receloso, no por ello dejes la asistencia a los oficios religiosos. No por eso dejes la fe, no por eso abandones a Dios. Siempre puedes obrar como dijo Jesús en el Evangelio al referirse a los cargos eclesiásticos de su tiempo: «Haced lo que dicen pero no hagáis lo que hacen» (Mt 23,3).

Y es que una persona puede legítimamente, experimentar sentimientos de falta de afecto, hacia un hombre, o incluso un grupo de hombres. Es natural, y muy humano. E incluso se puede admitir que la falta de afecto sea hacia los sacerdotes, y por ende la jerarquía eclesiástica (por experiencias pasadas, por desatinos incurridos, etc.). Pero de ahí a renegar de Dios, hay un abismo. Es como dejar de pagar impuestos porque el funcionario que nos recoge la declaración de la renta no nos cae bien, o quizá mejor, como dejar de visitar a un amigo íntimo porque la decoración o la servidumbre de su casa no nos gusta.

Cuando una persona va a la iglesia, va a visitar a Dios, a oír su palabra, a recibir su cuerpo y su sangre. Nadie va a misa «para ver a los curas», pues para eso iríamos a su domicilio...

«Bueno si, pero es que la misa es un invento de los curas...»

Quien dice esto demuestra una supina falta de conocimientos y una ignorancia de los Evangelios y la Biblia. La reunión eucarística no fue un invento de los curas, sino una institución realizada por el propio Jesucristo. («Haced esto en memoria mía...» Lc 22,19).

Puede que la forma y el orden que en la misa se sigue sí sea de invención humana, pero es que de alguna forma hay que hacerlo y la Biblia no es muy explícita sobre el particular.

El propio Jesús da autoridad a Pedro para formar y construir la iglesia y sus normas. «Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia» (Mt 16,18). «Lo que atares en la tierra, quedará atado en el cielo» (Mt 18,18).

Está claro pues que Dios da a la iglesia (al Apostol Pedro, y, lógicamente a sus sucesores, pues Pedro no vivió siempre en la tierra, y no se entiende que Dios dé una cabeza y un guía a la Iglesia del siglo I y deje a las generaciones venideras desamparadas) el poder de dictar normas de obligado cumplimiento, como es el caso de la asistencia dominical a la misa. Y no otro día cualquiera, aunque repito, la asistencia a misa es un mandato de Jesucristo, pues dijo «Haced esto en memoria mía» y no «Haced esto *si queréis* en memoria mía».

Llegados a este punto, el único discurso que cabría interponer es el de que la Biblia la escribieron los hombres y no Dios. Pero quien dice esto se contradice a sí mismo, pues esos mismos cristianos que con tanto fervor rezan el Padrenuestro no estarían sino rezando una invención humana. Los Evangelios los escribieron los hombres claro, pero por inspiración divina. No vale la pena discutir esta cuestión, pues todo el cuerpo de la fe se recoge en la Biblia.

Lo que conocemos de Dios lo conocemos por que lo dice la Biblia, y no podemos creer una cosa y negar otras. No somos quienes para interpretar los pasajes bíblicos a nuestro antojo y desacreditar la sabiduría de quien lleva dos mil años estudiándolos, es decir de la Iglesia.

El protestante que se hace a sí mismo, y con escuela propia cogiendo esto de aquí y esto de allá, interpretando con su propia discreción los grandes temas de la fe, está modelando a Dios, y no al revés.

Necesidad de la existencia de la iglesia

Es pues claro que la Iglesia es necesaria de cara a fijar las normas fundamentales de la fe, y no dejar al libre juicio de cada uno la interpretación de la Biblia, pues hay muchos pasajes de difícil interpretación, que quien no es avezado en su estudio, puede malinterpretar.

La Iglesia es garantía firme de la interpretación de la Biblia, pues cuenta con personas doctas y estudiosas que nos orientan en el significado correcto de la divina Revelación, para así evitarnos a nosotros caer en el error. La Iglesia pues, entendida desde este prisma es, más que un estorbo o un obstáculo, una ayuda.

No debemos olvidar que fue Jesucristo el que instituyó la Iglesia cuando dijo aquello de «A ti te daré las llaves del Reino de los cielos; lo que ates en la tierra

quedará atado en el cielo» (Mt 16.19). Por otra parte, toda institución necesita una autoridad que la guíe, la mantenga y vele por ella. Y la Iglesia más que ninguna otra institución necesitó y necesita de personas que ejerzan un control adecuado para impedir que la doctrina sea deformada con el transcurrir de los siglos.

Una sociedad sin autoridad acaba por disolverse, por escindirse en otras más pequeñas, que al final acaban en la nada. Y esto es lo peor que le puede ocurrir a cualquier doctrina. Si uno de los objetivos del cristianismo es anunciar la Buena Nueva y propagar la palabra de Dios, esto no se podría conseguir si no hubiese una unidad (de Iglesia como autoridad y de doctrina). Esto es lo que ha ocurrido con los protestantes.

Existen multitud de sectas protestantes como luteranos, calvinistas, evangélicos, testigos de Jehová, mormones... Me recuerdan a lo que dije antes sobre los cristianos de supermercado. Los fundadores de todas estas sectas fueron al supermercado y escogieron los productos que más les interesaban de toda la gama, y los echaron en el cesto de la compra. Aquellos productos que no encontraron en las estanterías, los fabricaron ellos mismos.

Todos los protestantes rechazan a la Iglesia como fuente de autoridad. Para ellos la Iglesia es alienante y carece de prerrogativas para interpretar o dirigir la cristiandad. Pero si la Iglesia no tiene la autoridad ¿quién la tiene? ¿La tiene Lutero? ¿O Calvino? ¿O Joseph Smith? ¿Hemos de hacer proselitismo y seguir a estos hombres? El hecho de promulgar «no seáis prosélitos», ya es hacer proselitismo, pues el hombre que sigue estas premisas ya es prosélito de quien las emite.

No se puede (o no se debe) dejar a una persona sin ayudas en la interpretación de la Biblia, no se debe dar el texto «en bruto» sin ofrecer una interpretación del mismo. Prueba de ello es el sinfín de sectas protestantes que existen y que cada una da una interpretación distinta a cada párrafo. ¿Es que puede existir más de una verdad? ¿Es que el cobre puede ser a la vez oro o plata? La verdad, pues es única y tiene una sola interpretación. Nadie escribe un texto con el objeto de que pueda ser interpretado de diversas formas. La finalidad del autor, lo que quiere dar a entender, es siempre única.

Entonces, ¿quién es el que tiene la verdadera interpretación de la Doctrina Divina? A todos los que preguntes te dirán que son ellos mismos los poseedores de la verdad.

Si preguntas a un testigo de Jehová, por ejemplo, te dará mil argumentos para atestiguar que la verdad la tienen ellos. Están muy bien entrenados en preguntas y respuestas. Igual ocurrirá con un mormón, o con un evangélico.

Si preguntas a un doctor de la Iglesia Católica, igualmente te ofrecerá muchos argumentos, de mucho más peso y consistencia, pero habrá quien, quizá por falta de entendimiento o de preparación por parte del sacerdote, no quede satisfecho.

En este caso, ¿qué hacer? ¿A quién creer?

Si yo fuera un observador externo que quisiera acercarme al cristianismo, y me encontrase con el amplio abanico de matices en que, lamentablemente, estamos divididos, y necesitase acogerme a alguna de las formas de creencia, con toda seguridad me quedaría con aquel que me ofreciese más que los demás. Aquel que tuviese más riqueza espiritual y mayor peso histórico. Aquel que llevara más años, quien tenga un bagaje y unos frutos más duraderos, quien fuese el primero, el que estuviese más organizado y estructurado, en resumen el que ofrezca mayores y mejores garantías.

Si tuviera que elegir un colegio para mi hijo, ¿acaso no escogería aquel que ofreciese mayores garantías de que mi hijo aprendiera? Quizá aunque fuese un aprendizaje más duro que en otros sitios. Pero en esto la tradición y la experiencia son algo de gran valor y en lo que me debo de fijar antes de elegir.

La Iglesia Católica es sin duda la opción ganadora, pues existe desde siempre, y no es una autoridad que emane del dictamen de una persona aislada, sino de muchas de ellas que han existido a lo largo de los siglos. La única capaz de satisfacer todas las necesidades, de cubrir todas las lagunas y de salvar de forma plena todas las almas.

Con errores, si, como todas las instituciones formadas por hombres, pero con una base sólida y firme que aspira a guiar a todos los hombres y a avanzar en una única dirección, por un solo camino, que es el que nos lleva al Padre, a través de Jesucristo, en el Espíritu Santo y con la Virgen María.

La formación religiosa

La mayoría de los indiferentes podrían ser fervientes católicos sólo si hubiesen tenido una formación adecuada.

Pero el ambiente ateizante, donde todo lo religioso es rechazado prácticamente de antemano, sin atender siquiera a razones o a explicaciones, ha propiciado esta situación.

Y es que como ya hemos visto, la Iglesia, y en general todo lo que «huela a curas», tiene mala prensa.

Esta «mala prensa», y la secularización progresiva de la sociedad en todas sus estructuras y estamentos, han motivado que el ciudadano medio, simplemente NO CONOZCA a Dios y a su Iglesia.

Este desconocimiento se pone de manifiesto, ya no sólo en la no asistencia a misa y en la infrecuencia de los sacramentos, sino que incluso, paradójicamente,

lo poco que se conoce, es precisamente el material sensacionalista del que hablaba anteriormente.

Pero unas explicaciones razonables y sencillas dichas con la sinceridad y la convicción de quien tiene verdadera fe, y un corazón abierto a la enseñanza, son suficientes para deshacer los malentendidos y hacer ver al hombre común lo maravilloso de la religión.

Después sólo queda la formación catequética. Esta puede haberse dado ya, como es el caso de las personas educadas en colegios o universidades religiosas.

Sin embargo, por sí sola esta formación es insuficiente.

He conocido a muchas personas que provienen de colegios religiosos, y han acabado siendo indiferentes o, en el mejor de los casos, cristianos de supermercado.

Las personas que al salir del colegio siguen las enseñanzas católicas y frecuentan los sacramentos (la minoría), suelen tener una circunstancia común: sus padres también son cristianos comprometidos.

Y es que es en la familia donde está el auténtico caldo de cultivo donde se forjan los verdaderos cristianos. No es imprescindible asistir a un colegio religioso. Basta con el compromiso de los padres, con su influencia sobre los hijos, y no por las palabras solamente, sino con el ejemplo, con la práctica de las devociones, etc. Sin forzar nunca, sino dejando simplemente que el niño se «empape» de lo que ve, oye, y hacen los de su casa.

El Apostolado

Llamamos apostolado a aquella labor consistente básicamente en realizar la misión que ya hicieron los apóstoles hace dos mil años. Es decir, llevar la buena noticia de que Cristo ha resucitado, a todas las gentes de buena voluntad. Y con esta noticia, llevamos también las enseñanzas y la doctrina que Jesús nos dejó.

El objetivo final es convertir a las personas que viven al margen de la fe, de forma que acojan y hagan suyo el mensaje de Jesucristo. Esto se realiza mediante la predicación y la evangelización, cuyos efectos han de llevar a la conversión.

Pero la gente se pregunta, ¿por qué tenéis tanto interés en convertir a la gente? ¿Qué os va a vosotros en ello? ¿Por qué ese afán desmedido de captar adeptos?

Estas cuestiones las formula la gente al referirse a los sacerdotes y a los que se dedican al apostolado de forma más visible (por que todo cristiano está llamado a dar a conocer el Evangelio).

Son varias las razones.

La primera, es que así nos lo encomendó Jesucristo nuestro Señor, antes de abandonar su vida terrenal. «Y les dijo [a los apóstoles]: "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación"» (Mc 16,15).

Otra razón que nos impulsa al apostolado es la caridad fraterna y el amor por el prójimo. Pues el cristiano no es egoísta, y gusta de compartir las cosas buenas que tiene, y entre ellas la más grande, que es la posesión de Dios en el corazón.

Evangelizar es narrar al otro lo que nos ha sucedido a raíz de nuestro encuentro con Jesucristo. Es decir, extender la felicidad que todo cristiano siente por tener a Dios, de forma que el resto del mundo también la comparta y la experimente y consigan todos los hombres «despojarse del hombre viejo, para revestirse del hombre nuevo» (Ef 4, 22-24).

Y es que la enseñanza siempre es positiva, siempre es agradable el contemplar cómo alguien consigue ser feliz debido a que tú has puesto una semilla en su corazón. Una semilla, que lógicamente Dios en su misericordia hace crecer.

Siempre seremos recompensados, en esta vida y en la otra, pues como dice el apóstol Santiago, «Hermanos míos: si alguno de vosotros se extravía de verdad y alguien le devuelve al camino, sabed que el que endereza a un pecador del error de su camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados» (Sant.5, 19s).

El celibato

No soy un defensor acérrimo del celibato para los sacerdotes, pero sin embargo estoy muy a favor de ello.

Básicamente es por la libertad que otorga a todos los que lo profesan.

Un sacerdote ha de estar siempre dispuesto a ir a cualquier parte, a hacer cualquier cosa, siempre que el bien del prójimo así lo demande.

Un sacerdote se siente más remiso a arriesgarse si sabe que puede dejar tras de sí a una mujer y a unos hijos, que quizá sólo le tengan a él. O por lo menos no actúa con la misma libertad y contumacia que si no los tuviera.

Un sacerdote debe ser padre para todos, y no para unos más que para otros. El Padre Eterno no tiene predilección por nadie en especial, a todos sus hijos los trata por igual. Jesús no hizo acepción de personas, a todos les dio las mismas oportunidades.

¿Con qué espíritu conciliador iba a escuchar un sacerdote padre de una niña de 12 años la confesión de un violador? Ciertamente que es muy difícil. Hay que tener una sangre muy fría para abstraerse y olvidarse de las circunstancias personales. Algo que no todos tienen.

Además, el celibato no es duro de llevar comparado con otros estados de la vida. Porque ciertamente, también el matrimonio muchas veces también es duro de llevar. Muchos matrimonios tienen, aunque se quieran, sus trifulcas, sus desavenencias, sus malestares, incomodidades que no tiene el célibe. Cualquier estado de vida tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

La Iglesia como madre, siempre desea lo mejor para sus hijos. Que nadie piense que se estableció el celibato con ánimo de fastidiar, o de tener martirizados a sus miembros. La razón simplemente fue la conveniencia, la posibilidad mayor de abarcar y servir mejor al prójimo, principal vocación del sacerdote.

El sacerdote ha de estar dispuesto siempre a ir allá donde el deber le llame, allá donde la Jerarquía considere que hace mayor bien y donde sus posibilidades de servicio sean mayores. No puede haber sacerdotes de primera y sacerdotes de segunda.

Pues para eso está el diaconado. Es un ministerio que poca gente conoce, y para el que muchos tienen una especial vocación.

El diácono necesita una formación ligeramente inferior a la del sacerdote, pero con la diferencia de que no está obligado al celibato. Son clérigos que colaboran en la misa e incluso administran algunos sacramentos. Ciertamente que la mayoría de los diáconos solteros acaban abrazando el sacerdocio, pero creo sinceramente que es un ministerio que habría que dar a conocer e impulsar más para quizá paliar en cierta medida la saturación de trabajo que tienen los sacerdotes debido a su escasez actual.

Un par de parábolas

Un señor estaba de viaje en un país extranjero. Le aconsejaron que no se marchase sin visitar a un hombre sabio muy distinguido por su santidad y prudencia.

Al llegar donde se hallaba éste, se encontró con una estancia donde tan sólo había una mesa con su silla y una cama, además de unos cuantos libros y un crucifijo.

El hombre, asombrado, le preguntó: ¿Usted sólo cuenta con esto? Y respondió el sabio: ¿Y usted? ¿Sólo ha triado esas dos maletas? El viajero le replicó: hombre, es que yo sólo estoy de paso... Pues precisamente -añadió el sabio- yo también estoy de paso.

* * *

Al nacer, Dios nos pone a cada uno de nosotros cierta cantidad de dinero en la cuenta corriente de un banco celestial.

Algunos con sus malas obras, gastan ese dinero, mientras que otros con sus buenas obras lo incrementan.

El que no hace mal a nadie, pero tampoco hace el bien, no produce réditos a ese dinero, por lo que a la hora de dar cuentas, el dinero inicial se ha depreciado, y ya no vale lo mismo.

Hay algunos que invierten ese dinero en deuda pública a largo plazo, por lo que a la hora de recuperar el fondo, éste no sólo no se ha depreciado, sino que incluso ha rentado algo. Este es el caso de los que donan todos sus bienes a los necesitados.

Sin embargo, otros, movidos por un gran deseo de rentabilizar al máximo ese dinero, se dedican durante toda su vida a las buenas obras, al servicio del prójimo, consiguiendo una rentabilidad «del ciento por uno» (Mc 10, 29-30).

Así es Dios, incrementa nuestros méritos con las buenas obras, y nos los quita con las malas. Porque como dice la Escritura: «A quien mucho se le dio, mucho se le exigirá, y al que poco, menos» (Lc 12, 47-48).

La pobreza

Otro de los llamados «puntos negros» del clero, son las aparentes riquezas que muchas veces detentan los altos cargos de la jerarquía eclesiástica, y principalmente el Vaticano.

La gente piensa que no predicán con el ejemplo, que más valdría que lo diesen a los pobres, etc.

Cierto es que los verdaderamente pobres dentro del estamento eclesial son los monjes y monjas, que por no tener, no tienen ni voluntad, pues también han hecho voto de obediencia. Ellos han renunciado a todo a cambio de tener una única cosa, eso sí, la más grande. Han renunciado a todo por tener a Dios. Han vaciado su corazón de todo apego que pudiera interferir con la posesión inefable de Dios. Y esto les aporta una felicidad tan grande, que muchos de nosotros quisiéramos tener.

Sin embargo, a la hora de hablar de «los tesoros del Vaticano», sería conveniente hacer algunas matizaciones.

En primer lugar, aunque esos bienes se vendiesen y el dinero se repartiese entre todos los pobres del mundo, no tocarían cada uno ni para saciar el hambre de ese día. Y si se repartiesen sólo entre unos cuantos, los demás podrían objetar que por qué a esos y a los demás no. Se acusaría en este caso al Vaticano de parcialidad.

Por otra parte, el dinero que tiene la Iglesia y que obtiene de las aportaciones de los fieles o de los estados con los que hay concierto, se utiliza para diversos fines, como son el sostenimiento de las necesidades de los miembros del clero, para garantizar el culto en los templos, para ayudar en las misiones, y en todas aquellas obras pastorales y caritativas en las que la Iglesia está comprometida. Y claro, para todo esto se necesitan muchos millones. Un dinero, que muchas veces no encuentra aplicación inmediata por problemas de índice logística o burocrática y se ha de invertir para obtener mayor rentabilidad, y evitar su depreciación.

Por otra parte, los bienes que tiene el Vaticano son en gran medida donaciones hechas por países y por altos dignatarios de países, que desean que esos bienes permanezcan allí. Podrían considerar como una ofensa, como un agravio o como un menosprecio el hecho de que se vendiesen, y les podría molestar el paradero en el que acabasen. Podría quizá traer consecuencias negativas sobre los cristianos de esos países...

Además, habría que dudar mucho de la catadura moral de quien comprase para su propio provecho, pongamos por caso, la Capilla Sixtina.

Respecto a los ornamentos de los obispos, hemos de recordar en primer lugar, que no están obligados a emitir voto de pobreza y que igualmente, en muchos casos, son regalos hechos por familiares o amigos en el día de su ordenación, o con ocasión de alguna conmemoración, o en determinadas fechas, etc.

Se podría argumentar que no debieran aceptar tales regalos, pero es muy humano el no negarse a aceptar algo sobre todo cuando esto procede de una persona que actúa con buena intención y sin malicia, que sólo pretende agradar y que obra según su propio criterio de reciprocidad.

En definitiva, la solución de los problemas del mundo no es que la Iglesia se deshaga de los bienes que custodia, que dicho sea de paso son en su mayor parte de incalculable valor artístico y patrimonio de la Humanidad, y que muchos estados no están dispuestos a hacerse cargo en una eventual subrogación. No, la solución pasa por el compromiso privado, y de las aportaciones de los que realmente poseen la riqueza de este mundo, que son los grandes capitalistas y los que tienen en su mano los hilos del poder.

El matrimonio

Existen en el universo dos actitudes encontradas: el amor y el egoísmo. Tan antagónicas como son lo blanco a lo negro, o como la guerra a la paz.

Al hilo de la exposición inicial, me interesa recalcar ahora, que la verdadera felicidad, se encuentra en el amor. En el amor fraterno o en el amor de pareja.

El que ha conseguido superar las tendencias egoístas, ese ha encontrado la verdadera felicidad.

Se encuentra en esta situación todo aquel que ha sido capaz de salir de su «yo» para abrirse al «tú» y construir el «nosotros».

Es decir, todo aquel que ha conseguido desterrar el egoísmo de su corazón.

Tengamos presente siempre esta antinomia: amor Vs egoísmo.

No hay pues, felicidad sin amor, pero tampoco hay amor sin renunciaciones.

Cuando dos personas toman la decisión de casarse, si esta decisión ha sido fruto de una reflexión madura y coherente, basada en el conocimiento mutuo de las dos partes, si ha sido una decisión adulta y responsable, ese matrimonio es eterno, indisoluble. Y esto independientemente de que así lo disponga una norma, que no es otra que las palabras de Jesús el Evangelio: «Él los hizo varón y hembra. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y los dos se harán una sola carne. De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió, no lo separe el hombre» (Mc 10, 7-9).

Y digo independientemente de esto, porque si el matrimonio está bien cimentado y ha sido celebrado con madurez, cualquier problema ulterior será fácilmente superable bien por la vía del diálogo, o bien por la cesión de una de las partes, siempre basándonos en la generosidad y en la apertura.

Por eso es tan importante el noviazgo y el conocimiento mutuo, que no se puede adquirir en poco tiempo de relación.

Como apunté antes, el divorcio no tiene por qué existir, si la decisión de casarse fue tomada madura y responsablemente. En cualquier caso, siempre existen opciones válidas como la anulación matrimonial para quien se casó engañado, o la propia separación.

Un dato a tener muy en cuenta es que a diferencia de lo que se cree, las anulaciones matrimoniales no son exclusivas de la gente adinerada. Ni mucho menos. Sólo hay que revisar el anuario del tribunal de la Rota para darse cuenta de esto, y de que muchos de los casos presentados se resuelven en anulación.

Cuando una relación falla, se debe siempre a que el amor que existía en el principio, ha sido reemplazado por el egoísmo.

La persona egoísta opta por la infelicidad, pues como dije antes, el egoísmo es contrario al amor y el amor es la fuente de la felicidad.

Es posible que mucha gente diga: «Pero es que yo ya no siento el amor que sentía antes...» Y es que el amor se transforma, y en muchos casos el amor-pasión, deja paso al amor-cariño, al amor-aprecio, y por encima de todo, está el amor-DARSE.

Efectivamente, el darse a los demás constituye la expresión más elevada del amor, y es según quien la practica, fuente inagotable de felicidad.

Apliquemos esta máxima al matrimonio, y éste no fracasará. Aunque sólo la lleve a cabo una de las partes, éste no fracasará. «Dos no discuten, si uno no quiere» dice la sabiduría popular. «Ama y haz lo que quieras» dijo San Agustín.

La vida desemboca en un callejón sin salida para el egoísta, pues el hedonismo desemboca en el hastío.

Ha de prevalecer por encima de todo el entendimiento y la intercomuni3n entre los esposos, en aras a lograr y preservar siempre la fraternidad y estabilidad conyugal, que son fuente primigenia del estamento marital.

La 3nica manera de dar sentido a la vida es en el amor. Y el amor consiste en el desprendimiento, en salir del yo para abrirse al t3 y formar el nosotros.

Los hijos y la anticoncepci3n

Esa construcci3n del nosotros, tiene en el caso del matrimonio una extensi3n muy significativa: los hijos.

Tradicionalmente, la iglesia ha defendido que la finalidad del matrimonio son los hijos.

Juan Pablo II, muy acertadamente ha puesto el acento esta vez en el amor, supedit3ndolo todo a 3l.

El hecho de que una pareja opte por no tener hijos, no significa que se amen m3s, sino m3s bien, est3n ejerciendo un egoísmo compartido. El total desprendimiento que es la exaltaci3n m3xima del amor, no existe.

Las actitudes que llevan a no tener hijos esconden siempre un trasfondo egoísta.

La gente que reduce el número de hijos lo hace siempre basándose en actitudes y pensamientos egoístas. Principalmente en el miedo a rebajar una calidad de vida ya de por sí demasiado alta que nos hace olvidarnos de Dios.

Recordemos: sin desprendimiento no hay amor, y sin amor no hay felicidad.

Otra cuestión es separar o distanciar los nacimientos.

Esto es algo permitido por la Iglesia, e incluso recomendado, cuando las circunstancias así lo aconsejan.

De entre los métodos a utilizar para conseguir estos distanciamientos, sólo unos cuantos están aceptados por la Iglesia Católica, Y es este uno de los puntos más controvertidos dentro y fuera del seno de la propia Iglesia.

El cristianismo es la religión del amor, de la entrega, del sacrificio por los demás, de la renuncia a sí mismo a favor del prójimo. Lógicamente con tales premisas, el egoísmo está fuera de lugar. ¿Y que hay más egoísta que la actitud de aquellos que no quieren darse a otros y se reservan para sí mismos?

Muchos dirán: «Bueno, yo no me reservo para mí mismo, pues soy voluntario en una ONG...» Labor encomiable, sin duda, pero quizá no suficiente. No suficiente por que no es comparable a la paternidad. El voluntario de una ONG tiene la sartén por el mango, es decir, sabe que puede dejarlo cuando quiera (aunque quizá no lo haga nunca). Pero tiene sin duda una libertad de acción que no tiene el que es padre. El voluntario puede, si así sucediera dejar la ONG, o ir menos, u otros días diferentes, etc. El padre no tiene esa opción. Lo suyo es para siempre y sin limitaciones.

Ser padre es una decisión irrevocable que ata de por vida. ¡Palabras muy duras para los espíritus poco sacrificados!

No es válido el razonamiento de aquel que dice «Este sacrificio que me pides Señor, no lo haré, pero en cambio haré este otro que me gusta más». Esto sencillamente no tiene mérito.

Si el rico del Evangelio que había cumplido los mandamientos básicos a quien Jesús le dice: «Todo eso está muy bien, pero te falta una cosa, ve y vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y entonces sígueme» (Lc 18, 22). Si este hombre le hubiese dicho a Jesús: «No, Señor, en lugar de eso, entregaré una quinta parte sólo, o mejor, cumpliré los mandamientos con más celo todavía, pero eso que me pides no lo haré...» Probablemente Jesús hubiera respondido, algo así como que, esto es lo que hay, lo tomas o lo dejas.

Efectivamente, eso es lo que hay, no se puede andar con medias tintas, no se puede tender una mano a Dios, y otra al diablo. Las faltas de omisión también son pecados...

Ciertamente que existen muchos factores atenuantes, o quizá eximentes; cada caso individual merece un examen particular, ya que las generalizaciones no llegan a todos los casos. Pero esto no disculpa algunas actitudes como las de aquellos que dicen: «Prefiero tener dos hijos bien atendidos antes que cinco desatendidos». O las de aquellos otros que optan por no tener hijos so pretexto de no tener que hacerles sufrir en «un mundo contaminado, superpoblado, con amenaza nuclear...»

Pues permitidme que os diga que esa no es una actitud cristiana. ¿Quién te asegura que un hijo tuyo no será un reformador, un pacificador, una persona clave en la historia? Sí, ya sé que ese es un razonamiento ilusorio, y que para determinadas clases sociales es prácticamente una utopía (aunque la historia está llena de casos utópicos).

De todas formas repito, no es un razonamiento cristiano ese que opta por no tener hijos para evitarles sufrimientos. Esa es precisamente una postura materialista. No olvidemos que para un cristiano, la vida no es sino el nacimiento a la vida eterna, y que el sufrimiento es una vía de santificación.

No teniendo hijos evitamos que un ser humano pueda gozar eternamente de la inmensa excelcitud de la gloria del paraíso, que Dios nos tiene preparada a todos los hombres, y que esos hijos nos agradecerán eternamente. Se lo agradecerán a esos padres que tengan el coraje y la valentía de sacrificar el yo en pos del tú, y del nosotros para constituir una familia cristiana.

Aún así, alguien objetará que nacer no significa infaliblemente alcanzar el cielo, sino que también trayendo un niño al mundo le puedo estar condenando al infierno...

Ciertamente. Pero esa eventualidad, no es difícil de evitar, y dependerá en gran parte de ti como padre, de la educación que le des, de los valores que le inculques, y de los comportamientos que de ti imite.

La infalibilidad del Papa

Otro de los argumentos que crisan a nuestros detractores es el tema de la infalibilidad del Papa. Nos acusan muchas veces de cuasi-divinizar a una persona mortal y con defectos, y que no goza de aceptación, sobre todo en ambientes protestantes. A esto suelen unir muchas veces el consabido debate sobre la autoridad de la Iglesia.

Sobre la infalibilidad del Papa, hemos de matizar que esta definición no quiere decir que todo lo que diga el Papa «vaya a misa». El Papa es una persona normal, con sus defectos, y sujeta al pecado, como cualquier otro mortal. Aunque pueda ser un hombre muy culto y prudente, no todos sus dictámenes están sujetos a la infalibilidad.

La llamada infalibilidad papal, sólo se aplica a ciertas enseñanzas dogmáticas pronunciadas con una solemnidad especial, que se suelen denominar «ex cathedra». Sólo cuando el Papa habla «ex cathedra» es cuando se puede decir que sus dictámenes son infalibles, pues se refieren a normas de común aceptación respecto a temas de índole dogmática y doctrinal.

No se pueden achacar los errores de la Iglesia a lo largo de los tiempos a lagunas de esta infalibilidad. La condena de Galileo por ejemplo, no fue una decisión del Papa «ex cathedra» sino el dictamen de una congregación romana, asesorada por el también astrónomo Tycho Brahe.

Se dice que algo es infalible cuando reúne todos los requisitos necesarios para reconocer la verdad. Y la verdad, lo quieran o no los relativistas, es única.

Si reconocemos que hay un solo Dios, y una sola Revelación, lógicamente avendremos que sólo puede haber una verdadera interpretación.

No hay pues dos verdades. Una cosa es la verdad y otra es la opinión. La opinión no es sino el dictamen de alguien que sin poseer el conocimiento de todos los hechos y características de una cosa, intenta aventurar una hipótesis explicativa sobre esa cosa.

Porque las cosas son verdad o no lo son, pero no son verdades a medias. Esto es meramente una forma de hablar que significa «es mentira pero se parece a la verdad». Y parecer no significa ser. Yo me puedo parecer a mi hermano, pero no soy mi hermano.

De dos personas en una habitación una puede decir que tiene frío, y otra que tiene calor, pero eso no significa que la temperatura es relativa, La temperatura es la que hay y tiene un valor numérico que se puede medir.

Quien dice que todo es relativo, ya está incurriendo en contradicción, pues está absolutizando la relatividad, y por tanto no todo es relativo. Y si no todo es relativo, es que hay cosas que son absolutas. ¿Es la religión una de ellas?

La religión trata sobre el alma, y el alma, al ser un ente simple no puede ser relativo. Por la sencilla razón de que la relatividad basa su principio elemental en la disparidad, y donde hay unicidad no puede haber relatividad. Por tanto el alma es absoluta, y lógicamente ha de serlo aquello que versa sobre ella.

Las cosas absolutas pueden ser discernidas de forma que se conozca su concepto, y por eso se dice que la Iglesia, y el Papa, al ser los instrumentos de dilucidación de las verdades cristianas, son infalibles, es decir, que muestran los contenidos del dogma de forma certera y sin error.

Pues si la Iglesia es de Dios y es su miembro visible, La Iglesia no puede estar enseñando de sí misma lo que no es. De la misma forma, si alguien realiza una

creación nueva, nadie sino el creador tendrá más razón acerca de la naturaleza de lo creado.

Si no existiese la infalibilidad, Dios estaría obligando a sus fieles a creer en el error. Y si Jesucristo es infalible, esto tendrá que ser por fuerza la Iglesia, pues fue enviada por Él, y a quien prometió su perpetua asistencia. «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 19-20).

Entendamos pues la infalibilidad en este sentido, es decir que los dictámenes de la Iglesia en cuestiones dogmáticas de la fe y de la Revelación son ciertos. Y no busquemos los tres pies al gato.

Hay ciertamente materias, sobre todo de índole moral sobre las que la Iglesia tiene todo el deber de pronunciarse, pero que nadie, ni siquiera ella misma reconoce que sean infalibles.

Pero esto no quiere decir que sean cuestiones optativas, y que podamos nosotros elegir sobre seguirlas o no seguirlas como si fuese el menú de un restaurante. La Iglesia como madre nos aconseja prudentemente y nos da los mejores medios para procurarnos la salvación. Nadie mejor que la Iglesia para pronunciarse sobre estos temas ya que tiene mayores conocimientos para dictaminar sobre algo que atañe al alma de las personas, y por ende a la religión.

Las sectas

No voy a hablar ahora de ese tipo de sectas llamadas destructivas, que de vez en cuando asaltan los telediaros, y nos llenan de sorpresa y pavor. No; me voy a referir a esas otras pseudo-confesiones generalmente de índole protestante (la variedad es enorme) de las muchas que proliferan en el mundo, y que, aunque no suelen causar un daño físico relevante al individuo, son las responsables de que muchas personas que en una u otra forma dependieron de la Iglesia Católica, hayan sido atraídas por sus sugerentes formas y falsos mensajes.

El secreto del éxito de las sectas se asienta sobre el principio de ofrecer una alternativa. El individuo, hastiado de la forma de vida de la sociedad materialista, y con su ansia de Dios intacta, busca consuelo en lo nuevo, en aquello que se le ofrece como liberación, como cambio. La persona suele ser captada al atravesar crisis existenciales o desgracias personales, cuando se siente solo y excluido de la sociedad convencional.

Una vez dado el primer e importantísimo paso, la continuidad se asienta en la participación en las responsabilidades, en el sentimiento de pertenencia sin anonimato. Los individuos se integran en una comunidad viviente en la que cada

uno desempeña un papel activo, y en donde existe una alta concepción del «nosotros».

Las sectas consiguen formar numerosas comunidades pequeñas a escala humana, lo que les hace ser cálidas y fraternales. En la secta la persona encuentra el calor y la aceptación que le falta y le hace recobrar su autoestima al sentirse alentado e impulsado a una tarea concreta. Poco importa el credo que se profese en la secta a esos individuos que han encontrado una verdadera familia en la que todos se conocen y trabajan juntos, donde son una verdadera comunidad, donde no hay lugar para el aburrimiento.

Sin embargo, todo es ilusorio. Pasa lo mismo que con esos estupendos pasteles de merengue que vemos en los escaparates de las pastelerías. Nos entran por los ojos, ¡y de que forma! Sin embargo, cuando ya hemos comido la mitad del pastel, comenzamos a estar empachados y nos damos cuenta de que no era lo que parecía. Empezamos a recordar el dinero gastado, y sólo por eso seguimos comiendo. Hasta que llega un momento en que no podemos más, y nos deshacemos de lo que nos queda.

El motivo por el que nuestra Iglesia Católica es incapaz de retener en su seno a todas esas personas, no es el que nuestro credo o nuestra doxología sea inferior o menos atrayente. Al contrario, nuestra doctrina es superior, más completa, dinámica y siempre maravillosa, pues está basada en el amor.

Una vez estuve en un país del norte de Europa, y entablé conversación con una persona de allí acerca de sus preferencias gastronómicas. Me comentó que le gustaban mucho los vinos franceses e italianos, también algunos californianos, e incluso me habló de un cierto vino australiano que le gustó especialmente. Le increpé si le gustaba algún vino español, y me dijo ante mi sorpresa, que no conocía ninguno e incluso dudaba que en España hubiera vinos de calidad.

Conclusión: ¿Son acaso los vinos españoles peores que los franceses o los italianos? ¿Tiene algo que envidiar el mejor Rioja o Ribera del Duero a cualquier vino del mundo? Probablemente no. Entonces, ¿cual es el problema?

El problema es que no damos a conocer suficientemente nuestros productos, y por eso la gente no los aprecia. No sabemos vender bien y la fama (o mala fama) de algo repercute indefectiblemente en toda la concepción que se tiene de eso mismo.

Pues lo mismo ocurre con la Iglesia y con las sectas. Aunque tenemos el mejor «producto» que se puede tener, sin embargo no sabemos venderlo, no sabemos difundirlo y nuestra publicidad es mala. El increíble gancho que tenían las comunidades y los predicadores de los primeros tiempos del cristianismo no existe ahora. Pero no porque nuestra doctrina esté muerta, sea menos atrayente, o haya llegado a su consumación final. No.

Una religión como la nuestra siempre está vigente, siempre se necesita y en estos tiempos más que nunca. Simplemente nos falta una buena publicidad, una buena imagen y la convicción necesaria. En eso nos han ganado las sectas. En todo lo demás tienen las de perder.

La totalidad

Los cristianos de conveniencia (aquí llamados de supermercado) no son conscientes de su situación. Ellos creen que son cristianos de verdad, quizá más auténticos (piensan ellos) que muchos cristianos beatones y pamplineros, que se pasan el día en la iglesia rezando con palabras huecas.

Pero el caso es que están en un error. No son cristianos auténticos, sino cristianos «a medias».

Quizá todo sea un problema de planteamiento, un error de enfoque. Para ellos Dios es un objeto, una cosa más junto al mundo, algo que se puede elegir ó rechazar, algo por lo que se puede optar ahora y al momento repudiar, como quien opta por comer carne ó pescado, según las apetencias de cada momento y las conveniencias de la salud.

«Yo hoy no voy a misa por que no me apetece», «Es que el cura es un plomazo y me duermo en el sermón», «Hemos quedado con unos amigos y no me da tiempo a ir a misa...» Son actitudes propias del cristiano por conveniencia. Para él, la religión es un producto de consumo. Sirve para paliar ciertos miedos, ciertas angustias o remordimientos, ciertos estados de ánimo. La necesidad del consumo se mitiga o extingue al desaparecer la situación psicológica particular que le lleva a ello, cuando es sustituida ésta por una circunstancia o preferencia nueva que en ese momento surge.

Sin embargo, Dios no es algo que está ahí para ser producto de una opción temporal o discontinua. La elección por Dios ha de ser total, perpetua y continuada, al menos en intención. Ha de ser UNA OPCION DE VIDA. El cristiano que se convierte no puede conformarse con añadir a Dios a su vida, sino más bien con añadir su vida a Dios. Es decir, no puede conformarse con salpicarse con gotas de Dios, ni con meterse en Él sólo hasta las rodillas. No. Ha de volcarse íntegramente, sumergirse en el todo que constituye el ser y la vida.

Dios no es una preferencia culinaria, no es un determinado plato por el que se puede optar, sino que es el comer en sí. Es Aquello a lo que se antepone todo, es la respiración del ser vivo, sin la cual éste no puede hacer nada ni mantenerse con vida, y por cuyo acto no tiene el poder de optar.

Es este un buen ejemplo, pues efectivamente el ser vivo necesita la respiración para mantenerse con vida. Puede hacer muchas otras cosas, pero siempre sin dejar de respirar (caminar en la presencia del Señor). No puede nunca renunciar a

respirar, no puede optar por situaciones en las que la respiración sea imposible, pues le va la vida en ello.

Pues así es Dios para un cristiano, es su respiración, de la que no puede prescindir ni un sólo minuto de su vida, y que prevalece sobre cualquier cosa.

Este sentimiento de totalidad lo conocen muy bien los monjes. Ellos renuncian a algo que nosotros llamamos «todo», por aquello que es «TODO» de verdad. Porque un monje de vocación, que vive la religión en estado puro, que consagra su modo de vida a Dios, no necesita nada más.

El que se acostumbra a moverse en un coche de gran cilindrada no le apetece en absoluto cambiarlo por un triciclo. Es la saciedad que produce Dios. Es como el que está durante tres horas comiendo en un restaurante de cinco tenedores todo tipo de manjares exquisitos, y a la salida le proponen entrar en una tasca a comer acelgas. La respuesta es evidente.

Pero ojo, no nos engañemos. No sólo el monje conoce esa sensación de saciedad. No sólo es él el que está sumergido en el estanque de Dios. Lo que ocurre es que él lo tiene más fácil pues está desnudo y puede nadar mejor, mientras que nosotros estamos vestidos, y la ropa nos dificulta un tanto los movimientos. Pero efectivamente, todos los cristianos recibimos esa invitación. Todos los cristianos podemos imbuirnos en el Todo de Dios y hacer de nosotros una prolongación de Él mismo, de forma que a través nuestro se manifieste todo su esplendor. Y así seremos poderosos, y conseguiremos todo lo que nos proponamos, pues no es otra voluntad la que opera en nosotros sino la de Dios mismo, supremo poder y fuerza del universo.

Los misterios de Dios

Son muchos los que nos achacan la aparente complejidad de nuestra religión y no entienden por ejemplo, qué funciones tienen las tres Personas de la Trinidad, la Virgen, ó los santos. Se especula sobre la posición de Jesús respecto al Padre, o sobre la existencia del Espíritu Santo.

En primer lugar he de decir que los misterios de fe son siempre superiores al entendimiento humano, y adentrarse en ellos puede suponer para el individuo poco experimentado todo un despropósito.

Con la sola razón podemos conocer detalles y atributos de Dios como su perfección y eternidad, pero ir más allá es aventurarse por terrenos para los que nuestra mente no está preparada.

Pero eso no es óbice para desestimar la fe. No por que algo no se pueda comprender significa que no es verdad.

Hay muchos hechos cotidianos que ofrecen no pocos misterios, como el magnetismo, la gravedad, etc. Los científicos pueden establecer sus leyes y determinar sus causas, pero son incapaces de definir su esencia.

No podemos pues extrañarnos de que también haya misterios en un Dios infinito que sobrepasa completamente nuestra capacidad intelectual.

Si Dios cupiese en nuestro entendimiento, sería limitado, y por tanto no podría ser superior a nosotros. Siempre podríamos alcanzarle. Pero así como la inmensidad del mar no abarca nuestro campo de visión, tampoco Dios en su inmensidad cabe en nuestro entendimiento.

A pesar de todo, conocemos muchas cosas de Dios debido a la Revelación.

Pero, ¿Cómo sabemos que lo que nos dice la Revelación es cierto? Pues de la misma manera que creemos en la existencia de sitios que nunca hemos visto ni hemos visitado. Es decir, nos fiamos de quien nos lo ha dicho y además, lo hemos comprobado indirectamente por otros medios.

Pues igualmente en la fe, nos debemos de fiar de lo que dice la Escritura, pero no de una manera literal como lo hacen algunas sectas, que interpretan muchos de los recursos literarios de los autores sagrados como si de certezas inapelables se tratase. Muchas veces hemos de extrapolar y saber leer entre líneas, y sobre todo, ver el fondo de las cosas, es decir, atender al mensaje que se intenta decir, y no como se dice.

De esta forma sabemos a través de la Revelación, que Dios es uno sólo, pero con tres expresiones diferentes. No son tres dioses, sino uno solo, con una única esencia, que se manifiesta en tres formas. No es que las Tres Personas se repartan la divinidad, sino que ésta es poseída completamente por cada una de las tres.

Ocurre lo mismo con el agua, pues ésta puede manifestarse como vapor, como líquido o como sólido, pero su formulación química es la misma. Y también con nuestro pensamiento. Con una sola mente podemos recordar, amar, discernir...

Así, a la primera Persona se le atribuye la creación, mientras que la segunda fue la encargada de la redención del género humano. El Espíritu Santo es como el amor que brota entre las dos primeras Personas.

La segunda Persona procede del Padre, pero es una procedencia de origen, no de tiempo, pues las tres Personas existen desde siempre, son eternas.

El Dios que confesamos y amamos se manifiesta en esta triple esencia, que también se puede representar como dar-acoger-amar. Una triple faceta, a la que también estamos llamados nosotros, y a través de la cual nos desarrollamos como personas.

En definitiva, como ya digo, es absurdo centrarse en especular sobre la naturaleza intrínseca de la divinidad, o en si Dios hizo el mundo en seis días o fueron siete, de si Matusalén vivió mil años o es una hipérbole, o si se separaron realmente las aguas del Mar Rojo.

No. Nuestra religiosidad debe estar por encima de todo eso y centrarse únicamente en los sentimientos de nuestra conciencia y en la verdad. ¿Y cual es la verdad? Pues la verdad es el Padre, que se manifiesta por el Hijo, y nos envía su Espíritu.

El precepto del domingo

Lamentablemente la sociedad de hoy no da valor a la misa.

La pretendida libertad de la que ya he hablado impulsa al individuo a huir de las normas preestablecidas, a renegar de todo aquello que le obligue taxativamente a algo. Y este de la misa es uno de los temas menos escogidos por los cristianos de supermercado.

Y entre ellos los que algunas veces van, lo hacen lamentablemente cuando no tienen nada «más importante» que hacer.

Cualquier cita con amigos, cualquier plan para el fin de semana, cualquier cosa que sea idónea para hacerse en la hora de la misa es preferida de inmediato, y la misa queda relegada a «si nos queda tiempo».

Pero por el contrario, la asistencia a misa es algo que se debería hacer mucho más a menudo, no sólo los domingos.

Y ante una pregunta como ¿Por qué vas a misa tan frecuentemente? Deberíamos responder con otra como ¿Y tú por qué vas a misa tan sólo el domingo? Y ciertamente que es así, porque ¿Acaso a uno que coma tres veces al día se le pregunta por qué come tan a menudo? La pregunta normal sería, ¿Por qué no comes? O bien ¿Por qué comes sólo una vez al día? Ciertamente que se puede sobrevivir comiendo una vez al día, pero al que no le gusta pasar hambre prefiere hacerlo más a menudo.

La misa es alimento espiritual, que reconforta el alma y da energías a la persona para afrontar la vida. Lástima que no se valore como es debido.

Muchos cristianos que no cumplen el precepto, seguramente lo cumplirían si las misas fueran una vez al año. Es posible incluso que acudiesen con fervor y experimentasen sentimientos internos.

¿Hemos de concluir pues, que el problema es que hay muchas misas?

No. El problema es nuestra naturaleza débil que banaliza todo lo frecuente. Porque, si una cosa es buena y agradable, ¿por qué no repetirla cuantas veces mejor? ¿Acaso el cuerpo se cansa de las relaciones sexuales, o de los manjares exquisitos?

«Pero, ¿por qué tengo que ir a misa si no me apetece?».

Si en la vida sólo hiciésemos lo que nos apetece, el mundo sería un caos.

A una madre, puede que no le apetezca levantarse por la noche a atender a su hijo, pero lo hace porque le ama.

«Pero, ¿por qué precisamente el domingo? ¿No puedo ir el lunes si me viene mejor?».

La Iglesia instituyó el domingo como día de precepto en conmemoración del domingo de Pascua, día en que resucitó el Señor.

Si el cumpleaños de un familiar muy querido se celebrase un domingo, con asistencia de todos los parientes, ¿irías tú solo el lunes porque te viene mejor?

El domingo ha de consagrarse además al descanso del trabajo, y dedicarlo a glorificar y alabar a Dios. Esto último se puede hacer de muchas formas, siendo una de las mejores el ejercicio de las obras de misericordia.

Recuerda el segundo mandamiento: «Santificarás las fiestas».

«Sí, pero para ir sin ganas, es preferible no ir»

Falso. Si se comprendiese realmente el valor infinito de la misa, no se dejaría de asistir ni por todo el oro del mundo.

En la misa se repite el sacrificio redentor de Cristo, solo que de manera incruenta.

No debería haber nada más sublime en la vida que participar y ser testigo del acto mediante el cual, Cristo da la vida por todos nosotros arrancándonos de las garras del pecado.

En la misa adoramos, satisfacemos, pedimos y agradecemos de manera conjunta, como pueblo de Dios al Padre eterno a través de su Hijo, que oficia la ceremonia por medio del sacerdote.

«Bueno, pero eso es como lo ves tú».

No. Es la verdad, que la fe y la Sagrada Escritura nos enseña y que como cristianos estamos obligados a aceptar.

De todas formas, Dios no es tan exigente, y permite nuestra ausencia en determinadas circunstancias, como son el cuidado de los niños, enfermos o ancianos, o por una obligación laboral, causas de fuerza mayor, etc.

No debería suponernos esfuerzo el asistir a misa, aun desconociendo su verdadero alcance.

Basta con saber que Dios, nuestro Padre amado nos quiere allí, y nosotros, enamorados de Él y de sus maravillas, deberíamos correr para agradecerle.

Dios sólo nos pide una hora a la semana, para no perder el contacto con la fe, para no olvidarnos de Él. Sólo una hora.

La semana tiene 168 horas, y Él sólo nos pide una, aunque eso sí, ha de ser el domingo o su víspera.

¡El domingo! El día del Señor y el señor de los días.

Qué poco queda ya entre nosotros de ese fervor litúrgico del siglo I, cuando los cristianos se reunían a escondidas para celebrar la Eucaristía. El domingo es la fiesta del Señor, el día con D mayúscula, cuando todos juntos nos reunimos para celebrar la victoria sobre la muerte.

¿No es este suficiente motivo de celebración? Desde aquel día en que Cristo resucitó, la palabra muerte dejó de tener sentido para el género humano. La muerte ya no existe, y por tanto no se la puede temer. Aunque por desgracia, aún hay gente que se aferra a ella... y la teme.

Nacemos para morir, dicen. Pero ¡no!, no nacemos para morir, ¡nacemos para la vida eterna!

No hay que temer a la muerte, por que la muerte no existe. El tránsito que llamamos muerte no es más que el segundo parto, doloroso también, pero esta vez es nacer para la vida eterna.

Y todo eso quedó instaurado en un domingo. El domingo que sirve de pauta para todos los domingos. El mágico día donde todos celebramos la salvación.

En el Vietnam de Ho Chi Min, muchos cristianos recorrían durante días decenas de kilómetros entre la humedad de los arrozales y el temor de la persecución para acudir a la Eucaristía. En el Imperio Romano se reunían los domingos a escondidas en los cementerios para celebrar el Día del Señor. Era éste el único sitio donde gozaban de cierta seguridad, pues los paganos no acudían por miedo a los muertos. Y ahora mismo en China muchos cristianos se juegan la vida para reunirse en un zulo tenebroso y poder partir el pan... ¡pero con qué fe, con qué ilusión!

Y a nosotros nos tienen que obligar para ir a misa. Nos tienen que recordar que es pecado mortal dejar de acudir a la celebración de la Eucaristía.

Pero vamos a ver, ¿hay que recordar al goloso que coma pasteles? ¿Hay que obligar a un hambriento a comer? ¿O más bien basta con ponerles el plato delante, para que lo devoren? Pues entonces, ¿acaso nuestra alma no necesita de la comunión espiritual? La necesita tanto como el comer o el beber, aunque no nos demos cuenta.

En resumen, ya quisieran muchos cristianos perseguidos de hoy y de siempre tener a unos metros de casa unos establecimientos grandes, limpios, con aire acondicionado en verano y calefacción en invierno donde poder reunirse libremente. Pero aunque no fuera así, tenemos a Cristo que se nos ofrece todos los domingos en Hostia viva y no queremos ir a recibirle. Los cristianos somos millonarios y no lo sabemos. Peor aún, no queremos saberlo.

Cuando la fe se tambalea

Hay momentos en la vida, en los que la fe se pone a prueba. Son aquellos en los que la gente dice ¡Dónde está Dios!

Recordemos lo que dije anteriormente sobre los males del mundo, que no son sino fruto de la libertad del hombre mal empleada.

Si en la tierra no existiese el mal, si no hubiese enfermedades, ¡Qué fácil sería creer!

De hecho esta era la situación en la que se encontraba la Humanidad hasta el pecado original, y en efecto, era muy fácil creer, pues Dios estaba allí con nuestros primeros padres.

Nuestra naturaleza era indolora y feliz en el Paraíso Terrenal hasta que el hombre, haciendo mal uso de su libertad hizo lo que desagradaba a Dios.

«¡Pero hombre!, ¿A estas alturas nos vienes con ese cuento de Adán y Eva, de la manzana y de la serpiente? Eso no hay quien se lo crea».

Me lo crea o me lo deje de creer, lo cierto es que la fe es la gran prueba por la que hemos de pasar, la puerta por donde se entra en la eternidad feliz: «Quien cree en Él no es condenado, pero quien no cree ya tiene hecha la condena» (Jn.3,18). Y creer en Él no es creer que Él existió, sino creer en todo lo que Él enseñó, en los dogmas que nos transmitió, y adherirse a las premisas que Él asumió.

Fue la voluntad creadora de Dios la que nos constituyó en la naturaleza que tenemos, y sus designios son un misterio para nosotros.

Si ya de por sí es difícil tener fe aun en la prosperidad, ¡Cuanto más lo es mantenerla cuando una enfermedad nos arrebatara a un ser querido!

He oído a muchas madres renegar de Dios ante la muerte de un hijo. Es una actitud muy humana y comprensible, pero sin embargo...

¡No hay que ser miopes! ¡La muerte no existe!

No seamos como el ateo, que no tiene horizontes, y para quien perder esta vida es perderlo todo.

Sabemos por la fe, que tras la muerte nos espera toda una eternidad de inefables consolaciones de las que disfrutaremos tras abandonar este valle de lágrimas.

Recordemos las palabras de San Luis Gonzaga a su madre: «Si Dios me llama a la verdadera alegría, [...] guárdate de menospreciar esta infinita benignidad de Dios, que es lo que harías si lloraras al que vive en la presencia del Altísimo, y que con su intercesión puede ayudarte en tus asuntos mucho más que cuando vivía en este mundo» y que sigue estando a tu lado aunque tú no lo veas, y más intensamente que antes; (esto último es mío).

Lógicamente no pido a esa madre que se alegre de la muerte de su hijo. No, nuestra proximidad a la carne no nos permitiría tal cosa.

Pero sí que tenga la certeza que si educó a su hijo en la fe, y este la mantuvo hasta la hora de su muerte, estará con toda seguridad en el cielo, junto a Dios, viendo llorar a su madre y esperando ansioso el momento de volver a reunirse con ella.

Las apariciones

Otro de los temas polémicos y controvertidos es el de las apariciones.

A pesar de los muchos testimonios que se han presentado a lo largo de la historia, la Iglesia ha oficializado solamente unos cuantos, contados con los dedos de una mano.

Actualmente, en muchos puntos de la cristiandad, se dan apariciones más o menos periódicas, sobre las que la Iglesia no se ha pronunciado.

A mí particularmente me duele observar como los incrédulos sonríen irónicamente cuando los medios de comunicación describen las circunstancias que experimentan los videntes de esas apariciones, principalmente de las no reconocidas.

Puede que esas apariciones no sean falsas; o puede que quizá todo sea un montaje. Pero en cualquier caso, no es para mofarse de esa manera. También nosotros podríamos mofarnos del afán desmedido que muchos ateos ponen en la consecución de las cosas materiales más nimias. ¡Y de lo que les van a servir!

Pero más que risa nos dan lástima, lástima de verdad, pues no atienden a las razones con que queremos fertilizar sus áridos corazones, con gran peligro de la pérdida irremisible de sus almas.

Pero no quiero desviarme del tema de las apariciones.

Y es que la Virgen o Jesús no se le aparecen a cualquiera.

Hay que tener mucha, mucha fe para ser uno de los privilegiados que han podido gozar de ese cielo anticipado.

Yo creo que, salvo milagro especialísimo, no se podrá dar una aparición ante alguien que a continuación pueda decir: «¡Por tanto, es cierto que Dios existe!». Y es porque semejante cosa ante un incrédulo, le parcializaría en su libertad de opción, y ya hemos dejado claro que para Dios, nuestra libertad es sagrada. La fe es, primero don de Dios y segundo, opción de nuestra libertad.

Dios, de todos es sabido, tiene predilección por los sencillos, por los humildes, por los que no cuentan para nadie. Puedes encontrar más fe en una vieja analfabeta que en un doctor en teología.

Por eso las apariciones se dan con mayor frecuencia entre pastorcillos, o niños, o entre abnegadas religiosas. En definitiva, gentes con corazón puro y mente serena.

Otro de los temas controvertidos es el de las curaciones milagrosas que muchos enfermos experimentan cuando van de peregrinación.

Sólo en Lourdes la Iglesia ha reconocido ya gran cantidad de esos milagros.

Sugestión, dirán algunos.

¡Pues bendita sugestión que con la evocación de Dios nos limpia nuestros males y sana los enfermos!

Fe más bien, digo yo, que como dijo Jesús, mueve montañas.

El bautismo

Muchos indiferentes demoran el bautismo de sus hijos aduciendo parcas razones, como esa de «que se bautice él cuando sea mayor, si quiere»; o esa otra de «cuando sea mayor, que escoja él la religión que quiera».

Con ese mismo razonamiento, podríamos decir a algún padre que no lleve al colegio a su hijo, sino que le deje escoger libremente cuando sea mayor, si quiere o no escolarizarse, y el colegio donde desea ir...

Y es que la religión se aprende en casa, en la familia, cuando uno es niño. La probabilidad de que una persona no bautizada que ha crecido en un hogar ateo se convierta al cristianismo es muy exigua, prácticamente nula.

Seguro que si a tu hijo le correspondiese una herencia, no esperarías a que fuera mayor para ir a recogerla, sino que se la traerías cuanto antes.

¿Y qué mayor herencia que ser admitido entre los que integran el pueblo de Dios?
¿Qué mejor insignia podemos pasear por el mundo que aquella que nos identifica como hijos predilectos del Altísimo?

Cualquier dignidad es inferior a la que detentan los bautizados. El Papa no es grande por ser Papa, sino por ser cristiano, por haber sido bautizado.

Los mismos protestantes, tan críticos con la mayoría de los sacramentos, consideran este como uno de los más aceptados entre las diferentes sectas. Sin embargo, en su obsesión por adherirse al pie de la letra a la Biblia (en lugar de interpretar el espíritu de lo que se dice, pues ven la forma pero no el fondo) explican que sólo debe ser administrado a aquellos que ya tienen el uso de la razón. Se basan para ello en algunas citas de las Sagradas Escrituras.

Así Jesucristo dice: «Id, enseñad y bautizad». Esta frase para los protestantes es interpretada tan al pie de la letra, que dicen que se debe hacer en el mismo orden. Es decir, primero enseñar, y luego bautizar. Por tanto, para ellos, no se puede bautizar al que no conoce la doctrina.

Igualmente otro pasaje dice «quien creyera y fuera bautizado, será salvado». Un niño, por tanto, al no poder hacer un acto de fe, no puede ser bautizado. Esto se deriva de un principio fundamental del protestantismo que establece que aquello que no está taxativamente prescrito en la Biblia no puede efectuarse. Y es esta otra contradicción de los protestantes, ya que no todos los libros de la Biblia han sido siempre aceptados por ellos.

Sin embargo, es doctrina general de los padres de la Iglesia primitiva, la prescripción del bautismo infantil. Así encontramos exhortaciones en este sentido en San Dionisio Areopagita, San Irieneo, Orígenes o San Cipriano.

Pero por otra parte, tampoco hay que estar muy ciego para no ver la lógica de las afirmaciones de Jesús cuando dice «Id, enseñad y bautizad». Lógicamente, Él manda a los apóstoles a proclamar el Evangelio, y enseñarlo a los hombres (a quien puede comprenderlo). Es absurdo pretender evangelizar a los niños y dejar a los adultos inconversos. Por el contrario, cualquier apostolado ha de hacerse entre los adultos, y una vez convertidos éstos, ya se encargarían ellos mismos de extender la fe (y el bautismo) a sus propios hijos. Jesús no podía haber dicho «Id

y bautizar a los niños y enseñad a los adultos», pues entonces, ¿se quedan los adultos sin bautizar?

Lógicamente las instrucciones que daba Jesús a los apóstoles versaban sobre los hombres, pues era a ellos a quién se debía evangelizar. Por motivos obvios, y puesto que después de la conversión acaece el bautismo, se prescribe por ese orden. Nada más. Ese es el espíritu con que se deben leer esas citas.

En definitiva, los cristianos deberíamos ser más conscientes del privilegio del bautismo y apreciarlo como se merece, obrando en consecuencia con lo que ello entraña.

El aborto

A diferencia de otros puntos tratados anteriormente, sobre este asunto hay un gran número de no católicos que coinciden con la opinión de la Iglesia.

Y es que el aborto es verdaderamente un asesinato.

Biológicamente hablando, un hombre adulto no se diferencia en nada de un embrión. Ambos tienen los cuarenta y seis pares de cromosomas que les identifican como pertenecientes a la especie humana, y su ADN es el mismo.

La ciencia nos dice que un embrión, en las primeras horas de su formación es desde el punto de vista biológico un ser humano. Ambos son personas, por muy diferente que sea la apariencia externa de uno y otro.

Hay un craso error en el que caen muchas madres cuando dicen: «yo puedo hacer con mi cuerpo lo que me dé la gana».

Esto es erróneo por dos motivos:

El primero es que sólo Dios tiene el derecho legítimo a disponer de la vida de las personas (esto vale también por los que practican la eutanasia).

El segundo motivo es más obvio: aún suponiendo que pudieras hacer con tu cuerpo lo que te diera la gana, el caso es que el ser que llevas dentro de ti, no es tu cuerpo.

Es precisamente otra persona, cuya vida no te pertenece, como ningún ser humano pertenece a otro. El hecho de que esté en tu interior no te autoriza a disponer de él. Es simplemente la forma de la que se vale la Naturaleza para hacer crecer a los mamíferos en las primeras etapas de su vida. La madre es pues la anfitriona que ésta ha designado para albergar a ese ser.

Las mismas actitudes egoístas que presenciamos cuando hablábamos de la contracepción aparecen aquí. Sólo que ahora mucho más acrecentadas. Llegan hasta el punto del asesinato.

El sentimiento de vacío y de arrepentimiento que experimenta una madre que pierde voluntariamente a un hijo es inenarrable.

La Virgen María

¿Cómo no hablar en un libro como este de la Madre de nuestro Señor Jesucristo, Madre de Dios y Madre nuestra? Y para seguir la tónica del libro, voy a hablar para defenderla, y para honrarla, con intención humilde y sincera, que compensará aún mínimamente los favores que ella me ha hecho durante mi vida.

María es Madre de Dios, pues Jesucristo no es sólo hombre verdadero, sino también según la fe, Dios verdadero. No es mitad Dios y mitad hombre, como muchos han querido expresar, designándole como semi-dios o como súper hombre. No; Jesucristo, es según la fe, hombre cien por cien, y también Dios cien por cien.

Es este un Misterio incomprensible, que supera nuestro entendimiento, y sólo puede ser asimilado a través de la fe.

Así pues, María es Madre de Dios. Pero ojo, esto no la convierte a ella en divina, en la significación estricta de la acepción, ni nuestro culto a ella debe ser de adoración. De esto nos han acusado no pocas veces nuestros detractores, especialmente los protestantes.

María es una mujer, una criatura humana. Pero la mujer más grande de toda la historia, que por una gracia especialísima de Dios, fue la designada para ser la Madre terrenal de nuestro Señor Jesucristo.

Dios quiso que fuese así. Jesús podría haber aparecido en la Historia de repente, sin tener Madre ni origen conocido. Pero de nuevo para darnos ejemplo quiso refugiarse en la humildad. En la humildad de una pobre sierva que carecía de todo, menos de lo más importante: la humildad y el amor a Dios.

Nuestro culto hacia María es de veneración. Honramos a la Virgen María por ser quien es, y la rogamos por nuestras cosas cotidianas, con la certeza de que su proximidad a Jesús es garantía suficiente de su acción intercesora para con nosotros.

Aparte de la cuestión adoración-veneración, los protestantes suelen hablar de la pretendida progenie de María. Afirman que tuvo otros hijos, que Jesús tuvo hermanos, y denostan su virginidad.

Pero los protestantes, de todos modos, nos atacan con espadas de plástico, pues podemos rebatirles con sus mismas armas.

Así, ellos dicen que hay pasajes en los Evangelios donde se habla de «los hermanos de Jesús» o referencias que parecen indicar la existencia de hermanos. No obstante, todo es una cuestión de términos y de significación de las palabras. Y es que resulta que según el uso de aquellos tiempos, se entendía por hermano a todo pariente en línea colateral. Así por ejemplo, en el Génesis se lee que Abraham llama a Lot su hermano, cuando solamente era sobrino (Gen. 13, 8).

Otro pasaje que viene a demostrar la inexistencia de hermanos es aquel en que Jesús muriendo en la cruz deja encomendada su Madre al Apóstol San Juan (Juan 19, 26). ¿Habría hecho esto Jesús si María tuviera más hijos? Los «hermanos de Jesús» de los que habla el Evangelio eran primos, nada más.

Igualmente, el término «primogénito» significa además de «el primero», que después no hubo otros.

Pero términos aparte, María no sólo es Madre de Dios, sino también Madre nuestra y Madre de la Iglesia. No sólo porque Jesús nos la confiara bajo esta acepción a través de Juan poco antes de morir (Juan 19, 27), sino también porque si María es Madre de Jesús, que es la cabeza de la Iglesia, es lógico que también lo sea nuestra, que formamos lo que se denomina su «cuerpo místico».

María estuvo con Jesús hasta el mismo momento de su muerte en el calvario, y convivió con los apóstoles en los primeros tiempos de la Iglesia. Sus títulos y prerrogativas son múltiples, como lo atestiguan las letanías del Santo Rosario.

Estos títulos y funciones a veces despistan a muchos cristianos, pues piensan que por ejemplo la Virgen del Carmen y la Virgen del Pilar son personas distintas.

Pero no. Ambas son María, mujer hebrea descendiente de David, que fue elegida por la Providencia «entre todas las mujeres» para albergar en su seno a la segunda persona de la Santísima Trinidad. ¿Cómo no iba a ser Santa e Inmaculada la que ostentó semejante privilegio? ¿Cómo no venerar y honrar a quien consumó con su «sí» semejante maravilla?

La intercesión de María es de vital importancia de cara a nuestra salvación personal, pues es comúnmente aceptado entre los Santos Padres y los teólogos que María tiene a su disposición la omnipotencia de Dios en el sentido de que todo cuanto desea y pide lo obtiene de Él, a través de su hijo amado.

Efectivamente, Jesús escucha siempre a su Madre, a quien se le ha conferido el papel de velar por los pecadores, de ser su abogada y su refugio, de obtener de Él su gracia y su consuelo.

Son maravillosos y sublimes los innumerables casos de ayuda de María en la hora de la muerte relatados por santos y santas que los percibieron en forma de visión.

De cómo ella imploró a la Santísima Trinidad en los instantes previos a la muerte de algunos devotos suyos que se iban a condenar sin remedio...

Gocemos nosotros también de este privilegio mediante el amor a la Virgen, el rezo de sus oraciones, la confianza en ella y la veneración de su persona.

Paseando al filo de la navaja

Un hombre tuvo un sueño de la siguiente manera:

Dos hombres viajan por la eternidad.

En la primera etapa de su viaje se encuentran ante un precipicio inmenso, un abismo insondable.

Ante ellos se encuentra el tronco de un árbol que, atravesado, comunica las dos orillas del precipicio. Al lado de este tronco hay una caja de mármol blanco con un mensaje en su interior.

Al destapar la caja, ambos viajeros reciben un aroma de una suavidad indescriptible.

El mensaje dice así:

«Al otro lado del precipicio se encuentra el paraíso. A 80 millas al norte hay un puente sólido que lo atraviesa».

El primer viajero se aventura por el tronco en su afán de llegar a su destino, pero su ansia le hace resbalar, y cae al precipicio. Allí deberá permanecer toda la eternidad.

El segundo viajero, que prefirió caminar las ochenta millas hasta el puente, se encuentra a la entrada del mismo con un par de ángeles que le agasajan y le llevan volando hasta el paraíso.

No es difícil identificar cuales son los protagonistas de este sueño:

La caja de mármol es la Sagrada Escritura, mientras que el aroma es el Espíritu de Dios que ha inspirado la misma. El tronco representa la vida mundana, desligada de Dios. Las ochenta millas que separan la entrada del paraíso son los ochenta años que dura la vida.

El primer viajero opta por la vía rápida, aún a riesgo de perderlo todo, pues desconfía de que al final de las ochenta millas pueda haber un puente. El segundo viajero cree lo del puente, pues piensa que un mensaje como aquel, envuelto en semejante aroma no puede llevarle a engaño. No le importa caminar durante ochenta millas, pues sabe que al final se verá recompensado. Quizá en su más

profundo interior le quede un halo de duda, pero sabe que la sola esperanza de encontrar el paraíso no le hará el camino duro sino agradable.

Después de todo, ochenta años no es nada cuando se viaja a través de la eternidad.

El segundo viajero usa un razonamiento lógico propio del ser humano, mientras que el primero se deja llevar por sus bajos instintos como un animal. Y como un animal, muere degollado.

En la vida, todas las personas se adaptan a uno u otro estereotipo

Igualmente, hay muchas personas que caminan «al filo de la navaja». Están siempre midiendo el espesor de la línea que separa el pecado del no-pecado, lo venial de lo mortal, con gran riesgo de que cualquier tropezón les conduzca al abismo.

Son como si dijésemos aquellas que optan por pasar el tronco con un arnés de seguridad.

Son aquellas que no reparan en mentir para salvar una situación comprometida; las que no dan limosna, sin caer en que somos solamente los administradores de los bienes de este mundo cuyo propietario sólo es Dios. Las que calumnian y murmuran contra otras. ¿Te gustaría acaso que aunque fuera levemente te calumniasen, o murmurasen de ti?

También pasean por el filo de la navaja aquellas que forman ideas preconcebidas de otras personas juzgando sólo las apariencias. O las que guardan rencor y no quieren perdonar. «Yo perdono pero no olvido» dicen. O las personas codiciosas, que no se acaban de enterar que la felicidad no está en «tener» sino en «ser».

Están siempre midiendo la línea. Hasta aquí peco venialmente. A partir de aquí mortalmente.

¿Te gustaría que Dios te juzgase a ti con la misma precisión? ¿No preferirías más bien, que su gracia y su misericordia fuera digamos, sobreabundante?

Cuando hay de por medio un premio semejante, no se puede andar con medias tintas. Tu apuesta ha de ser total, y tu entrega definitiva.

Si verdaderamente anhelas el paraíso, no puedes dejar ningún cabo suelto.

Así que, anda, emprende el camino que te lleva a la felicidad eterna y no temas, no eches la vista atrás. Con la frente alta y la cabeza erguida. La virgen María te acompaña durante el recorrido donde al final te espera Jesús para tenderte su mano y llevarte junto al banquete imperecedero y eterno que degustarás por los siglos de los siglos.

SEGUNDA PARTE

EN LUCHA CONTRA LA LOCURA

Introducción

«Dichoso es aquel que medita la sabiduría
y discurre con inteligencia,
quien estudia sus caminos en su corazón,
y se aplica a sus secretos.

Sale en pos de ella como el cazador,
y la acecha en su ruta;

Dichoso el que se asoma por su ventana,
y está a la escucha en su puerta.

El que se hospeda junto a su casa,
que clava su arnés en su pared,
y despliega su tienda a su lado,
y habita en su dulce morada.

Pone sus hijos bajo su amparo
y bajo sus ramas descansa.

Así hará el que teme al Señor,
y quien abraza la ley alcanza la sabiduría.

La sabiduría le esperará como una madre,
y le recibirá como una esposa.

Ella le dará a comer el pan del entendimiento,
y beberá el cáliz de la sabiduría.

Se apoyará en ella y no vacilará.

Se confiará en ella y no será confundido.

Hallará en ella gozo y corona de alegría,

y heredará nombre eterno».

(Eclo. 14, 20-27. 15, 1-6)

La sabiduría es lo que tenemos cuando elegimos lo mejor entre varias opciones. Lo contrario es la ignorancia, o aquello que tenemos cuando entre varias opciones no escogemos lo más adecuado. Pero el que no es ignorante, y aún así escoge lo peor, entonces es que está loco...

Las guerras de religión

Un amigo mío me comentaba recientemente al hablar de guerras como las de los Balcanes o Afganistán, que la causa de todas los conflictos estriba en la religión. La religión es, me decía, la fuente raíz de todas las guerras.

Es fácil constatar que este pensamiento le tiene mucha gente.

Lamento no haberle dado una contestación adecuada en ese momento. En cualquier caso, propongo hacerlo ahora.

La afirmación de que la causa de todas las guerras es la religión, es una afirmación gratuita. Pues si bien, muchos conflictos tienen un componente religioso-xenófobo, no hemos de generalizar de esa manera, pues hay y ha habido muchas guerras cuyo principal componente era y es de índole económico, como la guerra del Golfo Pérsico entre Estados Unidos e Irak, o las guerras expansionistas de las potencias de turno.

Pero restringiéndonos a aquellas contiendas en las que la religión es uno (o el único) componente de la causa raíz, no podemos tampoco decir como yo creo que pretendía decir mi amigo, que si las religiones se extirparan de la faz de la tierra no habría conflictos.

Como digo, es una afirmación gratuita e ingenua, que no se la creería ni un niño.

Pero es que es precisamente la falta de religión lo que hace a las personas entrar en guerra. ¿Quién duda de que si toda la humanidad fuera creyente, creyente de verdad, donde todos los hombres se considerasen hermanos, donde cada persona viera en el otro a su prójimo, quien duda digo, de que en esa utópica sociedad no habría guerras?

Lamentablemente la religiosidad no está esparcida uniformemente por el corazón de los hombres.

Pero ese no es motivo para eliminarla. Si nos encontrásemos una joya inacabada por el joyero, ¿la tiraríamos sólo por que no está completa? Es como si estamos en una ciudad donde el sistema de suministro de agua y cañerías está en mal estado y se producen frecuentes inundaciones. A nadie se le ocurriría, para evitar las anegaciones el cortar el suministro de agua en la ciudad, de forma que cada vecino se fuera a coger el agua al río. Por el contrario, se intentaría reparar o sustituir el entramado de tuberías y conducciones, de forma que ya no hubiera más problemas.

La religión es necesaria para saciar la inquietud del hombre por lo sobrenatural. Es algo intrínseco a la naturaleza humana, y no puede ni debe ser eliminado.

Pero en lo que todos estamos de acuerdo es en que no es lícito utilizar la religión como pretexto de la violencia. Se equivocan aquellos que invocando un determinado precepto religioso infringen daño a otras personas. Si hay algo común en todas las religiones de la tierra es la idea del bien, como finalidad. Y nunca el bien se puede conseguir a través del mal. Pues como bien se sabe, la violencia sólo engendra violencia.

Todas las creencias que en su seno albergan focos de fundamentalismo agresivo han de trabajar intensamente para erradicarlo, y concentrarse en lo que realmente es su verdadero fin: la búsqueda de lo trascendental a través de la oración, de la meditación y de la PAZ.

Esta es la actitud más razonable para afrontar el problema de las guerras de religión.

Fe y razón

No es mi intención entrar aquí en el antiguo debate escolástico sobre la preeminencia de la fe o de la razón.

Sólo añadiré algunos apuntes, como lo que alguien respondió cuando le preguntaron ¿Qué es la fe? Pues la fe es la actitud más razonable para aquello que está más allá de la razón.

Sin embargo, no hemos de separar la razón de la fe, sino descubrir más bien, que son complementarias.

En efecto, la razón nos sirve para demostrar con el peso de la lógica y de la certeza, lo que la fe nos enseña.

Por ejemplo, si la razón me dice, a través de argumentos convincentes que la suma felicidad consiste en amar a Dios y al prójimo, debo estar loco (haber perdido la razón) si no me dedico a ello en cuerpo y alma.

Uno de los campos en que la razón auxilia de forma contundente a la fe, es en el tema de las supersticiones.

El verdadero cristiano ha de permanecer al margen de toda superchería, y ahí es donde debe echar mano de la razón.

Mucha gente cree que pasar bajo una escalera trae mala suerte; o romper un espejo, o derramar no sé si el aceite o la sal, o pasar delante de un gato negro, o todo eso del número trece, etc. Quizá no lo crean del todo, pero no lo hacen «por si acaso». Creen que existe una fuerza maligna e invisible que se desencadena tras ejecutar el acto que se supone trae mala suerte y que traerá consecuencias negativas sobre ellos.

Sin embargo, aunque esta fuerza existiese, ¿Sería acaso más poderosa que Dios? ¿Sería acaso más poderosa que Jesucristo nuestro Señor, Hijo Unigénito de Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible?

Y puesto que tú eres hijo de Dios y hermano de Jesucristo que te compró con su sangre, ¿Qué puedes temer, teniendo semejantes protectores? ¿Quién se atreverá contra ti? ¿Tiene sentido temer la picadura del escorpión cuando se camina con botas de acero?

Ni el demonio mismo con todo su poder te podrá tocar siquiera un pelo de la cabeza si Dios no lo quiere.

Quedan pues, abolidas las supersticiones.

El pecado

La palabra pecado produce risa en el indiferente. Para el cristiano de supermercado, este término no está en su diccionario particular. No es un producto que hayan echado en su cesta de la compra. Su orgullo en muchos casos o su autosuficiencia en otros puede más que todo eso. Ahora se habla de conveniencia. «No hago esto porque no es conveniente, no hago aquello porque no es adecuado...» Pero la palabra pecado no se usa. Ni siquiera los cristianos medianamente serios se atreven a decir ante un grupo de indiferentes que se comete pecado haciendo esto ó aquello. Temen la mofa, la burla, el escarnio, que se les considere ignorantes, infantiles, inferiores... o locos.

Según Jesucristo, las ordenanzas de Dios se resumen en dos: amarás a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo (Lc 10, 27). Todo pecado es una ofensa a este principio. Es primar el egoísmo sobre el amor; es anteponer el yo al tú, y por tanto causa de infelicidad, como se demostró al principio.

El pecador es pues un egoísta que busca sólo su satisfacción personal en lugar de buscar la de Dios o la del prójimo.

No quiero enumerar aquí de qué forma se ofende a Dios o al prójimo con cada acción u omisión que hacemos. Hay mucha gente que piensa que todo lo que no compromete el bienestar ajeno no es un pecado; se olvidan de los actos de omisión y de los pecados contra uno mismo. La gula, la lujuria o los excesos, además de formar parte de la cotidianidad, son muchas veces el sustituto de Dios a la hora de buscar consuelo.

Pero no olvidemos que el hombre no es feliz si no le da sentido a la vida, un sentido religioso que supone una total entrega a Dios (en la medida de nuestras capacidades y debilidades), mediante el desprendimiento del lastre que nos impide ir a su paso y que nos esclaviza.

Pues no hay mayor esclavitud que la del pecado.

La gente piensa al contrario, creen que la sujeción a los mandamientos nos hace esclavos de ellos. Pero en realidad son la fuerza liberadora que nos desata del pecado.

En efecto, el pecador sin ley no tiene ideas propias, está mediatizado y alienado. El individuo es esclavo de sus propios vicios, que mandan sobre él y a quienes honra y se postra.

La ley de Dios le llega como liberación, como el instrumento mediante el cual recobra su libertad, y cuyos mandamientos se definen como garantes del éxito, como afianzadores de la voluntad, que la fortalecen y le impiden volver a sujetarse al yugo de la esclavitud.

Un pecado cometido por debilidad, por pura debilidad humana, es fácilmente perdonable. Un pecado o una forma de vida o de pensar pecaminosa que proviene de la autosuficiencia y del rechazo al primer mandamiento, no lo es tanto, pues se necesita no ya un arrepentimiento, sino más bien toda una conversión de la persona, un «cambio de chip».

Dios es infinitamente bueno y misericordioso. Jesús padeció un infierno de calamidades, de desdichas y de humillaciones por amor a nosotros. Se dejó matar «sólo» para librarnos del pecado.

Este comportamiento de Jesús, dejándose crucificar por nosotros demuestra dos cosas. La primera es la suma gravedad del pecado. Algo que necesita que todo un Dios realice semejante acto, ha de ser lógicamente algo muy serio. Pues si Dios se deja matar por algo como el pecado, ¿no será entonces esto, algo abominable?

La segunda demostración, es una vez más el amor infinito que nos tiene. Pues de la misma forma que una madre no duda en irse al fin del mundo y de jugarse la

vida para encontrar un remedio para la enfermedad de su hijo, tampoco Dios escatimó esfuerzos para librarnos a nosotros, a sus hijos, del pecado.

Por el bautismo nacemos blancos e inmaculados, sin pecado para afrontar la vida. Y pecando estamos volviendo a crucificar al Señor.

Pero la grandeza de nuestra religión es que Él siempre está ahí, dispuesto a perdonarte. Aunque le hayas escupido a la cara y pisoteado su cuerpo, Él llorará de alegría cuando tu corazón contrito y humillado implore su perdón. Pero es necesario dar ese paso. ¡Y qué lejos de darlo está mucha gente!

Sobre la confesión

«¿Pero por qué tiene que servirse Dios de un hombre para perdonarme? ¿Por qué no me puedo yo comunicar con Él directamente y pedirle perdón?».

El sacramento de la reconciliación es el menos frecuentado de todos, aún por los cristianos medianamente serios.

El sentimiento de pudor y de vergüenza, la sensación de desnudez en nuestra más profunda intimidad, el rebajarse de manera tan servil ante quien muchas veces no goza de nuestro aprecio o de nuestra confianza, hace, en suma, que el hombre actual huya de los confesionarios como el medieval huía de la peste.

«Yo me confieso con Dios» se suele decir. Y efectivamente, con Dios te confiesas, pues quien está dentro del confionario no es otro que Jesucristo nuestro Señor que aplica los méritos de su redención para perdonarte a ti los pecados.

Sí, es Jesús quien está en el confionario, así lo debes creer, y confesarte como si estuvieras a punto de exhalar tu último suspiro.

Porque verdaderamente, Cristo instituyó este sacramento y se lo encomendó a los apóstoles por pura iniciativa suya. «A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Juan 20,23).

Los obispos, como sucesores de los apóstoles, y los sacerdotes en delegación suya tienen la misión de ejercer este ministerio. Y para perdonar o retener los pecados, es necesario conocerlos primero. No vale por tanto la absolución general, como muchos quisieran, y el motivo es el siguiente:

El pecado es la enfermedad del alma, y el sacerdote es el médico. Igual que a los pacientes de una sala de espera no les gustaría que saliera el médico y les diera a todos la misma medicina, sino que les atendiera en privado, personalmente, administrándole a cada uno lo que precisara, pues igualmente digo ha de ocurrir en el sacramento de la reconciliación.

Por otra parte, la inconveniencia extrema que supone la confesión, como ya se escenificó anteriormente, ejerce muchas veces de disuasivo para el pecado, so pena de manchar la conciencia.

En cualquier caso, no es tan fiero el león como lo pintan y ni los sacerdotes son unos curiosos ni unos chismosos, ni están ávidos de conocer asuntos íntimos. Por el contrario, están ya acostumbrados a todo tipo de confesiones, pues las han oído de todas las formas y colores. Y seguramente tu confesión no tendrá comparación con otras que hayan oído, probablemente más «espeluznantes».

Además la sensación de sosiego y tranquilidad con que abandonamos el confesionario, nos hace olvidar las reticencias con las que entramos en él.

Pero aún así, mucha gente sigue objetando y dice «¡Pero es que a ese señor no le importa lo que yo haya hecho o dejado de hacer!» Pues bien, a él quizá no, pero a Dios sí, y sólo te escuchará si se lo dices por medio del sacerdote, que por otra parte te aconsejará y orientará sabia y prudentemente.

No hay que olvidar que el pecado es la enfermedad del alma, y si el alma está enferma con pecado mortal, y nos acaece la muerte sin confesarnos, corremos el grave riesgo de nuestra perdición eterna. Y esto no es ninguna tontería.

Ya dice Jesús en el Evangelio que estemos preparados y vigilantes, ya que no sabemos cuando, pero lo cierto es que hemos de morir. Igual que uno no duerme en toda la noche si sabe que un ladrón va a entrar en su casa, y no sabe la hora, (Lc 12, 37-40 y 1Tes 5, 2), tampoco nosotros nos hemos de confiar y pensar que la muerte está aún lejos.

Cuando una persona tiene una enfermedad mortal, ¿acaso no recorre el mundo entero si hace falta en busca del remedio que le sane? ¿acaso no gasta toda su fortuna si es necesario en librarse de su mal? ¿Le da acaso miedo o vergüenza relatarle al médico todos los pormenores de su enfermedad y de sus síntomas, si se está jugando la vida? ¿Pues entonces qué? ¿Acaso no es infinitamente más importante para un cristiano el alma que el cuerpo? ¿No son pues infinitamente peores las consecuencias de perder el alma que las de perder el cuerpo?

Además se da la paradoja de que para obtener un bien tan enorme como es el perdón de los pecados, no hace falta irse al fin del mundo. ¡En realidad está al alcance de la mano, al lado de casa! A la vuelta de la esquina tenemos una parroquia donde nos está esperando Jesús. Tan sólo con ir andando unas calles, y en unos minutos, obtendremos la sanación completa, y sin efectos colaterales, que nos garantiza un billete de entrada en el paraíso. Solamente es preciso que le cuentes con sinceridad tus fallos y que no desees volver a cometerlos ¡Es tan fácil! ¡Cómo no valorar un bien tan inmenso! ¡Cómo menospreciar semejante regalo de la Providencia!

Anda, corre y ve sin demora al encuentro y la reconciliación con el Padre, pues te está esperando desde hace tiempo con los brazos abiertos.

La clausura

Mucha gente piensa que los monjes (y monjas) de clausura están locos. Que recluirse de una manera tan absurda no es de estar bien de la cabeza. Los más benévolo, afirman que es mejor estar ayudando a los necesitados «in situ», y no simplemente rezando por ellos. Creen que esto es mejor que permanecer entre cuatro paredes, «donde no hacen bien a nadie».

La gente que afirma esto, olvida como siempre, que hay algo más allá de esta dimensión. Se circunscriben, como siempre, al plano físico, donde no hay nada más que lo que ven. No quieren admitir el ámbito trascendental, esa dimensión sobrenatural que está por encima de nosotros, y a la que todos tendemos, querámoslo o no.

Y es que realmente debiéramos pensar que los locos somos nosotros por no estar con esos hombres y mujeres que han puesto su vida incondicionalmente al servicio de Aquel que está por encima de nosotros, de aquello que es lo más grande.

Pues efectivamente, si mi razón y los argumentos que uso para discernir lo verdadero de lo falso, me dicen que existe Dios, y que existe en una forma y condiciones específicas, y me dicen igualmente que los años de esta vida son simplemente una gotita de agua en comparación con el mar de la eternidad en el que me sumergiré en presencia del Altísimo, ¿qué hago todavía que no estoy corriendo a abrazar una vida dedicada a Dios? ¿Y que mejor forma de dedicársela que ofreciéndosela en exclusiva, sin apego a nada ni a nadie sino sólo a Dios en plenitud?

Donde no hay nada material a lo que poder aferrarse, donde los placeres terrenales no existen, donde las condiciones de vida son austeras (sin rayar en aberraciones que hoy por hoy ya no existen), allí es en suma donde más conecta el alma con ese Ser trascendente que está sobre nosotros, con esa dimensión escatológica a la que todos desembocaremos más pronto que tarde.

Es decir, olvidándome de lo visible, percibo lo invisible.

La soledad de los monjes más austeros como los cartujos, es sólo aparente, pues ¿qué mejor compañía se puede tener que la de Dios? Y para conseguir esa intimidad es preciso el alejamiento de los otros seres. Estando con Dios no existe la soledad, y al igual que con un amigo, se pueden desplegar todas las afinidades. Se está con la suma bondad, a quien se puede amar. Con la suma omnipotencia, en quien se puede confiar. Con la soberana sabiduría, con quien se puede conversar y discurrir; y con la infinita alegría, con quien poder regocijarse infinitamente.

Llegados a este punto, muchos argumentarán que puede ser hasta cierto punto cómodo para estos monjes recluirse en esta jaula de oro, donde das un portazo y te olvidas del mundo sin querer saber nada de las miserias por las que pasa gran parte de la humanidad. Dirán que más les valdría estar allí, en la arena, sirviendo verdaderamente a Dios.

Aquí tenemos que echar mano del tema de los carismas. Y es que Dios no da a todos los hombres las mismas facultades ni los mismos ánimos. Unas personas tienen vocación y arte para unas cosas y otros para otras. Además, el que diga que los monjes y monjas no hacen nada por el prójimo, se equivoca en grado sumo, pues desestima el valor incalculable de la oración.

Dios no desoye las súplicas de esas personas consagradas a Él en cuerpo y alma, sino que al contrario, las tiene en gran estima.

No en vano la Iglesia ha declarado co-patrona universal de las misiones precisamente a una monja de clausura, Santa Teresita, al lado de la ingente figura de San Francisco Javier, evangelizador de Asia. Incluso muchos han llegado a escribir que Sta. Teresita hizo tanto o más en pos de la evangelización del mundo, que San Francisco Javier en todos sus numerosos viajes.

La oración

Así pues, la oración nunca está de más, sino que por el contrario, es utilísima.

Pero mucha gente se queja amargamente de la inutilidad de la oración cuando ésta, aparentemente, no es escuchada.

Sin embargo, la divina providencia de Dios nos asegura que nos concederá lo que le pidamos y Él es todopoderoso para concedérnoslo.

Entonces, ¿por qué a veces parece no escuchar nuestras súplicas?

Para hablar con Dios no es necesaria la retórica. Para rezar no hace falta hablar bien, ni ser una persona cultivada. Basta con hacerse desde el corazón. Y eso lo puede hacer desde un mendigo a un potentado.

Dios siempre escucha, aunque a veces nos parezca que no lo hace. Muchas veces no nos concede lo que le pedimos, quizá por que no nos conviene. Un niño diabético puede tener (a su juicio) razones muy justificadas para pedirle a su padre un dulce de confitería, y también para quejarse amargamente cuando este último se lo niega. Pero lo cierto es que sólo el padre sabe lo que le conviene aunque el hijo no lo entienda.

De todas formas Jesús nos dijo: «Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque el que pide recibe; el que busca halla y al que llama

se le abre. ¿Qué padre de entre vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? Y si le pide un pez, ¿le dará en lugar de un pez una serpiente? O si le pide un huevo, ¿le dará un escorpión? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo piden?» (Lc11 9-13).

Lo cierto es que a veces hemos de hacerlo con insistencia: «Si uno de vosotros tiene un amigo y va a él a media noche y le dice, amigo, préstame tres panes, pues un amigo mío ha venido de camino a mi casa y no tengo que darle. No me molestes, dice el otro, la puerta está cerrada y yo y mis hijos acostados; no puedo levantarme a dártelos. Pero yo os aseguro que si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos por su importunidad se levantará y le dará cuanto necesite» (Lc11 5-8).

Pero, ¿por qué tiene que ser así? ¿Por qué hay que insistir tanto? ¿Por qué no nos concede nuestros deseos cuando se los pedimos la primera vez? Pues sencillamente para movernos más en la oración y en la piedad, para crear en nosotros un espíritu mayor de oración y de ahondamiento en la persona de Dios, para estar más cerca de Él, para que no todo quede en una mera superficialidad, en una mera formulación vocal. Para que haya una íntima conexión divina entre Él y nosotros, que no se consigue sino por la vía de la reiteración, y la continuidad en la oración, que a la postre nos beneficia y nos hace más felices.

¿Y si Dios no nos hace caso?

En una ocasión un confesor me habló de que su asesor espiritual en los tiempos del seminario le dijo ante esta misma pregunta: «Dios no ayuda a holgazanes». Y efectivamente es así. Siempre hemos de hacer todo lo que podamos por nuestra parte, y después, solo después dejar actuar a Dios. Es como una barca que tuviera dos remos. Uno sería el «ora», y otro el «labora». La barca con un sólo remo nunca podría llegar a ninguna parte, sino que daría vueltas y vueltas sobre sí misma. Pero la oración «con dos remos», es infalible.

A veces puede que no lleguemos al puerto que deseamos, pero que llegaremos a un buen puerto, es seguro.

Es la convicción de que lo que pedimos nos conviene en aras de nuestra felicidad presente, futura y eterna. Y la convicción también de que Él me lo dará. «Pide con la seguridad de que ya te lo han concedido».

Ya sé que es difícil experimentar esta seguridad, sobre todo si se han tenido situaciones de desaliento en el pasado, pero al menos intentémoslo. Recordemos que la voluntad y la intención le vale a Dios mucho más que nuestras consecuciones y logros.

Aún así, habrá ocasiones en que no tendremos respuestas como quisiéramos. Muchas veces su negativa nos sirve como prueba para perseverar y fortalecer la fe, como sucede en la enfermedad. Otras veces es simplemente dilación, pues

como padre, sabe perfectamente el momento idóneo para concedernos las peticiones. Igual que el padre terreno no le dejaría al hijo hacer ciertas cosas cuando es pequeño, que sí le consentiría cuando es mayor, también Dios se hace esperar y nos concede las cosas en el momento más idóneo. ¡Cuántos de nosotros hemos experimentado esta realidad divina!

Puede que nosotros veamos nuestra petición justa y buena y digna de toda concesión, y sin embargo Dios nos desoye... También el niño diabético es desoído por su padre.

Me diréis: Claro, es que el niño no sabe lo que hace, no es consciente de lo que pide, sólo ve su pequeño mundo, y el padre ve más allá.

Pues claro, ¿y nosotros? ¿Sabemos lo que pedimos? Nos parecerá que sí, pero, ¿acaso no ve más allá nuestro padre celestial? ¿Acaso no es ÉL más apto, más listo, más maduro, más aventajado, más sabio infinitamente que nosotros?

Y no pensemos que si ÉL nos niega las cosas lo hace fríamente, calculadamente, pensando simplemente la mera conveniencia. No olvidemos que Dios es amor, más que ninguna otra cosa. Y también padre, un padre tal, que a su lado no merecen los otros padres el nombre de padres.

Conformémonos con la Voluntad de Dios. Tampoco Dios pareció oír a Jesús en la cruz, hasta el punto que Éste dijo, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34). Pues ¿entonces qué?, ¿Merecemos acaso nosotros mejor suerte que el Hijo unigénito de Dios Padre? ¿Hemos hecho más méritos que ÉL? ¿Somos nosotros más importantes que ÉL para que nos escuche y se avengue a nuestros deseos?

Vuelve a surgir aquí la máxima de Santa Teresa: «Lo que Dios quiera, como Dios quiera, cuando Dios quiera, pues sólo Dios basta, y quien a Dios tiene nada le falta».

La humildad

El egoísmo es la raíz de todos los males. Es el mal capital por excelencia. Del egoísmo nacen todas las variantes del mal que hay en las personas y en el mundo.

Como ya dije antes, el concepto contrario al egoísmo es el amor. Por que el amor es en definitiva, desprendimiento.

El amor tiene su máximo exponente en Dios, que por tanto ocupa una posición diametralmente opuesta al mal.

De entre todas las ramificaciones del egoísmo, ocupan un lugar destacado el orgullo, el rencor y la envidia. El concepto opuesto a estas variantes es a su vez una ramificación del amor: la humildad.

En la sociedad moderna, la humildad es un concepto desfasado. El orgullo es un valor muchas veces apreciado, y la venganza un derecho. Del concepto tradicional de humildad ha quedado en la actualidad lo que se llama modestia, que viene a ser una humildad de palabra, de valoración de uno mismo.

Pero la humildad de actos o el rebajarse más allá del nivel que legítimamente nos corresponde es algo que ha quedado relegado casi al olvido, a tiempos de austeridad monacal del pasado.

Hoy en día al humilde se le llama tonto. El no aprovecharse de situaciones que incrementarían nuestra posición económica o nuestra valoración social es de ser tonto. El no hacer frente a quien te avasalla ilegítimamente es de ser tonto. Muchos insultos se toleran mejor que aquel de «tonto». El tonto es un rechazado por la sociedad, un discriminado, no cuenta para nada ni para nadie y se le margina dentro de su grupo social. Muchos son tontos por naturaleza, otros, los menos, lo son por elección. Pero con ningún ser de la creación está Dios tan próximo como con el «tonto», con el excluido, con el rechazado.

La humildad es en muchos casos la principal virtud de estas personas; una virtud ensalzada tradicionalmente en todos los manuales de ascética. En esos manuales se establecían diferentes grados de humildad, algunos de los cuales rayaban con el paroxismo.

Sin llegar a esos extremos, ¡cuantas luchas y disputas se evitarían hoy en día con sólo un poco de humildad!

Sin embargo, nuestra autosuficiencia y nuestra sobrevaloración de uno mismo nos impiden desnudarnos ante el otro. Nos impiden reconocer nuestra ignominia y nuestra miseria como seres imperfectos, como «viles gusanillos que habitan la tierra» como decían los místicos de siglos anteriores.

Nadie se acuerda ya de Jesús, que siendo quien era, el primogénito de Dios, compartiendo con Él todos sus atributos, se rebajó haciéndose hombre y se sometió a toda clase de insultos y vejaciones sin hacer frente a nadie, y para finalizar en la muerte más ignominiosa, la muerte de cruz.

¿De qué podemos nosotros enorgullecernos ante semejante ejemplo de humildad? ¿Qué son nuestros presuntos logros materiales en comparación con esto?

«Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas» (Mt 11, 29). ¡Todo un Dios Creador del universo nos dice que es humilde! Y no sólo lo dice, sino que lo demuestra con los actos de toda su vida.

Pues entonces, ¿como nosotros podemos arrogarnos ese orgullo, esa pretendida superioridad ante todo y ante todos, esa vanidad, esas ínfulas de grandeza, cuando nuestro Dios y Señor se nos está ofreciendo como esclavo y siervo ante nosotros?

Aprendamos esta lección inmensa de Dios, e imitemos a Aquel que vino al mundo para dárse nos como modelo, para enseñarnos, para guiarnos, para reconducirnos. Aceptémosle haciendo nuestras sus palabras, que están llenas de sabiduría.

Contra el pensamiento retrógrado

No hace mucho, una persona muy allegada a mí, me dijo que no había ido a la boda de una sobrina debido a que se casó «por lo civil».

Entre otras razones menos disculpables, me dijo que el ir a esa boda significaría aceptar, aplaudir, estar en conformidad con ese acto pecaminoso.

Lo primero que se me vino a la cabeza fue ver a Jesús, relacionándose con los pecadores, con los publicanos, con las prostitutas... «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos» (Lc 5, 31).

Efectivamente, si Él está siempre detrás de los pecadores, a los que sigue incesantemente, esperando que se conviertan, ¿quién eres tú para alejarte de ellos? Debes alejarte de seguir su actitud, pero no de su persona, pues son tan hijos de Dios y tan hermanos como el más santo de entre los santos.

Esto vale igualmente para todas esas actitudes de rechazo, de desencuentro, que muchos que se consideran muy católicos, practican sin cesar. No se dan cuenta que van en contra del espíritu del Evangelio.

Asistir a esa boda no implica «comulgar» con ese razonamiento. Dejemos siempre muy clara cual es nuestra posición y a partir de ahí, estemos siempre al lado de ellos, esperando una señal, un resquicio en el que poder insertar una semilla, que luego Dios haga madurar.

Otra situación que me encontré recientemente fue el caso de una señora, defensora de una pretendida «moral católica», la cual vilipendiaba abiertamente a una jovencita que practicaba el «piercing» y que, entre otras cosas «indecentes» vestía de forma muy atrevida.

De nuevo me pregunté de qué lado se hubiera puesto Jesús ante esta situación.

Y la respuesta es obvia: yo creo que a Él le da igual la vestimenta o la indumentaria, que lleves un pendiente o que lleves veinte, que lleves el pelo largo o corto. Lo que a Él verdaderamente le importa y le interesa son los sentimientos

del corazón, las actitudes frente a los demás, el desprendimiento del alma, el saber ver el rostro de Jesús en el rostro de los necesitados.

Él verá eso, y sólo eso a la hora de juzgarnos. Y si no lo encuentra en la señora recatada, de recias vestiduras, de nada le habrán servido todas sus ropas y su apariencia decente.

Contra las preocupaciones y la depresión

¿Quién está libre de cruz? Quien esté libre de preocupaciones que alce la primera copa.

«Sí, pero ya quisiera yo tener las preocupaciones que tienen los ricos, o los que tienen trabajo, o los que sólo trabajan ocho horas, o los que no están enfermos, o las que tienen un marido normal o los que duermen de un tirón, o los que no tienen a un vecino como éste, o los que no viven en este barrio...» La lista es interminable.

Ciertamente, no hay nadie que no esté libre de cruz. La cruz es consubstancial a nuestra naturaleza humana. No podemos estar sin ella. Cuando una se nos quita nos viene otra. Todos llevamos siempre alguna cruz. Y el que no la tiene, se la inventa, y la sufre como el que la tiene de verdad. Así somos.

¿Qué podemos hacer ante este panorama?

Lo primero, hay que dar a cada cosa su importancia justa, y no hacer de una mota una montaña. Muchas veces la inhibición es la mejor terapia contra las preocupaciones.

También hay que tener en cuenta que la cruz es más pesada siempre al principio, cuando nos la cargan, pues nuestros hombros no están acostumbrados al peso. Después, nuestros músculos se fortalecen y ya no pesa tanto.

Y no nos olvidemos de echar la vista atrás. Ciertamente, nuestros problemillas no son nada comparados con los de muchos otros millones de seres humanos que pasan calamidades, hambre y miseria en el Tercer Mundo; o sin ir tan lejos, con los de cualquier vecino o familiar que tiene un hijo enfermo, por ejemplo. La vida es un valle de lágrimas, como dice la oración. Pero no hay que ahogarse en ellas; sobre todo los que nos llamamos cristianos, ya que ¿cómo estar triste ante la recompensa que nos tiene preparada Dios? Es un contrasentido. ¿Acaso el niño está triste la víspera del día de los Reyes Magos? ¿Acaso no está, por el contrario, exultante de alegría y de expectación, tanto que apenas puede dormir? ¿Y no es la vida una simple víspera de la eternidad inconmensurablemente feliz y bienaventurada, tanto más feliz cuanto mayor haya sido el sufrimiento?

Hagámonos partícipes de los sufrimientos de Cristo, imitándole no solamente en la caridad, bondad, humildad, sino también en la cruz. Es inútil huir de ella, pues ella nos perseguirá. Y más nos persigue a los que llevamos grabada su señal en la frente. Hay que estar preparados para recibirla cuando llegue. Así su impacto no será tan terrible.

Los trabajos duran un día, y el descanso es eterno. Hay que conformarse con la voluntad de Dios, pues todo lo que me acontece, no me ocurre sin su consentimiento. Dios mío, aquí estoy para lo que tú me mandes. Si tú lo quieres, cuando tú lo quieras, como tú quieras, por que sólo Dios basta, y quien a Dios tiene nada le falta.

Ciertamente, ¿qué puede temer un caballero cristiano que pelea con Jesucristo a su lado? Teniendo semejante escudo y adalid, ¿quién se atreverá a hacernos frente? ¿Qué poder tienen las viles criaturillas contra todo un Dios? ¿Cómo no estar seguros de la victoria?

«El Señor es mi luz y mi salvación. ¿A quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida. ¿Quién me hará temblar?

El Señor está a tu derecha. No temas. Ten fe, confía en el Señor. El día del peligro Él te socorrerá.

De día el sol no te hará daño, ni la luna de noche,

No permitirá que resbale tu pie, tu guardián no duerme.

No duerme ni descansa el guardián de Israel.

El Señor es mi roca, mi salvación, mi alcázar, baluarte donde me pongo a salvo.

Me envolvían redes de muerte. Me alcanzaron los lazos del abismo. Caí en tristeza y angustia. Invoqué el nombre del Señor. Yo dije, Señor salva mi vida. Líbrame de mis enemigos, que son más fuertes que yo.

El Señor está conmigo; no temo. ¿Qué podrá hacerme el hombre? El Señor está conmigo y me auxilia; veré la derrota de mis adversarios». (Sal 27,1. 16,8. 121,3-8. 18,2-6. 54,7)

«El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes praderas me hace recostar.

Me conduce hacia las fuentes tranquilas y repara mis fuerzas.

Una cosa pido al Señor, eso buscaré, habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida. Habitar en su monte santo contemplando su rostro.

Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. Gozar de la dulzura del señor contemplando su templo.

El Señor me conducirá a los eternos collados. En ellos moraré por días sin término».

(Sal 23,1-2. 27, 4. 23, 6)

Lo importante en la vida

¿Qué es lo más importante de esta vida? Es una pregunta que se puede contestar de muchas formas.

Podemos decir que lo más importante es pasar por la vida haciendo el bien, teniendo fe en Dios, y así conseguir primero la felicidad en la tierra, y después la gloria eterna como recompensa.

Es una definición breve, pero a la vez yo creo que completa. Sin embargo se podría objetar que no es sino un mero objetivo egoísta e individualista cuyo propósito es básicamente hacer aquellas cosas que nos garanticen la salvación. Es decir, lo importante en la vida es, según esto, conseguir la salvación.

Si, ciertamente, pero... ¿Hemos de plantearnos la salvación como una carrera hacia el cielo, donde basamos nuestros avances en según como vamos quedando conforme a las posiciones de los demás?

Yo creo que no debemos focalizarnos y obsesionarnos con este asunto de manera consciente. Me explicaré.

Las actitudes en la vida han de ser siempre abiertas y no cerradas; no se puede ser perfeccionista en el sentido de catalogar las cosas como prohibidas y permitidas, por ejemplo. Si así lo hacemos, nuestra imperfección nos sumirá en el desasosiego y en la incertidumbre constante, al no poder alcanzar nunca el objetivo.

Sin embargo no por esto debemos renunciar a los límites y por tanto carecer de ellos. Hemos de tener siempre unas balizas que si bien no nos impiden traspasarlas, sí al menos nos marcan un camino. Es lo que llamamos pautas.

Pautas, y no límites es lo que un cristiano se ha de marcar a la hora de enfocar los comportamientos y las actitudes ante la vida.

Basta querer salvarse para salvarse. Pero no en el sentido del estudiante que, lógicamente quiere aprobar un examen, aunque luego a la hora de la verdad no estudia. El querer al que me refiero es un querer consciente, centrado en actitudes, en «pautas» y en obras. El que quiere salvarse de esta manera, ya está salvado. Al menos así lo veo yo. Y lo está precisamente por que avanza por un camino que le conduce a la salvación. Así que, siempre y cuando no abandone ese camino y no deje de avanzar, llegará inexorablemente a su destino.

De forma que con el objetivo conseguido, entonces ¿cuál es la misión de la vida? Pues afanarse en ayudar a los demás, en dar ejemplo, en llevar la cruz que cada uno tiene de forma cristiana, en conseguir que cada vez más personas conozcan a Jesús... En definitiva EN SER FELIZ, pues estas actitudes son las que generan la auténtica, genuina y perpetua felicidad.

Hay personas que viven en esta pauta, y que no lo saben. Que son potencialmente salvadas por ello, y sin embargo no son conscientes de semejante situación. Van por el camino correcto, pero al no reconocer a Dios, corren el riesgo de no reconocer la Puerta cuando lleguen a ella, y por tanto pasarán de largo hacia la nada.

Las oraciones de miles de religiosos y religiosas, en la soledad de una vida olvidada del mundo imploran a Dios que no se olvide de ellas. Le piden que en última instancia les haga descubrir su infinita bondad y que le pongan el nombre de Jesús a su pauta vital. Será entonces cuando en el lecho de muerte la inefable bondad divina interceda por ellas y con corazón compungido digan: «Señor, mi vida se acaba; he vivido de espaldas a tu Persona, pero ahora me doy cuenta de que sólo Tú tienes sentido, pues eres el que da sentido a las cosas. Admíteme pues a contemplar tu rostro y gozar en tu presencia por toda la eternidad».

Y Jesús correrá en busca y rescate del pecador arrepentido. Correrá como un chiquillo perdido que loco de alegría encuentra a su madre y sale a su encuentro, para fundirse ambos en un abrazo eterno lleno de dulzura y felicidad.

La cruz del sufrimiento

Yo no quiero la cruz. Y le ruego todos los días a Dios que no me la dé. Jesús tampoco la quiso y le pidió al Padre no beber de su cáliz. Pero Él ya la llevó, y con creces, por todos nosotros ofreciéndose en sacrificio como víctima propiciatoria.

Es precisamente por esto que la cruz nunca será pesada al verdadero cristiano. Pues Cristo ya recorrió el camino primero, y es nuestro consejero y asesor en nuestro particular camino del calvario. De suerte que es como si Él nos dijese, afloja aquí, no pases por allí, descansa acá, etc.

Sin embargo, la cruz es el símbolo de nuestra religión y de nuestro Dios. Ciertamente, cuando se representa simbólicamente al islamismo se hace con una media luna, al judaísmo con una estrella, y al cristianismo se le representa con una cruz.

Si Dios nos envía la cruz, hemos de llevarla con valentía, y aceptarla como parte integrante de nuestra imitación de Cristo. Es esta imitación el esfuerzo de perfección de todo cristiano, y nunca será completa si no imitamos a Jesús, también en la cruz.

Difícil tarea es hablar de estas cosas a una persona atea, y enferma, quizá enferma desde hace tiempo. Es muy difícil convencerle de la existencia de Dios. Es un tema tabú. Enseguida reniegan de Él, pues no les cura, pues no les alivia... «Al principio rezaba; rezaba de todo corazón; y nada sucedía. Acabé harto, renegué de Dios...»

Igual dicen los pobres, los miserables, los deshauciados.

No se dan cuenta de que no están aún en el cielo, y de que en la tierra hay, indefectiblemente, sufrimiento.

Si en el mundo no hubiera sufrimientos, la tierra ya no sería tierra, sino cielo. Y Él quiso que hubiera ambas cosas.

Precisamente para recompensar en el cielo a todos los que han sufrido en la tierra. Por que más se valora, se aprecia y disfruta lo bueno cuando se ha conocido lo malo.

Ciertamente que es el sufrimiento la puerta de entrada en el paraíso, la llave que nos abre las puertas de la eternidad feliz, donde gozaremos para siempre de los consuelos y recompensas que sólo Dios sabe dar a los que junto a su Hijo atravesaron la Puerta por el umbral del sufrimiento.

En cualquier caso, el sufrimiento de los hombres no tiene su raíz en Dios, sino que es la libertad del hombre la que provoca los males del hombre. La libertad mal usada, me refiero. Y Dios no puede oponerse a la libertad del hombre, pues entonces lo despersonalizaría...

Dios «no hizo nada» para evitar que su Hijo, nuestro señor Jesucristo sufriera toda clase de humillaciones e ignominias para, finalmente morir en una cruz, castigo reservado a los más infames.

Toda la vida de Jesús fue un continuo sufrimiento ¡y era Dios mismo! Desde su nacimiento, donde no le dieron siquiera sitio en una humilde posada, y tuvo que nacer en una cuadra... ¡y era Dios mismo! Cuando con sus padres tuvo que huir a Egipto, pues le perseguían para matarle, ¡y era Dios mismo! Y todo el sufrimiento derivado de su pasión y muerte... ¡y era Dios mismo!

¿Pues entonces qué? ¿Con qué derecho pedimos la salud? ¡Si el propio Dios no fue en su vida terrenal sino una continua llaga!

Quiero venir a decir con esto que el sufrimiento es consustancial a nuestra naturaleza terrenal y que en vano podemos huir de él. Antes bien éste nos asemeja más a Jesús, y nos lleva a identificarnos más con Él (¡Qué cosa más hermosa, identificarse con Dios!).

Pero las palabras no siempre son suficientes ante el sufrimiento del enfermo. Éste demanda desesperadamente consuelos materiales, no espirituales.

El duro, durísimo camino de la enfermedad. Y especialmente el de la enfermedad crónica, sin expectativas, el de las personas inmovilizadas, el de las que ni siquiera pueden hablar o hacer algo aparte de sufrir.

Pero cuando no hay remedio material que ofrecer, es el remedio espiritual el que se erige como bálsamo que al menos alivie el sufrimiento, y le dé un sentido.

Hay que hacer comprender al enfermo, que no está solo, que Dios está ciertamente con él, más que con cualquier otro ser, por muy difícil que sea entender esto.

Y él a su vez, ha de estar también con Él. Mejor hacer este camino con Jesús que hacerlo sólo. Las penas acompañadas son menos penas, pues las compartimos con el otro. Y qué alivio más grande, qué bálsamo más suave, que el bálsamo más gratificante el de la compañía de nuestro Jesús, adalid del sufrimiento, campeón de dolores.

Pues ciertamente que el enfermo está solo. Muy pocos son los agraciados que tienen junto a ellos de forma continuada a alguien que les ame y les quiera. Y aunque sea así, seguramente a ellos no les parece de esa manera. ¡Dales Dios mío perseverancia y amor a todos esos cuidadores! y sobre todo, ¡Dales fe a todos esos enfermos!

Cuando se habla de enfermedad, hemos de hablar de fe, y de esperanza. Un enfermo ateo, ¡qué tristeza más grande!, ¡Qué masoquismo tan insoportable! Ciertamente que son dignos de lástima, pues están solos ante la enfermedad. No sólo no tienen la compañía inestimable de Jesús, sino que además tampoco tienen ante sí la vida eterna. El sufrimiento se duplica, la muerte es deseada en sí misma. ¡Horror de horrores!

Pues ciertamente que los enfermos son los más pobres de entre los pobres, ya que la salud es la mayor riqueza de todas las materiales.

Muchos archimillonarios enfermos preferirían verse en harapos pero con salud, antes que continuar en su situación.

Acerquémonos pues a esos sufrientes, pues de ninguna otra forma podemos hacer mejor servicio a nuestro Dios.

Pues Dios está más cerca de ellos que de cualquier otro, pues son los más necesitados. Podemos ver su rostro en el rostro doliente del enfermo, podemos ver su cuerpo y sus llagas en el cuerpo maltrecho del enfermo. Podemos en definitiva servirle y acogerle de manera formidable en la acogida y la atención al enfermo. Y no sólo en sus cuidados materiales, sino también en la dicotomía de la fe.

Pero Dios no puede interponerse en la libertad de los hombres. Han de ser estos los que inventen los remedios, descubran las vacunas, y se sirvan de la enfermedad para santificarse, tanto los cuidadores como los enfermos.

Para el antiguo Israel, los pecados se pagaban en este mundo. Al estar poco desarrollada la escatología, la satisfacción inherente a las malas obras (al incumplimiento de la ley), tenía su reflejo inmediato en las calamidades que le acontecían al sujeto, o a la nación (la ira de Yahvé).

Las enfermedades (epidemias al nivel nacional) eran uno de los «castigos» más frecuentes.

Desde el advenimiento de la era mesiánica, el concepto de enfermo ya no se asocia al de pecador. Aunque en muchos casos sirva la enfermedad para reconducirnos y recapacitar sobre nuestra vida, lo cierto es que la mayoría de las veces le acontece al cristiano como medio a través del cual se forja y temple la voluntad de fe que la divinidad pone en cada hombre.

Hemos de aceptar la enfermedad tal y como viene y no dudar de Dios, ya que como dice Job, si tan alegremente recibimos de Él los bienes ¿por qué no recibir los males? (Job 10, 2). Ten en cuenta que los trabajos duran un momento y el descanso es eterno. Mientras no se pierda a Dios, cualquier otra pérdida, como la salud, es una minucia. Y a Dios le tienes en la pequeña cruz de tu enfermedad. La verdadera salud es la del alma; la verdadera enfermedad, el pecado.

«Al justo no le entristecerá cualquier cosa que le suceda, porque sabe que todo viene trazado por la providencia de su Padre celestial» (Prov 12,21).

Libres de todo lo material, estaremos más cerca de lo espiritual. «Hijo mío, no quiero que ninguna cosa se interponga entre tú y Yo. Líbrate de todo lo material para que, desnudo, estés más cerca de Mi». Estas palabras se las ha confiado Jesús a muchos santos y santas en la intimidad del éxtasis. No nos asustemos, si incluso ese desprendimiento incluye también desprenderse de la salud.

Pero no nos confundamos; Dios no quiere nuestra infelicidad. El enamorado sufre por su amada, pero no es infeliz. Son conceptos diferentes. Dios sufre con el sufrimiento de sus hijos, pero les espera a éstos para darles toda una eternidad bienaventurada de placeres y consuelos en la morada perpetua de la felicidad.

Contra la desesperanza.

Hay muchas personas que no quieren ni oír hablar de Dios ni de religión, y que tienen un odio casi visceral a todo lo que se relacione con ello.

En cuanto se menciona el tema, te cortan en seco y sólo su buena educación les impide proferir reproches de más alto tono.

En el fondo, ese desprecio se debe al desengaño experimentado por todos los que buscan en la tierra el paraíso. No se dan cuenta de que son realidades, dimensiones diferentes.

Quieren comparar al hombre con Dios, y se estrellan en la desesperanza. Atribuyen a Dios la responsabilidad directa de los males del mundo, por su inactividad ante los mismos. No se dan cuenta de que es la libertad del hombre mal utilizada la causa de esos males, y contra la que Él no puede hacer nada pues sería negarle al hombre su propia esencia, la esencia que le hace «persona» y no «cosa».

El mundo no puede ser perfecto, puesto que el hombre no es perfecto, y el mundo está formado por hombres. Como ya dije antes, la tierra es tierra, y no cielo. Se frustrará el que busque el cielo en la tierra.

Sólo Dios proporciona la perfección, pues sólo Él es Perfecto. Por tanto acercándonos a Él conseguiremos obtener algo de esa perfección que emana de Él, y por ende transmitirla al mundo. Es ésta la única vía de perfección que puede obtener el mundo, la que se consigue acercándonos a Dios.

Precisamente es la esperanza la virtud del cristiano, la virtud de la fe. La esperanza de pasar a la segunda fase de nuestra vida, pues esta primera no es la misma, es la antesala.

Es difícil hacer entender este mensaje a las personas que buscan en Dios solamente la solución de sus males en la tierra, y que se olvidan de la dimensión escatológica. Cuando Dios les «traiciona», reniegan de Él.

«Mi reino no es de este mundo» dijo Jesús a todos los que buscaban en el Mesías a un libertador político-militar (Juan 18, 36). Por eso los judíos renegaron de Él, por que no les salvó del aquí y ahora (¡aunque les ofreció la salvación eterna!). Y el mismo error cometen hoy los que de nuevo buscan en Dios una fuente de salvación terrenal.

La salvación que ofrece Dios no es terrenal, sino ETERNA. ¿Que es el tiempo comparado con la eternidad?

«Sí, pero yo estoy aquí y ahora, en el tiempo. No sé lo que me deparará el mañana».

¡Visión miope que sólo ve de cerca y que carece de fe y esperanza! El miope sólo ve nítido de cerca. De lejos sólo aprecia formas, sombras, ve borroso y no se fía... Circunscribe su círculo vital al espacio donde se siente seguro.

Se necesita mucho coraje para decir SÍ, CREO, palabras duras, a veces imposibles, pero también indispensables para llegar al que es la fuente de todo, y también para llegar a la felicidad terrena en medio del sufrimiento:

Reproduzco a continuación el poema «Te buscamos» de Rafael Lizcano Zarzeño, que refleja de manera certera y ciertamente bella lo dicho anteriormente.

«Te buscamos señor, sólo un instante
de la extrema largueza de tu día.
Y mil veces rozamos la agonía
de no verte teniéndote delante.

Mil veces te nos ponen en menguante
multitud de reflejos de luz fría,
que un trágico conjuro nos envía,
a esta celda de carne itinerante.

Pero Tú estás aquí, sobre el olvido,
bajo lo más profundo de la duda,
abrasando de luz la única vía.

Y llevarás feliz hasta tu nido,
a todo el que guiado al fin acuda,
a abrazarte en tu santa Eucaristía».

El alma clavada a la roca

En una ocasión, una vecina de mis padres me contó una historia de como había dejado olvidado el monedero en un puesto ambulante, y de como una semana después, al ir a reclamarlo, los dueños del puesto se lo reintegraron. «Es que somos de una religión que nos prohíbe mentir y quedarnos con lo que no es nuestro» «¿Y que religión es esa?». Preguntó la vecina admirada. «Cualquier otra

persona se hubiera quedado con el monedero». «Pues mire señora, somos Testigos de Jehová».

¡Qué lección nos dan aquí los protestantes! Pero vamos a ver, ¿es que nuestra religión, la católica nos permite acaso mentir y robar? ¿Es que allí el castigo es mayor? Desde luego que no. Entonces, ¿Cual es el problema?

El problema no existe como tal. Simplemente es la mayor cohesión y fervor que existe en las comunidades pequeñas.

Pero un católico comprometido ha de huir del pecado incluso del más leve, de la misma forma que el alejado huye de no darse caprichos y placeres rápidos. Pues si ciertamente Dios es para nosotros TODO, y cuando digo todo, quiero decir aquello sin lo cual no se puede vivir y que más valdría morirse que perderlo, entonces, ¿cómo podemos entonces repudiarlo mediante el pecado? Pues el pecado, hasta el más leve es la ofensa a Dios más profunda, es la ofensa a Aquello que es nuestro Todo, quien da sentido a nuestra vida. Pues Dios es para nosotros como la gasolina sin la cual el coche no puede funcionar, como el viento sin el cual el molino de nada sirve, como la electricidad sin la cual la más moderna de las máquinas no es sino un bulto que estorba.

¿A qué entonces la locura, la irresponsabilidad, la suma idiotez de aserrar el clavo que nos sostiene a la vida, y sin el cual nos precipitaríamos al abismo insondable de la muerte y del sufrimiento?

No pequemos más por favor, y no pensemos que un pecadillo de nada a Dios no le disgusta. Pues claro que las cosas graves hacen más daño, pero no por ello las pequeñas carecen de importancia. Una taza de café derramada entera sobre el traje blanco de los domingos es algo mucho más feo que una salpicadura. Pero no por ello nos íbamos a dejar salpicar como si tal cosa.

Una mentirijilla dicha para salir de un apuro también es aserrar el clavo. Quizá no lo suficiente para hacernos caer, pero debilita nuestro sostén en cualquier caso.

Por el contrario, una postura firme de reconocimiento de nuestros errores nos ennoblece y lejos de aserrar el clavo, es como si le hundiésemos más en la roca firme para que nuestra sujeción esté más asegurada. ¡Que felicidad más grande entonces! Poder estar más cerca, más unido, más sumergido en el mar infinito de Dios, para que cuando venga el viento definitivo que nos arrebathe de esta vida, podamos tener la seguridad de que ese viento por muy impetuoso que sea no nos arrancará de aquello a lo que con tanto amor y fervor nos hemos unido.

La maldad o bondad de las personas

Al contrario de algunas sectas protestantes, los católicos afirmamos que la predestinación no existe. Nadie está predestinado desde su nacimiento al infierno,

o al cielo, o a ser esto o aquello. El destino de una persona no está escrito de antemano por nadie, ni siquiera por Dios, pues Él respeta nuestra libertad y no nos condiciona como si fuéramos autómatas, con un programa de ordenador predeterminado en el cerebro.

Otra cosa es que Él, como supremo conocimiento, sepa cual va a ser el destino final de alguien. Pero una cosa es saber algo, y otra es hacer que ese algo ocurra.

Hay gente que piensa que Dios tiene preparado un proyecto para cada persona. Y así se oye decir muchas veces que fulano está destinado a algo grande, o que mengano ha hecho algo por que lo ha querido Dios.

Esto es verdad hasta cierto punto. Quizá Dios maneje, o pueda manejar algunos acontecimientos, bien a iniciativa propia o bien por petición de otra persona. Pero siempre, repito, siempre la decisión final ha de ser adoptada por la propia persona. Puede que alguien pueda ser conducido hacia una encrucijada, pero la opción de ir por un camino o por el otro será finalmente del propio individuo.

Por eso nadie es bueno o malo por que Dios lo quiera, sino por que lo quiere él.

Y nosotros no nos podemos arrogar el poder de enjuiciar a nadie. No nos corresponde ese papel. No podemos decir fulano es malo, mengano es bueno. Sólo Dios conoce el corazón de las personas y dará a cada cual según se merezca. Mejor dicho, según merezcan sus obras, pues como digo nadie es malo o bueno «per sé». Muy al contrario, las personas, de ser algo por naturaleza, son buenas pues son obra del poder creador de Dios.

Igual ocurre con las cosas. No existen cosas intrínsecamente malas o buenas. Los objetos, o los productos del hombre no son catalogables en sí mismos, sino más bien según el uso que se les dé. No se puede decir que tal o cual cosa se mala o buena, sea lícita o ilícita, sino que hemos de atender a la finalidad que las personas usuarias quieren darle a esa cosa.

Así por ejemplo, no se puede decir que las armas sean malas, pues un cuchillo puede servir tanto para matar a una persona como para cortar trigo con el que hacer pan y alimentar a un niño hambriento. Tampoco la energía nuclear es mala por sistema, pues puede servir (y sirve) para calentar el hogar de una familia en Siberia.

En definitiva, no es moralmente correcto catalogar ni juzgar a nadie. Nuestros pensamientos o palabras hacia alguien nunca podrán ser categóricas. No podemos ni tan siquiera decir «fulano tiene comportamientos que a mi entender son malos», pues no sabemos la intencionalidad, ni la finalidad, ni las motivaciones que fulano pueda tener. Y aunque las sepamos, repito, no somos quienes para juzgar a nadie.

«No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados». (Lc 6, 37).

Sobre la confianza en Dios

Hay un dicho de Santa Teresa que ya he repetido aquí en más de una ocasión: «Haced todo por Dios, con Dios y para Dios; pues sólo Dios basta, y quien a Dios tiene nada le falta» ¡Qué palabras tan sabias! ¡Qué consuelo tan estupendo!

Pues ciertamente, si nos aplicáramos esta máxima, si recordáramos esto en cada minuto de nuestra vida, realmente nuestra existencia sería más llevadera, más consoladora, más esperanzada, más «trascendental».

¿Entonces, por qué no lo hacemos? Pues básicamente por la miopía religiosa que tenemos, por la falta de impregnación sobrenatural que nos caracteriza.

Imaginemos un niño de cuatro ó cinco años al que alguien encierra en un sitio tenebroso y desconocido con gente que se comporta de manera hostil. El niño lógicamente tendría una reacción de terror. No hace falta ser padre para imaginarlo (aunque éstos lo comprenderán más vivamente). Si de repente aparece la madre del niño junto a él, éste automáticamente dejaría de llorar, se agarraría a su madre, y todas sus inquietudes y temores desaparecerían en el acto.

Él no necesita más. Sabe que con su madre está a salvo, y que no tiene nada que temer. Por mucho que exista riesgo para ambos, el niño no es consciente de ello y lo único que le puede inquietar ahora es que de nuevo le arrebaten la compañía de su madre.

¿Por qué nosotros no nos comportamos como este niño? ¿Por qué teniendo un Padre como el que tenemos (al lado del cual no merecen los otros padres el nombre de padres), y que además NUNCA NOS ABANDONA y siempre está con nosotros, por qué, repito nos preocupamos de otras cosas? La única preocupación que deberíamos tener, siguiendo el ejemplo del niño, sería la de perder a nuestro padre, que éste desapareciera de nuestro lado.

Y a Dios sólo le podemos perder por el pecado. Pecando es como ahuyentamos a Dios de nosotros, pues hacemos intrínsecamente una opción contraria a Él.

Dios no se impone a nadie a la fuerza. Si alguien voluntariamente hace una opción de rechazo de Dios, Él no puede hacer nada contra nuestra libertad. Él no quiere retener a nadie por pura obligación, sino por amor.

Pero no hemos de preocuparnos, pues como ya digo, Él nunca abandona a los que quieren estar con Él.

Dios ciertamente que no abandona a sus hijos. Ni siquiera a los descarriados. A estos ciertamente menos que a los demás, pues ya dice el Evangelio que el buen

pastor deja abandonadas a las 99 ovejas y se va en busca de la que se ha perdido (Lc 15, 4-7).

Así pues, Dios cuida de todos sus hijos y no permite que ninguno sufra daño alguno.

Sólo si estos lo desean voluntariamente, Dios se rinde a su voluntad, pero no sin antes hacer lo posible para que se corrijan.

Entonces, ¿Qué podemos temer teniendo semejante protección? Si me acontece una desgracia, ¿Por qué he de entristecerme? ¿Acaso no ha ocurrido así por que Dios lo ha querido? Y si Él consiente que me acontezca una desgracia, siendo como es Todopoderoso y Omnipotente, y siendo yo su hijo (¡un hijo de semejante padre!) a quien ama y mimaba infinitamente, ¿no será acaso por mi bien?

Si; ciertamente que no debo temer nada, y si temo sería como un desprecio, una falta de confianza en su poder, en su omnipotencia, una falta de fe...

«Si, pero ¿Y si Dios no quiere saber nada de mí? ¿Y si me abandona a mi suerte, y me deja a merced del mundo?». Pues ni siquiera este miedo hemos de tener. Por que si tú quieres estar con Él, Él estará contigo. Si tú quieres su compañía y su protección, Él te la dará y te la dará aunque no se la pidas. Pues a Él lo llevas dentro de ti, de suerte que como dice San Pablo es Él más en ti que tú mismo (Gal 2, 20).

Otra cosa es que tú libremente hayas optado por echarle de tu vida, que hayas preferido el pecado a su dulzura y a su protección. Que te hayas llenado de vanagloria y de suficiencia, y que prefieras valértelas por ti mismo y no quieras cuentas con Él. Entonces le habrás crucificado de nuevo, y Él muy a su pesar, no podrá entrar de nuevo en tu vida, pues se opondría a tu libertad y a tu decisión soberana.

Entonces te darás cuenta de que sin Él no eres nada, de que es absurdo preferir una bombilla a la luz del sol, y de que no se puede tener el corazón compartido. No puedes tener a Dios en una mano y al demonio en la otra, pues el fuego y el agua no pueden coexistir.

Habrás pues de pedirle a Dios que vuelva a ti, de corazón, sinceramente, con el corazón contrito y humillado, a través del sacramento de la Reconciliación. Y entonces Él volverá a ti y no te abandonará a no ser que le vuelvas a echar.

Entonces no tendrá sentido el miedo. ¿Tienes la conciencia tranquila, y libre de pecado? ¿Haces lo que puedes para continuar en el camino de la virtud? ¿Has cumplido con los deberes de tu estado? Si las respuestas son afirmativas (¡es tan fácil!) puedes abandonarte a la Santa Indiferencia.

Es esta una gran ventaja, pues si bien el niño es impotente para retener a su madre si está quiere abandonarle, no es así en nuestra relación con Dios. En este

sentido se puede decir que tenemos «la sartén por el mango», ya que Dios JAMÁS rechaza a todo el que con corazón sincero quiere estar con Él. Al contrario, nos está esperando con los brazos abiertos.

¿Sólo se vive una vez?

Una respuesta afirmativa a esta pregunta es la que dan la mayoría de las personas de hoy en día. Al menos así piensan o cuando menos actúan conforme a ese principio.

Para los que tenemos fe, esa perspectiva vital nos da pavor. Nos cuesta mucho pensar cómo la vida se les escapa de las manos según pasa el tiempo, en una cuenta atrás inexorable, que, para ellos, termina en la nada.

La vida sin fe es como caminar en la noche sin una luz que te guíe. La secularización de la vida es como una enfermedad que origina falta de percepción y por tanto no se «percibe», que sin la luz de la fe se va dando tumbos. Unos tumbos que son en definitiva las rebeliones de nuestra naturaleza hacia el hastío que sufre tras el disfrute ciego de los placeres materiales, hacia el vacío que se experimenta cuando se busca la felicidad fuera de Dios.

Y es que nuestro corazón siente un impulso hacia una plenitud ilimitada. Pero debe aceptar que sólo en Dios encontrará ese espacio sin confines y sin límites que anhela tan profundamente.

Pero volviendo a la pregunta inicial, ¿sólo se vive una vez?

«Pues claro, ¿Acaso ha vuelto alguien para confirmar lo contrario?».

Hombre, se podría discutir, pero aunque fuera así, ¿acaso el que no vuelva nadie significa que no hay vida? No es una condición «sine qua non» es decir, no son dos condiciones autoexcluyentes, puede haber perfectamente una vida más allá de la muerte, y que nadie vuelva a la anterior.

Recuerdo a propósito de esto, que los detractores de los viajes en el tiempo han argumentado siempre que no son posibles, puesto que nadie ha vuelto del futuro. Pues bien, recientemente los científicos han demostrado, al menos teóricamente, la factibilidad de este hecho.

Quiero decir con todo esto algo que ya he dicho en alguna ocasión, y es que no se puede demostrar que Dios no existe, y que si bien muchos son los argumentos de nuestros detractores para negar la existencia de Dios, ninguno es ni mucho menos definitivo, y siempre tenemos contra-argumentos contundentes para echar por tierra todos los suyos. Y no sólo con la lógica y la teoría, sino con la experiencia repetida y constatada de los que vivimos esta realidad ilusionante colmada de expectativas, de dicha y de felicidad.

La ascética

El ascetismo no es masoquismo. La renuncia a lo placentero no significa amor al dolor, al igual que un día no soleado no es un día lluvioso.

De todos es sabido que lo material es diametralmente contrario a lo espiritual, y por tanto, cuanto más nos separamos de lo uno, más estamos preparados ante lo otro.

La privación voluntaria de los bienes materiales y de los placeres del mundo, otorgan al ser humano una mayor capacidad para la recepción de los bienes y placeres espirituales. El gozo de estos placeres dan al hombre una felicidad más auténtica, más duradera y más intensa.

Se siente más cercana la presencia de Dios cuanto más se aleja uno de lo material. Y puesto que sólo Dios es el verdadero gozo y la verdadera felicidad, el camino a seguir es claro.

La eliminación de las interferencias mundanas hacen al alma abrirse a la meditación, a la tranquilidad, al acogimiento diáfano, sin barreras, de la esencia divina. De esto saben mucho las religiones orientales. Es como si todas estas manifestaciones etéreas fueran incapaces de asentarse, de entrar en el cuerpo saciado de bienes materiales y de placeres mundanos. Es al descargarse estos, cuando lo espiritual ocupa el hueco existente que antes no había.

«Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro» dice Jesús (Lc 16, 13). Y máxime cuando ambos «señores» son tan diferentes.

El ascetismo por sí solo no es un medio para ganar el cielo. Privarse de comer ese pastel que tanto te apetece no te hace ganar puntos con los que comprar el paraíso (a no ser, por ejemplo, que entregues el dinero que te ahorras a los pobres, o que lo hagas como sufragio de la Iglesia Purgante). La ascética sin contrapartida no tiene valor ante Dios, aunque sí ante uno mismo, porque abre el alma a la recepción de las cosas espirituales.

En el deporte, no te dan la medalla por entrenar bien, sino por ganar la carrera. Pero la carrera no la ganarás si no has entrenado bien.

En el fatídico y crucial momento de la muerte, qué reconfortante debe ser tener la certeza espiritual de la cercanía de Dios. Cuántas fortunas se darían por esa sensación experimentada en ese preciso momento. Fortunas que no se atesoran en un banco, pues estas no valen nada, sino que más bien son un lastre que ahuyenta la sensación divina y a Dios mismo. Las fortunas válidas son las conseguidas a base de toda una vida de privaciones, voluntarias o involuntarias, de desprendimientos, de manifestaciones de bondad y de caridad.

En el momento cumbre de nuestra existencia, hemos de presentarnos vestidos con nuestras mejores galas. Hemos de recibir al esposo del alma «con las lámparas encendidas» (Mt 25, 1), para de esta manera, en el último instante de nuestra vida temporal, tener la seguridad de fijar nuestra voluntad en Dios, y así proyectarla a toda la eternidad.

La dignidad de los príncipes

Una persona importante... ¿Qué es lo que da la importancia a las personas? ¿Qué es lo que hace a una persona ser «más» que otra?

En primer lugar, nadie es más que nadie.

Muchas personas se sienten pequeñas, insignificantes, cuando se comparan por ejemplo con alguien con carrera universitaria. O ante un alto funcionario del estado, o ante un rico empresario y sus allegados. El dinero, la posición, el coche... son los signos que identifican a uno de esos «grandes».

Sin embargo, todos esos atributos pesarán menos que una brizna de paja en la balanza real que mide la grandeza de las personas.

¿Quién se puede atrever a menospreciar o a infravalorar a aquel mendigo harapiento, a aquella «chacha» analfabeta o a aquel rastrero inmigrante? Porque, incluso aquel maloliente tuercebotas de bajo coeficiente intelectual es HIJO DE DIOS y HEREDERO DEL CIELO.

¡Qué dignidad tan elevada! ¡Qué posición tan importante! ¡Qué título más grande! Y yo añadiría otro: PREDILECTO DEL ALTÍSIMO. El mismo Señor Jesucristo Hijo Unigénito de Dios Padre se hubiera encarnado, aunque ese individuo fuese el único habitante de la tierra. ¡¡Sólo por él se hubiese dejado crucificar!!

Así pues, debemos abandonar nuestra pretendida superioridad a la hora de enjuiciar a los demás, y tener siempre en cuenta que el prójimo no es sólo aquel que es semejante a nosotros, sino que también son prójimos aquellos que no guardan con nosotros similitud alguna.

No es la apariencia externa la que hemos de tomar como referencia para juzgar o valorar a una persona. Una bolsa de tela de saco puede contener monedas de oro, mientras que un cofre de madera de ébano puede estar vacío, y sólo sirve para adornar un mostrador.

Tan sólo los sentimientos del corazón, la caridad y la bondad son las posesiones que se deben poseer, anhelar e imitar.

«En la noche de nuestra vida, todos haremos cola ante la Puerta de la Gran Sala de Audiencias, donde el Juez Supremo pronunciará la sentencia inapelable de

nuestro destino eterno. Y allí estaremos desnudos, en la única fila, ante la única puerta, sin ropa, sin anillos, sin nada; con todos nuestros actos al descubierto. Y preguntarás al de delante: ¿Y tú, que fuiste en el mundo? Yo fui albañil, ¿y tú? Yo fui rey. Pues yo fui esclavo. Y Yo fui Papa, dirá otro... Y... ¿Quién es aquella figura erguida, imponente, deslumbrante, que está a la derecha del Juez...? Si. Yo le conozco, dice uno de la fila. Y continúa: Aquel era jorobado y bizco y pedía limosnas en la esquina de mi palacio».

La muerte no es el final

Hace poco, al notar la ausencia en cierto lugar de una persona que, por motivos que no vienen al caso, se hace omnipresente, dije bromeando «¿y fulano? ¿Es que se ha muerto?» y alguien contestó: «¡hombre, no le quieras tan mal!».

El cristiano no debe desear la muerte. Hay mucho que hacer en este mundo. Hay toda una vida apasionante llena de alegrías, y de amor derramado en pos de los necesitados, de los sin fe, de los familiares y amigos, una vida que hemos de vivir a tope, sin límites en el amor.

Pero sin embargo, no hemos de perder de vista que como en toda carrera, también la carrera de la vida tiene una final. Y en este caso, el final se llama muerte.

Pero no hemos de asustarnos ante esta palabra (eso reservémoslo para el ateo).

Para el cristiano, la muerte es una liberación. Es el soltarnos los grilletes que nos impiden movernos con libertad. Es librarnos del yugo que pesa sobre nosotros y que nos hace andar jorobados. Es el abrirse la puerta de la cárcel en la que estamos encerrados. Es, en definitiva, penetrar en la inmensidad inefable del paraíso eterno de bienaventuranzas y felicidad que Dios, como manifestación de su amor hacia nosotros nos tiene reservado.

Ante esta perspectiva, ¿qué sentido tiene una frase como esa de ¡hombre, no le quieras tan mal!? Es un contrasentido, una burla, una mofa como la que hace aquel que dice que no hay suficiente luz en el mediodía despejado del trópico.

No nos asustemos pues ante la muerte. Ni tampoco nos escandalicemos de quien sin buscarla la desea. También el corredor de maratón anhela la meta tanto más cuanto más pesan los kilómetros, y desea que llegue. Y la aguarda, «como el centinela aguarda a la aurora» (Salm 130, 6).

La alegría de ser viejo

En la sociedad de hoy se considera casi un insulto decirle a alguien que es viejo. Los adjetivos «jubilado» o «pensionista» no gozan de mejor estima. En su lugar se emplean apelativos como «tercera edad», o el muy socorrido de «personas mayores».

Es una consecuencia lógica de la sociedad consumista y materialista, donde la limitación de las condiciones físicas ó estéticas suponen inferioridad. Para más inri, y a diferencia del pasado, ni siquiera la experiencia ni los conocimientos acumulados en tantos años sirven de algo. En la sociedad de la informática y de las nuevas tecnologías, la sabiduría de la época anterior pre-informática está obsoleta. Parece que los viejos no son sino una carga...

Un conocido mío, ya provector, envidiaba mi juventud, y me decía algo así como «¡Quién pudiera volver a ser joven!». Cierto es que a nadie le gusta estar achacoso o padecer dolores, pero la verdad es que la senectud tiene un encanto que sólo los cristianos podemos apreciar (¡otra ventaja más sobre los ateos!).

Y es efectivamente el estar cerca de Dios.

¡Pues claro! ¿Cómo no valorar pues la vejez? Tan sólo si has malgastado la vida en veleidades y banalidades puedes tener motivos para querer volverla a vivir; es decir, si la has desperdiciado viviendo de espaldas a Dios. Pues ya se sabe que de cara a la eternidad, la vida, ese pedazo de tiempo con el que comienza el no-tiempo, es una oportunidad única e irrepetible.

Pero para el cristiano, a quien después de tantos años de llevar la cruz sobre los hombros a imitación del Maestro, de sufrir en este valle de lágrimas, se le dice eso de ¡quién volviera a ser joven! No puede sino esbozar una mueca.

Es lógico. Recordemos al corredor de maratón del capítulo anterior. También el peregrino que hace el Camino de Santiago y que está a las puertas de Galicia, no envidia al que está en Roncesvalles. El soldado que está cerca de licenciarse no envidia al recluta. El obrero que termina su turno no se cambiaba por quien le releva.

La vida no es sino un lento peregrinar hacia Dios, nuestro destino natural. Allí nos espera el descanso sin medida, la recompensa eterna, el maná divino, el premio celestial, la riqueza colmada, el gozo perpetuo, la finalización definitiva de los sufrimientos terrenales y la exaltación infinita de los goces.

¿Cómo no estar ansiosos por llegar? No puede ser sino insensatez o locura el querer demorar su posesión cuando ya se le tiene a tiro de piedra, cuando ya se le está casi rozando con los dedos...

Vuelven de nuevo a mi mente las palabras de San Agustín: «Nos hiciste Señor para Ti, y nuestra alma no descansará hasta que repose en Ti».

Así sea Señor, permítenos consumir y arrasar nuestras vidas en el servicio al prójimo para que cual viñador nos recojas como al fruto maduro, en nuestra madurez y plenitud, y podamos descargar en tus manos todas nuestras buenas obras.

La esclavitud del miedo

Decía en el capítulo anterior que el ateo tiene miedo a la muerte. Bueno, puede que sí, pero en realidad a lo que tiene miedo de verdad es a la vida. Miedo a no aprovecharla convenientemente. Miedo a ser un fracasado, a no alcanzar esto o aquello, o a perder lo que ya tiene.

El pobre teme que vayan pasando los días y no salga de su pobreza. Teme morir abrazado a la misma miseria de siempre, o a perder lo poco que ya tiene.

El rico teme aún más. Teme perder el dinero, el status, la salud, la libertad, los placeres que sostienen su vida.

El temor y el miedo dominan el horizonte del ateo desde el principio al fin de su vida, desde el amanecer de cada día hasta el anochecer.

El cristiano en cambio, es LIBRE. Si, libre con mayúsculas, pues no tiene nada que perder, sino TODO por ganar.

Es libre por mucho que se crean los ateos que no lo es, que los libres son ellos, cuando es al contrario.

El ateo piensa que el cristiano no es libre, pues tiene mandamientos y reglas que le impiden hacer ciertas cosas. Pero en realidad los mandamientos no son sino garantías de libertad, pues impiden precisamente las conductas esclavizantes.

El único miedo que puede tener el cristiano es al pecado. Pero el pecado no le hará daño si él no lo quiere. Tan sencillo como eso. Nadie puede temer que un perro encadenado le muerda, pues es tan simple como no acercarse a él.

Los miedos del ateo, sin embargo, sobrepasan sus capacidades de control.

Darío

Hace algún tiempo, en un restaurante, oí a una señora que llamaba a su hijo: ¡Darío!, ¡Darío!...

Según parece, el niño estaba haciendo alguna travesura, y su madre le vociferaba ostensiblemente.

Me molestó quizá el escándalo que estaba dando la señora en cuestión, y también por que no decirlo, la falta de educación y de tacto que emanaba de todo el asunto.

Engreído por una pretendida superioridad intelectual, y al constatar que la señora exhibía ciertamente pocas dotes de poseer algún conocimiento académico, pensé: ¿sabrás acaso esta mujer quien fue Darío?

Pero inmediatamente recapacité y discurrí más o menos en estos términos:

«Probablemente no sepa quien fue Darío, o como mucho, sabrá que fue un rey de cierto país llamado Persia. Pero bueno, ¿y qué? ¿Soy yo superior a ella por saberme la vida y obra del rey Darío? ¿Acaso no hay otros que saben mucho más que yo de esto y de muchas otras cosas, y a cuyo lado soy yo menos que esta mujer lo es de mí?».

«Seguramente ella tendrá cualidades que yo no tengo, y que probablemente yo no tenga nunca. Seguramente que, como madre, es capaz de desarrollar una ternura y un desprendimiento hacia su hijo que pocos padres pueden llegar a tener. Seguramente, en fin, no sabrá quien fue Darío, pero quizá sabe mejor que yo (seguramente) como cuidar, atender y tener paciencia con un niño, virtud que a mí me falta».

Toda esta cura de humildad realicé en un instante, y al final he de reconocer que le he de estar agradecido, no sólo por espabilarme, sino también por darme pie a escribir este capítulo.

Pero sigamos filosofando un poco más.

Ciertamente, es bueno conocer los acontecimientos del pasado. Saber lo que significó un personaje clave de la historia en el devenir de los acontecimientos y en la vida de las personas es importante para tomar conciencia de nosotros mismos, y además, todo saber edifica al ser humano.

Pero, ¿realmente es algo tan vital? ¿Es más importante tener conocimientos que tener caridad? ¿De qué le valió por ejemplo al mismo Darío ser uno de los más grandes reyes del imperio persa, y por ende de la antigüedad? ¿Qué clase de tesoro es ese a la hora de presentarlo a Dios el día de dar cuentas?

¿No habría preferido el mismo Darío presentarle al Todopoderoso una vida de reclusión en el anonimato de la más profunda y oscura celda de un monasterio medieval donde todos los días de su vida hubiera estado rezando por sus semejantes?

Ciertamente que ser rey, por sí mismo, no es una de las cosas que forme «curriculum» a la hora de presentar nuestra candidatura al paraíso.

En definitiva, los conocimientos por sí solos no son motivo de orgullo para una persona.

De nada vale tener mucha cultura si ésta nos constituye en personas engreídas y jactantes. Es más, nos perjudica si ese es el caso.

Hay que aprovechar los conocimientos para invertirlos en mejorar la vida espiritual y material de las personas, para construir un mundo digno y para que se beneficien nuestros semejantes.

Si se obra de esta forma, sí se puede estar orgulloso, y con razón, de ese saber.

Más sobre la fe

La fe es un don de Dios. De eso no hay duda. No se puede obtener de la noche a la mañana. Es una virtud diferente a las demás, en el sentido de que no basta con querer tenerla, como sucede en el caso de la esperanza, de la piedad o del amor.

Es necesario, además, que Dios nos la quiera dar.

¿Significa esto que somos impotentes por nosotros mismos de obtener la fe?
¿Hemos de resignarnos pues, a la arbitrariedad caprichosa de Dios?

Designar la obtención de fe como una arbitrariedad caprichosa de Dios es ir demasiado lejos. Porque Dios no es arbitrario ni caprichoso, sino todo lo contrario.

Dios es un ser bondadoso y vulnerable, que tiene si se me permite, su «talón de Aquiles». Un flanco por el cual se le puede uno ganar para sí: la oración. La oración es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios.

Una oración consecuente con el modo de vida, que en sí mismo sea pura oración. Una oración como esta, cargada de amor, tiene garantías TOTALES de no ser desatendida.

El problema para el descreído es llegar a esta fase. Pero nada es imposible.

La fe es una de esas cosas que si se practican desde la infancia se ejercitan mejor. Siempre será mejor nadador el que aprendió a nadar siendo un bebé, y lo practicó durante su infancia, que el que partió de cero con cuarenta años cumplidos.

Por eso es tan importante la educación de la fe en la familia.

Aunque nunca es tarde si uno cuenta con la ayuda de sí mismo y con la oración (suya o de otros).

Muchos ateos, en el fondo, envidian a los creyentes. Pues nosotros gozamos de una felicidad que ellos no tienen. Muchos quisieran tener fe, pero tienen otras necesidades en su corazón que se lo impiden, y que son incompatibles con Dios. Desean tener a Dios y «demás» todo lo que no es Dios. No se dan cuenta de que tienen el corazón tupido de banalidades y Dios ya no cabe.

Si tienes un cofre lleno de cobre no puedes pretender tener además del cobre oro en el mismo cofre, pues ya está lleno de cobre, y no cabe nada más. Has de deshacerte del cobre, y después, llenarlo de oro. El problema de esta gente es que tienen la falsa idea de que el cobre vale tanto o más que el oro.

Sin embargo, es muy fácil descubrir la falsedad de este axioma. Tan sólo hay que observar un poco la vida y los caprichos del azar, para darse cuenta.

Los placeres y los gozos en los que el hombre de hoy pone la felicidad no son más que un soplo. Hoy los tienes, mañana puede que no. La fortuna puede cambiar de la noche a la mañana, mientras que Dios está siempre ahí, inalterable.

Hay que darse cuenta que la felicidad no consiste en tener lo que se quiere, sino en querer lo que se tiene. Simplemente.

La mayoría de las personas vive una vida muy cercana al ideal evangélico. La práctica totalidad de sus días se desarrollan como los de cualquier otro creyente. ¿Qué te cuesta pues, hacer un poquito más de esfuerzo y desechar las envidias, los rencores, los orgullos, y ser más humilde? Saldremos ganando todos, y te sentirás más a gusto contigo mismo, y los demás también contigo.

Ante la gran pregunta de la eternidad no merece la pena arriesgarse. Seamos prácticos. Aunque sea por puro interés al principio. Cualquier vía de acercamiento es válida cuando se busca semejante meta, cuando la recompensa es tan grande. La fe llegará después. Basta con proponérselo.

Ya sé que al principio es difícil, y que se nos torna casi imposible.

Pero eso mismo debieron pensar esos pintores que, mutilados, decidieron coger el pincel con la boca o con los pies. Efectivamente debieron pensar que era imposible, que nunca llegarían a nada, y muchos seguramente abandonaron.

Pero la voluntad humana es una de las fuerzas más imponentes de universo, y muchos de esos pintores dijeron: bueno, si unos pueden ¿porqué yo no? Y así consiguieron hacer grandes cuadros.

Pues la fe en muchos casos responde al mismo esquema.

Al principio te costará orar. Tu ego, azuzado por el diablo te dirá: «estoy hablando sólo, esto no sirve para nada». Y una y mil veces querrás abandonar. Pero no se construyó Roma en un día.

¡Paciencia! Ten perseverancia. ¡Por favor! ¡No lo dejes! El tiempo corre a tu favor. Cada minuto que inviertes en la oración te quedan menos para alcanzar la fe.

Y, aunque tú no lo veas, hay toda una legión de almas que está contigo, ayudándote, rezando contigo y por tí. Es una gente convencida, ilusionada, esperanzada. Y convencida también de que al final serás uno de los nuestros.

El escándalo de los pecados

Una señora me comentó recientemente, mientras aludía a otro asunto, que ella no estuvo casada cuando vivió con su pareja. Me manifestó su sorpresa, cuando yo, (sabiendo ella que yo era cristiano) no me escandalicé, sino que seguí la conversación como si tal cosa.

Efectivamente, no exterioricé ninguna reacción, pues ese es el talante que exaspera a los tibios y dudosos, y que en definitiva ha hecho perder muchas ovejas del rebaño.

Pero es que además, ¿se escandaliza acaso un médico de ver al enfermo, por muy grave que esté? Antes bien, ¿no se preocupa si cabe más por él y le prodiga más cuidados, que a los que tienen mejor salud? Y ¿no es el pecado una enfermedad del alma? ¿Acaso no tenemos los cristianos la obligación de procurar el bien a nuestro prójimo? ¿Pues qué mejor bien podemos ofrecerle que curar sus males y sus enfermedades?

Deberíamos estar más próximos a los pecadores que procurarnos la compañía de nuestros adeptos.

¡Pero qué aberración! (dirán). ¡Un hombre de Dios, mezclándose con los ateos, con los delincuentes, con las prostitutas!...

¡Fariseísmo! ¿Acaso nuestro Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios Padre Todopoderoso no se mezcló con las prostitutas y los publicanos, y fue crucificado entre ladrones? ¿Quién soy yo entonces para procurarme mejores compañías? «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos» (Lc 5, 31).

El buen pastor deja abandonadas las noventa y nueve ovejas del redil y se va tras la oveja descarriada... (Lc 15, 4).

Y es que de esto se deduce que Dios está más próximo de los pecadores (de los necesitados, mejor dicho), que de los justos.

Pues si bien el cuerpo es perecedero y el alma es inmortal, ¿No es acaso más grave la enfermedad del alma que la del cuerpo? ¿Pues cómo entonces no va a procurar Dios con más esmero la curación de los pecadores que la sanación de los justos?

Pero esto no significa, como dicen algunos protestantes, que para estar próximo a Dios hace falta ser un pecador. El que se hace pecador se aproxima a ese perro atado que sólo muerde cuando te acercas a él. La libertad humana es pues un riesgo que controla la razón, pero la razón en el tiempo está sujeta a la carne, y ya se sabe que la carne es débil. Cualquier resbalón, y ¡zas!, te morderá el perro.

El justo sin embargo, está próximo a Dios «per sé». Aunque insisto, ninguna seguridad es absoluta. El diablo no tienta a los pecadores, pues ya los tiene para sí, sino a los justos, para ver si les puede ganar.

Igual hace Dios, pero al contrario, va tras los pecadores para intentar salvarles del abismo y de la infelicidad eterna.

Respuestas rápidas a preguntas cortas

- En pocas palabras, ¿qué me dirías para convencerme?

Pues te diría que no tienes nada que perder, y mucho que ganar.

- Bueno, eso de que no tengo nada que perder... Perdería lo mucho que me divierto con mis borracheras, con mis orgías, cuando me atiborro de comida y de dulces...

Falso. La religión te libra de las esclavitudes materiales como esas, pues de sobra sabes, que a pesar de esos momentos breves de placer, en el fondo sigues insatisfecho, y buscas rellenar el vacío de tu vida. Estás buscando la felicidad en el «tener», y ese camino no tiene meta, puesto que no existe. Has de buscar la felicidad en el «ser».

- Si, pero ¿no puedo simultanear ambas cosas?

Imposible. El apego a lo material es contrario a la vida espiritual. Es como querer encender un fuego en el fondo del mar. Es incompatible el agua con el fuego, lo material con lo espiritual. Además la sensación de llenado y de plenitud espiritual que se obtiene en la religión sobrepasa, supera a la sensación que provocan las cosas materiales. La necesidad de lo material va cediendo paulatinamente. Se prescinde de ello instantáneamente, inconscientemente.

- ¿Dónde puedo practicar la virtud?

El sitio más idóneo es un monasterio. Allí se dan las condiciones óptimas para ello. En el mundo, también es posible, pero es más difícil. Es como intentar estudiar para un examen en una discoteca. Es muy difícil no distraerse.

Pero ojo, no es imposible. Muchos somos los que «estudiamos en la discoteca» y sabemos abstraernos.

Un amigo me comentaba que una de las mayores dificultades a la hora de aprobar el examen para obtener el carnet de conducir, radicaba en que se hace «en vivo». Se hace en un escenario real, con tráfico real. Uno puede estar haciéndolo muy bien, pero los otros conductores te lo pueden poner difícil, a veces sin querer.

Efectivamente, le dije, ¡qué fácil sería si estuvieras tú solo en la carretera!

No es lo mismo nadar en una piscina que nadar en un mar embravecido. No es lo mismo nadar desnudo que llevar puesto un abrigo de paño y zapatos.

El monasterio, sin embargo, es el recinto idóneo. Uno depende de sí mismo, no tiene influencias externas y es más difícil pecar.

- Y, ¿quién tiene más mérito, el que llega a la meta por el camino del mundo, o el que lo hace por el camino del monacato?

La respuesta a esta pregunta la encontrarás en tu propia vida.

El utilitarismo

Seguimos con las preguntas. Esta vez es la siguiente:

- ¿Qué es la evangelización?

La evangelización es uno de los cometidos más importantes que tenemos los cristianos.

Se trata de propagar a Cristo, de anunciar a todos los hombres el Evangelio, que es la buena nueva, la noticia más trascendental de la Historia, que consiste en que Jesucristo ha resucitado, que nos ha rescatado de las tinieblas en las que estaba sumida la humanidad, y que su resurrección predispone la nuestra.

Dios nos está diciendo por medio de la resurrección de su Hijo que hay un camino, que la puerta está abierta, y nos invita a pasar.

- Pero pasar, ¿a dónde?

Pasar al paraíso, a la eternidad feliz, a la felicidad eterna y bienaventurada, a la rica mesa colmada de dicha del banquete celestial.

- ¿Y cual es el precio de tan fabulosa riqueza?

Pues el precio de tan inmensa grandeza, de tan copiosa abundancia, de tan fastuosa, espléndida e inconmensurable superlatividad es el siguiente: No existe tal precio, ¡¡es gratis!!

Efectivamente, es gratis. Dios en su infinita magnanimidad se nos ofrece benévolamente en toda su plenitud y se nos entrega TODO.

Tan sólo hace falta un requisito por nuestra parte: que nos lo creamos. Que nos creamos que alguien como Dios nos quiere entregar semejante premio, sin pedir nada a cambio, sin nosotros merecerlo. Porque efectivamente no lo merecemos, pues se lo rechazamos una y otra vez.

¿Cómo te sentirías si a alguien a quien le ofreces sinceramente lo mejor de tu casa, en lugar de aceptarlo o de reconocerte al menos como persona sumamente desprendida y digna de todo elogio, como te sentirías digo, si en lugar de eso te lo arroja a la cara y te llama embustero mientras te da un bofetón?

Ciertamente que te sentirías muy mal, y probablemente no volveras a ofrecérselo nunca más. Pero Dios sí. Lo sigue ofreciendo una y otra vez y lo da con mucho gusto, como si fuera la primera vez. Aunque sólo sea al final de tu vida cuando en la última pregunta te dice ¿bueno, lo quieres sí o no? y tu dices «sí».

Qué poco cuesta Dios mío, qué poco cuesta. La felicidad eterna está al alcance de la mano, y nuestra extrema vagancia nos impide alargar el brazo y cogerla.

- Bueno, no es vagancia, tal vez sea incredulidad.

Vale, pues aún así, repito, no cuesta nada alargar el brazo y comprobar si eso que se nos ofrece es real o no. Y alargar el brazo significa llevar una vida religiosa y creyente.

No cuesta nada llevar esa vida (cuesta menos y es más llevadera que llevar la vida contraria), y la recompensa es enorme.

- Entonces, ¿quieres decir que la religión es simplemente un utilitarismo, una pretensión egoísta de obtener una recompensa?

No. Eso sería así si yo lo hiciera sin amor, si lo hiciera fría y calculadamente, sin apego alguno a los instrumentos que Dios pone en nuestras manos para nuestra santificación. Vamos, seríamos como los antiguos fariseos.

Sin embargo, esta actuación puede ser válida al principio, sino encontramos ningún otro motivo para adherirnos a la fe. Si ninguno de los argumentos poderosos que emanan de la persona que nos intenta evangelizar han triunfado en nuestro caso. («Si no pecas por amor a Dios, hazlo al menos por temor al infierno»; solían decir los antiguos sacerdotes).

Pero a buen seguro que quien comienza a andar en el camino de la luz no permanecerá en tinieblas por mucho tiempo. Porque si bien es simplemente un convencimiento racional el que al principio le impulsa a andar, no tardará mucho tiempo en imbuirse de la luz, de la radiante fragancia que emana de las profundidades de la religión, y por ende de Dios.

Es como no salir limpio tras darse un baño con agua y jabón, como no oler a perfume cuando uno se lo aplica, como manejar el fuego y no quemarse. Es inevitable.

Del Evangelio emana una frescura, un amor, un candor y un fervor, que es imposible sustraerse a él. Es imposible no experimentarlo, no sentirlo, no perfeccionarlo por pura iniciativa sensible (no racional ahora) cuando uno se imbuje lo suficientemente en él.

La prevalencia de las normas

Si tuviéramos que definir con una única palabra a la religión cristiana, creo sin duda alguna que esta palabra sería la palabra «amor». Otras palabras se podrían añadir a continuación como por ejemplo «sacrificio», «humildad», «bondad»... Pero si me exigieran decir una, y sólo una, esa sería AMOR: Amor de Dios para con nosotros, amor de nosotros para con Él. Amor de nosotros para con nosotros.

Efectivamente, nuestra religión es la religión del amor.

Ya dice El Señor en el Evangelio, «Amaos los unos a los otros. En eso reconocerán que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros» (Juan 13, 34-35).

San Agustín condensó si cabe aún más los mandamientos cuando dejó escrito eso de «Ama y haz lo que quieras».

El reinado del amor superpone todas las cosas a este principio. No hay nada más importante que el amor, y por amor se prescinde de hacer otras cosas, incluso preceptos religiosos.

Al igual que en las normas de tráfico una señal luminosa prevalece en caso de discrepancia con una marca dibujada, y aquella a su vez deja su paso ante un guardia regulador, también en el plano religioso hay principios fundamentales que, en caso de duda, se superponen a otros.

Y es que no debemos ser esclavos fanáticos de las normas hasta las últimas consecuencias. Nuestra religión no nos aliena, no es como una secta donde todo está regulado al milímetro, donde todo se corta con un patrón estándar y donde se tiene obediencia ciega a un código articulado escrito en un libro.

El único patrón estándar, la única norma ineludible y suprema, es el amor. No hay nada más grande y más absoluto.

Nosotros no somos esclavos de las normas en el sentido en que éstas lo eran para un judío antiguo. «No se hizo el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre» (Mc 2, 27). O, en otras palabras, no se hizo el hombre para servir a las

normas, sino que fueron las normas las que se hicieron para servir al hombre, para ayudarlo y darle luz.

Por eso, a diferencia de otras religiones, en la nuestra nunca se han ofrecido sacrificios humanos. El hombre está por encima de todo y todo se supedita a él. Sólo Dios tiene la suprema potestad para dar o para quitar.

Dios no nos exige sacrificar a un ser querido para aplacar su ira, ó para cumplir una norma. El sacrificio que Dios nos exige es, en cambio el desprendimiento de las cosas materiales, de los afectos desordenados que no tienen nada que ver con el amor, y que nos impiden caminar hacia Él.

Dios no nos obliga a abandonar a una persona que nos necesita para ir a Misa y así cumplir su precepto. En absoluto. Las personas son antes que las normas. Precisamente el amor que despliegas ante esa persona enferma o necesitada al quedarte con él porque te necesita, es más agradable a Dios que el compartir la fracción del pan con los otros hermanos, a pesar de lo utilísimo y meritorio que resulta el santo sacrificio de la Eucaristía.

En este ejemplo se ve claramente la prevalencia de unos principios generales respecto a una norma particular. Siempre bien entendida, y sin generalidades, sino aplicando el sentido común a cada situación. Todo bajo la atenta mirada del amor y de la caridad.

Y es que el propio Evangelio lo dice, pues ¿cómo abandonar a una persona que te necesita, cómo dañar o escandalizar a aquél que depende de ti? «Quien escandalizare a uno de estos mis pequeños...» (Lucas 17, 1-2). O esta otra sentencia, «Lo que hicisteis con los necesitados, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 45).

¿Pues entonces qué? La persona que se ve en el dilema de elegir entre cuidar ó atender a otra, en definitiva amar al prójimo por un lado, y entre cumplir una norma eclesíastica por otro se ve ante una encrucijada en la que cualquier opción tomada significaría, a priori, algo así como besar a Dios en una mejilla y abofetearle en la otra.

En estas ocasiones, la persona ha de examinarse primero de amor. Y según la calificación obtenida, actuar en consecuencia. Así de simple. No podría ser de otra manera. No somos fanáticos integristas.

El problema está muchas veces en la falta de claridad con que se ven ciertas cosas, y en cual es el límite de la prevalencia. Por eso en no pocas ocasiones se debe acudir a un confesor. Ellos sin duda alguna te asesorarán y te mostrarán el camino a seguir, y no por interés partidista, sino siguiendo el dictamen juicioso de un mayor conocimiento y experiencia, siempre bajo la atenta mirada del amor de Dios para con nosotros.

La suprema tentación

Jesucristo tuvo tentaciones en su vida. Quizá las más conocidas son sin duda las que tuvo cuando ayunó durante cuarenta días en el desierto. Pero sin embargo las más duras de soportar, fueron las que debió tener en los momentos próximos a su muerte. Y entre ellas sobre todo la de bajarse de la cruz, la de finalizar su martirio.

Efectivamente, he aquí la grandeza del sufrimiento de Cristo. ¿Quién duda de que Él tuviese poder suficiente para bajarse de la cruz, o para fulminar a todos sus verdugos, o incluso para aliviar su sufrimiento? Pero no; Él perseveró. Hasta el punto de morir de dolor, de morir por nosotros, pues de esa forma consiguió la Redención del género humano.

Si Cristo se hubiera bajado de la cruz, haciendo uso de su filiación divina, hubiera echado por tierra todo el propósito de la Encarnación.

Si Dios se hizo hombre, fue para aceptar todas las consecuencias que emanan de esa naturaleza humana, incluido lógicamente, el dolor, el sufrimiento carnal y la muerte.

Alguien podrá objetar que el sufrimiento de Jesús no fue tanto, ya que Él era Dios. No hay que olvidar que Él era Dios, sí, pero también hombre. Y no mitad y mitad, sino hombre completo y Dios completo. Es decir, experimentaba en toda su plenitud las dos naturalezas.

Por tanto Jesús no sólo sufrió como un hombre cualquiera, sino que sufrió si cabe más, por la sencilla razón de que podía evitarlo, y aún así no lo hizo. Y no lo hizo a pesar de la gran tentación a cada momento, antes y durante su martirio, especialmente durante las tres horas que permaneció crucificado.

Para quien no entienda lo anterior, puedo citar tres ejemplos, sin ánimo de frivolar:

¿Acaso no es más difícil para quien está dejando de fumar el hecho de tener cerca a personas que fuman, máxime si éstas le ofrecen un cigarrillo? ¿No es más difícil cumplir con un régimen alimenticio si se tienen al alcance de la mano todo tipo de pasteles y viandas exquisitas? ¿No sería por el contrario más fácil si no se tuviera posibilidad alguna de obtenerlos? Y el último ejemplo, ¿no es acaso más difícil mantenerse casto y no cometer adulterio cuando se reciben toda clase de provocaciones?

Valoremos pues el mérito infinito de Cristo en su muerte de cruz, superior en todos los sentidos a cuantas de los hombres podamos imaginar.

Autopista hacia el cielo

Lo primero que se me viene a la cabeza al enunciar este título es aquella famosa serie de televisión interpretada por Michael Landon en la que un ángel bajaba a la tierra y ayudaba a los mortales. Pues un poco sobre eso voy a hablar ahora, aunque no exactamente sobre el mismo tema. Es decir, no voy a hablar de los «cables» que nos echa Dios en nuestra vida, sino de los caminos que Él nos pone para que caminemos por ellos hacia Él.

Hace unos días oí en la radio el testimonio de una monja de clausura. Era un testimonio sincero, profundo, lleno de verdades de peso irrefutable. Lamentablemente, el comentario que los invitados al programa hicieron sobre el mismo no fue tan intenso ni directo.

En aquel momento me hubiera gustado ser uno de los contertulios del programa para decir algo sobre la autopista hacia el cielo. Como no pudo ser en aquella ocasión, es por ello que lo referiré aquí.

Para mí la vida es un camino, una carretera que me conduce a Dios. Mi meta no es el camino en sí, sino el lugar al que este conduce. Es por tanto que debo elegir la vía adecuada, no sea que yerre el destino y no acabe donde yo quiero.

Muchos son los que toman el camino erróneo, pues no todos los caminos llevan a Roma como se suele decir, sino que algunos desembocan en un abismo. Otros sin embargo cogen la dirección correcta, pero no el camino idóneo. Avanzan pesadamente por caminos estrechos, serpenteantes y polvorientos, y a veces tienen la impresión de haber perdido el rumbo.

La vida monástica es ir por la autopista. Es abandonar los caminos de tierra y las carreteras comarcales, e incorporarse a la autopista, a la vía rápida, directa y segura. ¡Qué diferencia para un conductor es el ir por un camino pedregoso lleno de baches a ir por una autopista!

Pues así son los caminos de la vida. Aunque no nos confundamos, no sólo van por la autopista los monjes. Por la autopista van muchos tipos de vehículos. En nada se parece un camión a una moto, por ejemplo.

Por la autopista avanzan también los enfermos en coches de gran cilindrada, tanto más alta cuanto más grave y doliente es su enfermedad. Y los pobres, y los desamparados, y los desahuciados de la vida y de la sociedad, y los que sufren, y los que ofrecen su vida por los demás...

¡Oh Dios mío, concédeme a mí también avanzar por la autopista de la imitación de tu Hijo nuestro Señor Jesucristo, para que pueda llegar a tiempo al parto de la otra vida que llamamos muerte, cuando aún es de día!

La incomprensión de la fe

Es muy difícil obtener la fe partiendo de la nada; y mucho más en los tiempos modernos, donde todo parece tener explicación.

Sin embargo, la fe cristiana tiene una ventaja que no tienen las otras religiones. Consiste en el axioma filosófico de que los extremos se tocan. A partir de aquí, podemos deducir que cuanto más lejos se está de algo, cuanto más distante se está de una convicción, en realidad más cerca se está de ella, más próximo se está del convencimiento. Tan sólo es preciso un catalizador que fusione los extremos.

Y en nuestra religión, ese catalizador es la perplejidad, la suma paradoja de que Dios mismo nace pobre en un pajar para acabar obteniendo la más infame y humillante de las muertes. Los extremos se tocan, lo Inmenso se junta a lo ínfimo, lo Eterno a lo temporal, lo Excelso a lo ignominioso...

Si, los extremos se tocan, y están tan próximos, los tenemos tan delante de los ojos, que no los vemos. De la misma forma que no vemos la redondez de la tierra, aún estando sobre ella. O igual que creemos que estamos en la nada, cuando en realidad nos rodea una ingente masa de gaseosa que es el aire. Pero está tan cerca, estamos tan en ello, que creemos que no existe. Los extremos se tocan...

El poema «Te buscamos» que ya he reproducido anteriormente refleja metafóricamente pero certeramente este pensamiento. También la Biblia está llena de pasajes donde de una forma u otra se nos reitera este pensamiento.

Por ejemplo leemos en San Pablo: «Por eso me complazco en las debilidades, afrentas, necesidades, persecuciones y angustias por la causa de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2Cor 12, 10).

También nos dice Jesús en el Evangelio de San Marcos: «Los últimos serán los primeros» (Mc 10, 31).

Y es que Dios se esconde en lo pequeño, en lo humilde, en lo sencillo, en lo pobre, en lo simple, en lo que a primera vista nadie quiere.

Pero esa es precisamente la grandeza del cristianismo, la ventaja incomparable que desbanca y reduce a una mera pose a las demás religiones. Esa es la clave del éxito, el axioma final, la llave que abre todos los entendimientos y despeja todas las incógnitas. Los extremos se tocan...

La fe se pone a prueba en multitud de ocasiones. Los más firmes conversos ven desmoronarse sus certezas más absolutas. En el seno de la misma Iglesia hay disputas y muchas veces las tesis protestantes parecen más acertadas... Las vivencias de cada día destapan la fragilidad de los argumentos. Los ateos parecen tener razón...

Pero es en ese momento cuando más cerca estamos de la verdad, de la luz, de Dios. Sólo hay que alzar la vista y mirar. ¡Le tenemos delante! ¡¡Jesús está ahí!! Él es el signo de contradicción (Lc 2, 34), el Dios crucificado, la Verdad Absoluta junto a la negación más profunda. Los extremos se tocan...

Muchos se esfuerzan en buscar a Dios donde Él no está. Van a buscarle lejos, a mucha distancia, cuando en realidad le tienen en su propia casa. «No tengo nada» dicen, «soy un desgraciado».

Sin embargo todo hijo de Dios es afortunado, infinitamente afortunado, y con sólo alargar el brazo puede coger lo que le permite ser además, eternamente afortunado.

Si no tienes nada, no te afanes en buscar soluciones por caminos extraviados sino que simplemente mira delante de tí, y verás a Dios. Entonces abrázale y le tendrás para siempre. ¿Qué alegría hay mayor que esta? ¿Hay algo superior a lo que se pueda aspirar? Lo creado se une al creador. Los extremos se tocan una y otra vez, en este baile incesante, infinito y eterno.

La infravaloración de las personas

Hay mucha gente que experimenta la sensación de que su trabajo o actitud no es valorada. Podemos citar como ejemplos muy recurrentes a las amas de casa, los trabajadores explotados y mal pagados, los esposos o esposas contrariadas, y tantos otros. Es esta sin embargo una actitud que el cristiano de ninguna forma puede adoptar.

Sencillamente, por que como dice San Pablo en su carta a los corintios, «ya sea que comáis o bebáis, o que hagáis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1Cor 10, 31).

Osea, hemos de hacernos a la idea, de que todos nuestros actos, nuestros desvelos, nuestros trabajos y preocupaciones los hacemos por Dios y para Dios.

Por tanto poco ha de importarnos que los demás (quienes aunque parezca lo contrario no son los destinatarios de nuestros quehaceres y esfuerzos) nos los valoren o no.

Así pues, si lo que hacemos lo hacemos para Dios, hemos de plantearnos a los demás como meros instrumentos o intermediarios a través de los cuales fluye nuestra labor hacia el Altísimo.

Es como si un viajero va por una carretera hacia una localidad que casualmente a medio camino ha de pasar por el centro de un pueblo. Cualquier observador podría decir «viaja hacia ese pueblo». Y ciertamente que no estaría equivocado, pues va en esa dirección. Pero su destino final, su objetivo no es ese. De suerte

que si por un casual el citado pueblo desapareciese del recorrido, el conductor en absoluto se vería afectado en su ruta.

Partiendo de este planteamiento, ¿qué nos importa el agradecimiento del intermediario, cuando el agradecimiento realmente importante es el del destinatario? ¿Y acaso no es el Destinatario quien de verdad sabe hasta el último de nuestros esfuerzos y méritos, y es el Único capaz de recompensar con la medida colmada?

Es como si alguien manda un ramo de flores a un amigo a través de un mensajero. Ciertamente que si el mensajero nos alaba el ramo nos gustará (no vamos a negarlo) pero realmente el halago que esperamos es el del amigo.

Buen ejemplo de todo esto nos dan los monjes y monjas. ¡Toda una vida dedicada a Dios! Cada minuto, cada obra, cada acción, cada pensamiento, cada palabra, cada oración, sin salir de los muros de un monasterio, sin que nadie agradezca ni alabe nada. ¡Y sin intermediarios!

Están locos, pensarán muchos. Pero, ¿no seremos nosotros los locos? ¿Acaso no es de locos buscar y procurar la alabanza y el reconocimiento del ser inferior, cuando se tiene al alcance de la mano el elogio y el premio del Ser Superior?

Y además un elogio de verdad, sin injusticias, sin arbitrariedades, sin cinismo, sin hipocresías.

Es buscar una recompensa exigua, limitada, intrascendente, irrelevante (y eso cuando nos la dan) cuando a la vuelta de la esquina tenemos el «premio gordo», eterno, inmenso y trascendente.

Oración

Concédenos Señor, a todos los que caminamos por el oscuro firmamento de la noche terrenal y que avanzamos en pos de ese punto luminoso que débilmente se vislumbra en el horizonte, concédenos digo, que finalmente lleguemos a él, y podamos gozar de la absoluta claridad de la eternidad gloriosa.

Pues Señor, la vida sin Ti no es sino la oscuridad total de la noche, donde se ubican ciertas alegrías, aquí y allá que son las estrellas. ¡Qué diferente cuando estás Tú, Señor! Pues eres el Sol incandescente que eclipsa y hace desaparecer a todas las estrellas, anegando el firmamento de luz y claridad.

Protégenos cuando avanzamos a través de los caminos oscuros, de las sendas tenebrosas, de las travesías heladas y escarpadas que avanzan por la fría incertidumbre. Condúcenos hacia el universo esclarecido de luz que está al final de todas las dudas.

Sólo Tú puedes Señor. Sólo Tú eres capaz de guiarnos, de dirigirnos, de iluminarnos, de poner la mano cuando el suelo falla ante nuestros pies; de decirnos con el corazón que nuestra forma de vida es correcta o está equivocada.

¡No te olvides de nosotros, Señor! Míranos con compasión ¡Oh Tú Altísimo!
¿Quién Señor sino Tú para satisfacer nuestras necesidades, para colmar nuestros anhelos?

Pues estamos aquí abajo arrastrándonos pesadamente por los tortuosos caminos de la vida. Masticando el polvo de la desolación, comiendo la hiel de la amargura, inhalando el rumor de la desesperanza... Y suspirando por Ti.

Infunde en nuestros corazones Señor, la esperanza certera de tu presencia consoladora en el momento presente, y dignate aceptarnos en tu eternidad infinita donde nunca más nos apartemos de tu calor paternal. Amén.

Solidaridad

Es esta una palabra muy de moda. Todos nos sentimos solidarios con los marginados, con el Tercer Mundo, con los trabajadores despedidos, con las mujeres discriminadas... Nos solidarizamos también contra la explotación de los niños, contra el hambre en el mundo, etc.

Esto está muy bien, pero... ¿y qué más? ¿Hago algo además de decir que «soy solidario»?

Lamentablemente esta palabra no significa para la mayoría de nosotros más que una simple declaración de intenciones, una posición sentimental que nos sitúa afectivamente al lado de aquellos a quienes se refiere. Pero que no va más allá de su pronunciación verbal y por tanto no mueve nuestros corazones hacia un acto concreto.

Y es que resulta que los datos relativos a las desigualdades del mundo son espeluznantes. Se dice que el 20% de las personas en el mundo poseen el 80% de la riqueza mundial y que sólo una de cada cuatro personas tiene un nivel de vida digno. Y un nivel de vida digno significa tener un sitio donde dormir, vestido y alimentos en el refrigerador, nada más (¡y nada menos!).

Ante esta perspectiva, el cristiano no puede permanecer indiferente, no puede simplemente «solidarizarse», sino más bien COMPROMETERSE.

«Si, pero ¿qué puedo hacer yo para cambiar el mundo? Por mucho que aporte todo va a seguir igual...»

Bueno, sí, pero aunque un grano no hace granero, ayuda al compañero. Todos hemos de aportar nuestro granito de arena, porque aunque sea el único, y los

demás no hagan nada, al menos habremos cumplido con nuestro deber humano y cristiano, y habremos hecho un bien infinito a nuestras almas de cara a su salvación.

No olvidemos que quien ayuda a los necesitados está ayudando al propio Jesucristo personificado en ellos.

Aún así, no nos debemos quedar en el mero planteamiento egoísta de nuestra salvación. Siquiera como agradecimiento a Dios, hemos de ayudar a los demás.

Ya que la varita mágica de la fortuna ha querido que tú seas el elegido de entre esos cuatro (o si tienes estudios superiores o un ordenador, el elegido de entre otros cien que no tienen) muestra pues tu agradecimiento a la Providencia mediante el servicio que a ella más le agrada.

Dicen algunas teorías existencialistas que las almas existen desde siempre. Nosotros los cristianos decimos sin embargo que estas fueron creadas por Dios, aunque eso sí, son inmortales. Tienen principio pero no final.

Pues bien, supongamos por un momento que tengan razón los que dicen que las almas no tienen principio ni final. En ese caso pongámonos en el supremo momento de la encarnación en un cuerpo, cuando de un grupo de 10 almas separan a una y le dicen:

«Vas a tener una vida en la que no te va a faltar nunca de comer; cuando enfermes serás tratado por médicos de forma oportuna y eficaz; vivirás en una casa con calefacción, tendrás un número variado de prendas de vestir, y gozarás de una libertad más que razonable. De las otras nueve almas, tú, al tener todo esto serás la más privilegiada, pues ninguna tendrá todas las cosas que tu tendrás, es más, cinco de las otras almas carecerán de todas las cosas que a ti se te ofrecen. Pero la condición es que dediques parte de tu tiempo libre a ayudar a esas otras almas a aliviarles su sufrimiento».

Si se nos hubiera dado esta ocasión, ¿acaso no habiéramos aceptado el trato encantados, es más nos parecería poco el precio comparado con semejantes ganancias? Entonces, ¿Por qué ahora nos cuesta tanto movernos por ellas? ¿Qué trabajo nos cuesta reaccionar como si se nos hubiera dado el caso que acabo de relatar?

Estamos tan aferrados a nuestras comodidades, que no echamos la vista atrás; y atrás lo que hay es una legión inmensa de necesitados que gimen con dolores de parto. ¿Y que hacemos nosotros? Simplemente nos tapamos nuestros oídos para no oír los aldabonazos que de forma desbocada golpean la puerta de nuestro corazón.

Cuando el ruido es ya ensordecedor, quizá damos una limosna; quizá ingresamos algún dinero en una cuenta corriente que se ha abierto para paliar los efectos de

una catástrofe, y con eso creemos que ya somos herederos del cielo. Los más avanzados quizá domicilian un recibo mensual de colaboración con una ONG...

Es la solidaridad de mando a distancia. Todo lo que hago por los demás es ir a un banco a desprenderme de lo que me sobra, tras quedarme con lo necesario para costearme mis escandalosas comodidades.

Se me objetará: «Pero hombre, ¿cómo puedes hablar así de esas personas que desinteresadamente dan algo, cuando hay tantos que no dan nada?».

Pues recordemos este pasaje del Evangelio de San Lucas:

«Alzando la mirada, [Jesús] vio a unos ricos que echaban sus donativos en el arca del Tesoro; vio también a una viuda pobre que echaba allí dos moneditas, y dijo: "De verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos. Porque todos éstos han echado como donativo de lo que les sobraba, ésta en cambio ha echado de lo que necesitaba, todo cuanto tenía para vivir"» (Lc 21, 1-4).

¿A quién elogió Jesús? A la viuda, pues dio todo lo que tenía. Y dar todo lo que uno tiene no significa sólo dar dinero. Significa darse a sí mismo.

Colaborar económicamente es una forma «a distancia» de ayudar, de no comprometerse. Si das una limosna estás dando tu dinero, pero no te estás dando a ti. Si puedes hacer algo más, hazlo. La limosna es útil, pero no basta.

Hay muchas formas de colaborar personalmente. Cierto es que no todo el mundo sirve para coger una mochila e irse a las selvas del Congo. Pero ahí, al lado de casa, a la vuelta de la esquina hay muchas personas que sufren.

Todas ellas te están esperando. Están esperando que salgas de tu comodidad placentera y egoísta y las eches una mano. Jesús está ahí afuera en el invierno, tiritando, hambriento, y te pide algo de pan.

Corre pues a su encuentro, y abrázale con gozo. Sólo así descubrirás la verdadera felicidad. Te lo garantizo.

Sobre mitos y leyendas

Uno de los muchos motivos que llevan al hombre de hoy al ateísmo, es la explicación científica de los misterios de la naturaleza.

Es cierto que antiguamente era más fácil creer en Dios, ya que lo inexplicable se le atribuía a Él. Pero hoy en día quedan ya pocas cosas inexplicables y donde antes la respuesta era Dios, hoy la respuesta es una fórmula física o química.

Por eso muchos hoy en día se mofan de historias como la de la costilla de Adán, la creación del mundo en seis días y tantas y tantas historias que emanan sobre todo del Antiguo Testamento.

Hay una bonita tradición basada en la aparición de la Virgen del Carmen a San Simón Stock. Es la base del llamado «Privilegio Sabatino». La Virgen prometió a San Simón Stock que todo el que observare los mandamientos y llevase fielmente el Escapulario, obtendría la Perseverancia Final. Y además sería sacado del purgatorio por la Virgen si allí fuere, el primer sábado después de su muerte.

Muchos se mofarán de esto. Y dirán además: ¿Pero es que en la eternidad existen los días de la semana? ¿Cómo se puede hablar de tiempo en el no-tiempo?

Pues bien, Dios se vale muchas veces de estas cosas para explicarnos lo que para nosotros es inexplicable.

Por ejemplo, ¿cómo hablarle a uno que es ciego de nacimiento sobre lo que es el color? Seguramente emplearíamos metáforas de lo más absurdo, pero que sin duda guardarían relación con lo que se quiere explicar.

Pues esa relación es la que hay que sacar de esas historias, aunque a veces cueste encontrarlas. Y no olvidemos lo esencial que en todo resulta la fe.

Sí, la fe ciega a veces. La misma fe que tiene el negrito del trópico cuando un misionero al que respeta y en quien confía, le dice que en algunos sitios donde hace mucho frío, el agua se pone tan dura que hasta se puede caminar sobre ella. Increíble para él, realidad sin embargo.

Jesucristo, único mediador

Ciertamente. Afirmación exacta, esta del título. Pero entonces, ¿qué papel juegan la Virgen y los Santos? ¿Son válidas las oraciones que hacemos a estas personas?

Jesús es el único mediador. ¿Pero mediador entre quién? Jesucristo es mediador entre Dios y los hombres, como afirma San Pablo y el Evangelio. «Nadie va al Padre sino por mí» (Juan 14, 6).

Pero el sentido de «mediación», llamémoslo así, de la Virgen y de los Santos, no usurpa de ningún modo las funciones de Cristo. La Virgen y los Santos, no suplantán a Jesucristo. Cuando nosotros les invocamos, no les pedimos «sálvanos» o «ten piedad» o «perdónanos», sino más bien «ruega a Dios por nosotros», o «obtén de Jesús tal gracia o aquel favor».

Son peticiones muy diferentes. Pero aún así alguien podría objetar que esto también es una forma de mediación.

Y sin embargo no lo es. Veámoslo con un ejemplo.

Nadie consideraría como herético o pecaminoso que una madre rogase a Dios por un hijo enfermo. O que alguien le dijese a un sacerdote «padre, ruegue por mí para que Dios me perdone».

Nadie efectivamente vería mal ninguna de estas actitudes, ni consideraría Mediadores a la madre y al sacerdote. El hijo enfermo no puede rogar por sí mismo (o no quiere). Necesita pues que alguien lo haga por él. ¿Qué hay de malo en ello?

¿Pues entonces qué? ¿No le puedo yo decir a un santo o a María por ejemplo «Madre ruega por mí a Jesús»? Y si un amigo o un familiar pueden rogar por mí, ¿Por qué no lo pueden hacer la Virgen María o los Santos y Santas, que también son hombres y mujeres? Recordemos que para el cristiano el hombre es inmortal, la muerte no significa el final de nadie, y por tanto esas personas están «vivas» también.

Y es obvio que las personas que ya habitan en el cielo conocen nuestros deseos y sentimientos. Así relata San Lucas: «En verdad os digo que habrá gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se convierta» (Lc 15, 10). Se deduce por tanto que los ángeles conocen los sentimientos de las personas. Y lo mismo se dice de los santos: «Los resucitados en el cielo son como los ángeles de Dios» (Mt 22, 30 y Lc 20, 36).

Por tanto, es lógico pensar que estos seres conseguirán de Jesús los favores, no sólo por que están ahora más cerca de Él, sino en tanto que fueron personas distinguidas por su virtud en la tierra.

Dijo Jesucristo: «A quien me sirva, mi padre le honrará» (Juan 12, 26). Y ¿quién ha servido mejor a Jesús, y con más fidelidad que su madre María? Y si el Padre celestial la honra, ¿no la deberíamos honrar también nosotros? ¿Es que somos más que Dios?

Si la oración de una madre puede conseguir la curación de un hijo, o la de un bienhechor la de un amigo, ¿Por qué no la de los santos o la de la Virgen? ¿Es que acaso son ellos seres inferiores a nosotros, incapaces de obtener favores de Aquel a quien amaron tanto?

Muy por el contrario, la Virgen María no es siquiera una mujer ordinaria. Ya el mismo Ángel Gabriel la denominó «llena de gracia» y le dijo que «el Señor está contigo» y «has hallado gracia ante Dios» (Lc 1, 28-30) ¿Cómo alguien con semejantes atributos puede ser una persona cualquiera?

Existen además innumerables citas en las Escrituras que acreditan la veneración que se debe a los ángeles y a los santos. Lot se encuentra con los ángeles y de rodillas los venera (Gen. 19,1). También a Job se le dice que ruegue a algún santo (Job 5, 1). «Cuando orabas, dice el Ángel a Tobías, yo presenté tu oración ante el Señor» (Tob 12,12).

En definitiva, no existe ningún impedimento en la Biblia, (sino más bien todo lo contrario) ni la pura razón lo establece, para negar la validez de la oración que un tercero (celeste o terrenal) hace por nosotros o a petición nuestra.

Desbancar a la lógica en este argumento sería tanto como decir que se deberían abolir todos los conventos y monasterios, pues los rezos que hacen por nosotros las personas que allí se encuentran no sirven para nada. Pero Jesús dijo «Pedid y se os dará»; y aquí se incluyen todo tipo de peticiones, hasta las de intercesión. Él no dijo nada de que la petición sea sólo para uno mismo.

Las imágenes

Aparte de la acusación de adorar de criaturas mortales, también se nos acusa en muchas ocasiones de adorar a las formas materiales de representación de lo divino.

Muchas confesiones protestantes se escandalizan al ver nuestras iglesias y catedrales llenas de estatuas y de iconos de Jesucristo, de la Virgen o de los Santos.

Nos dicen que estamos causando que el pueblo adore a trozos de madera o de tela, a cuadros pintados por la mano del hombre.

En su extremismo, ellos abogan por la supresión de todas las formas de representación, a fin de no dar pie a la idolatría.

Esto me recuerda a la famosa y triste costumbre de algunos países musulmanes que cubren a sus mujeres de pies a cabeza con un vestido llamado «burka» a fin de que los hombres no tengan tentaciones y no caigan en el pecado.

Y es que yo creo que no es para tanto. Ya dijo Jesucristo que nada de lo que viene de fuera puede hacer impuro al hombre (Mc 7, 18), sino los sentimientos del corazón.

Así que si tenemos nuestro corazón adiestrado para reconocer y optar por lo bueno y no dejarnos llevar por lo malo, ya estamos cumpliendo con Dios, y ningún peligro exterior nos lo puede arrebatarse.

Una mentalidad sana, bien formada, que sepa distinguir entre Dios y su representación (¡no es tan difícil!) es suficiente para comprender el misterio.

Los protestantes aluden al pasaje de Éxodo 20, 4 donde Dios ordena a los Israelitas que no fabricaran imágenes. Pero esta prohibición no tiene otro objeto que prevenir la adoración de las mismas, como se lee en el versículo 5 siguiente.

Dios intentaba con ello proteger a Israel de abrazar las religiones de los pueblos vecinos, que adoraban a ídolos en una concepción primitiva de la religión. Un peligro real y cierto que salpicó en muchas ocasiones al pueblo de Israel, pues los países vecinos eran mucho más poderosos e influyentes que el propio pueblo judío.

Pero los propios protestantes entran en contradicción al enarbolar el pasaje anteriormente citado como lema de la iconoclastia, al interpretar la Biblia al pie de la letra. Pues es la propia Biblia quien les refuta, al decir Dios a Moisés que fabrique dos querubines de oro, y los coloque en cada extremo del Arca de la Alianza (Ex 25, 18).

Y no sólo en este pasaje. También el libro de los números relata algo similar. «Entonces Dios dijo a Moisés: Hazte una serpiente de bronce y ponla sobre un asta. Y sucederá que cualquiera que sea mordido y la mire, vivirá. Y Moisés hizo una serpiente de bronce y la puso sobre un asta. Y sucedía que cuando alguna serpiente mordía a alguno, si éste miraba a la serpiente de bronce, vivía» (Num 21, 8-9).

Se deduce de esto que también las imágenes pueden ser instrumentos de los que Dios se vale para hacer milagros (algo que irrita especialmente a nuestros detractores).

En definitiva, yo creo que las imágenes, lejos de hacernos perder nuestra alma, nos ayudan a ganarla para la causa de Dios.

Y es que nuestra naturaleza débil, muchas veces necesita de la ayuda de lo concreto para figurarse lo abstracto. Necesita un apoyo, una palanca, algo que le alce y le conduzca hacia Dios. Hacia Aquello sin lo cual el ser humano no puede sostenerse.

No todos tenemos la estatura necesaria para conectar con Dios sin apoyos materiales. Hay quien necesita un empujón, un vehículo, un instrumento, algo a lo que subirse como hace el que por su poca estatura no llega a una alta estantería.

Las imágenes están en las iglesias para adornarlas, para crear un clima de religiosidad y misticismo que nos catapulte a la conexión con Dios en la oración. Teniendo claro que son un medio y no un fin, no tenemos por qué renunciar a ellas.

Oración final

¡Oh Jesús mío! Quisiera vivir contigo en tus praderas de eterna flor vestidas de gloria y escuchar tu voz en las inconmensurables llanuras de tu corazón amoroso. Quiero retozar y expandir mi corazón y mi alma en los vastos collados de tu misericordia infinita y degustar contigo los exquisitos manjares de dulce miel con que obsequias a tus elegidos.

Que no sea yo rechazado por ti, mi Señor, sino que me encuentre entre aquellos a quienes prodigas todas tus bendiciones; entre aquellos para quienes te afanas con suaves delicadezas. Y que alcance a revestirme de los solícitos encantos con que coronas las almas de todos tus predilectos.

Que yo te contemple Señor, en las cumbres perpetuas de tu paternal amor, en los valles floridos donde llenas la copa excelsa de la bienaventuranza eterna, donde se extasían de amor todas las criaturas.

Concédeme abismarme en cascadas de dicha, cual maná radiante de elixir celeste y sempiterna gloria. En ese manantial inagotable de delicias sobrenaturales, deleites consumados y goces inenarrables...

Aquí está mi alma, Señor, transida de amor y de deseos de experimentar el fulgurante esplendor, la magnanimidad fastuosa con que inundas y anegas infinitamente el corazón de tus bienamados.

Quiero que me hospedes en tus tranquilos remansos de paz y sosiego, y que me acojas, ampires y arrulles en tu regazo amoroso cubierto de suavidad y ternura...

Quiero fundirme en la hoguera ardiente de caridad y dulzura que se derrite de amor en tu corazón candoroso...

Cúrame allí Señor con el liliamento de tu bondad. Esa esencia preciosa, aceite suavísimo, gustosa ambrosía de exquisito sabor y delicada fragancia que mana de las profundidades de tu corazón adorable. Perfume divino que se destila en la dulzura inefable del océano de tu amor...

...Y salir vestido de luz y hermosura, de paz y de gozo, de amor y de vida, libre de toda mácula y sombra, de todo error y corrupción, para que así pueda verte y abrazarte y unirme contigo en la plenitud eterna de tu gloria.

Amén.